

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL

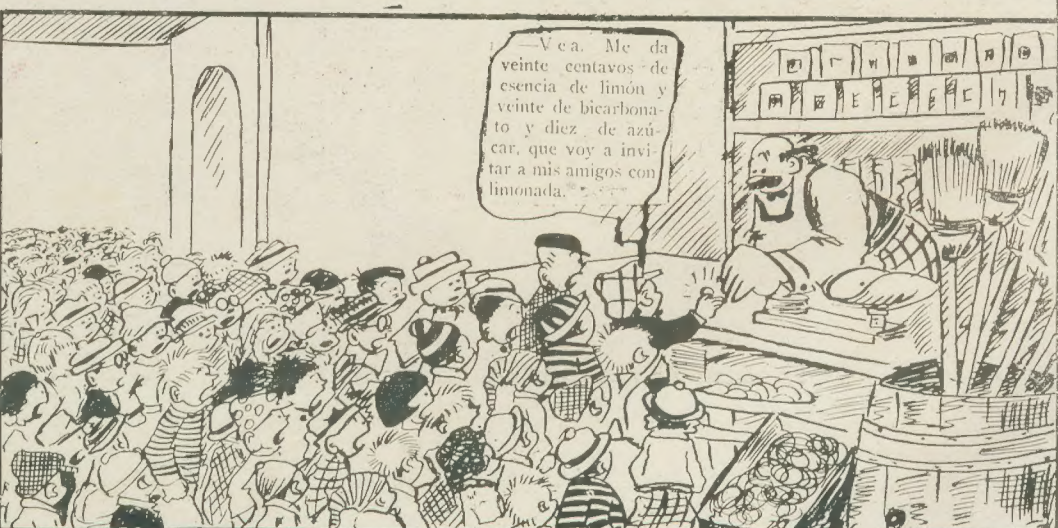


"Una moza de trapío"

Por Enrique Estevan

N.º 832

3.4.1928.



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, abril 3 de 1928

N.º 832

La vuelta al pago, por Rojas



TODO ESTA IGUAL;
PARECE QUE FUE AYER
EL DIA QUE PARTI...
¡CON QUE PLACER
TE VUELVO A VER!

(Música de 'La Bruja').



(Conclusión)

—Tampoco me parece discreto. No quiero tener, acompañándola ese aire de conquistador que se exhibe como publicando su triunfo. Cuando, además, no hay ninguno. La quiero demasiado para exponerla a habladurías.

—¿Entonces?...

—Podíamos ir a mi casa.

—¿A su casa? ¿Qué pensará su familia?

—No. Yo vivo solo. Hace mucho tiempo. Es la mejor manera de conservar una relación cordial con mi madrastra.

—Pero a un piso de soltero... no. No debo ir.

—¿Y qué más da? Nadie ha de verla. ¿No tiene usted confianza en mí o no la tiene en sí misma?

Se sucedía todo aquello en un estado de excitación en que Julia no se daba exacta cuenta de las cosas, como si hubiera bebido un licor que la embriagase. A cada instante pensaba detenerse, resistirse. Pero a la vez se decía que precisamente era aquella la ocasión de resolver su vida. ¿No deseaba conocer el fondo del hombre que sería un monstruo de hipocresía si al fin no resultaba sincero? Y luego el beso aquél parecía haber trastocado su voluntad, distendiéndola en una laxitud de que inútilmente quería librarse, como si por su influjo todos los deseos que hasta entonces había mantenido en orden se le hubieran rebelado y la asaltasen a un tiempo. ¿Para qué oponerse con tanta obstinación a una ventura cuyo solo presentimiento la hacía desfallecer íntimamente?

También el piso pequeño, tibio por el calor de los radiadores, la desposeyó aún más de su voluntad vacilante. Abrió la puerta un criado viejo, cuya discreción se revelaba en la manera de desaparecer cuando no era preciso.

—Juan, haz un poco de té.

—Bien, señor.

Se sentó Julia en una butaca de piel suave, amplia, muelle como un lecho. Y observaba, sumida en una gran dulzura, el lujo del cuarto, diferente de cuanto recordaba y conocía. Los muros estaban tapiados de viejos damascos de un amarillo de oro o de un azul de pavo real, que caían en grandes pliegues. Las alfombras, sobre la madera bruñida del pavimento, apagaban el ruido de los pasos. Había algunos muebles antiguos, como un sofá Imperio, en que Luis la instó a que se sentase en una actitud indolente:

—Véase en ese espejo. Recuerda usted a Madame Recamier.

No sabía Julia quién era aquella dama, y sonrió con embarazo.

—Venga usted. Visite todo mi campamento.

—Es precioso todo esto.

—Lo he arreglado un poco desordenadamente, dándole cierto aire que recuerda la tienda de Priziville, en el segundo acto de *Monna Vanna*, de Maeterlink.

Como si la hubiera hablado en chino. Pero su instinto femenino la hacía deleitarse en la contemplación de las sederías antiguas, que tienen matices apagados, enfermizos, de rosas mustias; en las armas damasquinadas, en las grandes lámparas de cristal de roca, cuyos prismas parecían deshacerse, jugueteando con la luz, los siete colores del arco iris.

—¿Duerme usted aquí?

—Sí, claro—sonrió—. ¿Lo dice us-

ted porque no ha visto ninguna cama? Duermo aquí, en este salón.

Alzó sobre el diván turco una tela suntuosa, estofada, bordada como una dalmática episcopal. Dió vuelta el asiento, y el lecho se mostró con sus lienzos finos. Había un biombo chino con su clásico paisaje del puentecillo sobre el río de

torcidos y haldudos, rojos, verdes, dorados, que sólo se encuentran en los mares tropicales de Oriente.

La había vuelto a ceñir por la cintura, y así la condujo al gabinete de nuevo. Sentóse en el sofá a su lado, y mientras ella hojeaba algunos volúmenes valorados por la riqueza de las encuadernaciones,

Una mujer precavida

Por Juan Pujol

El amor y la sierra

Cabalgaba por agria serranía, una tarde, entre roca cenicienta. El plumizo balón de la tormenta de monte en monte rebotar se oía.

Súbito, al vivo resplandor del rayo, se encabritó, bajo de un alto pino, al borde de una peña, su caballo. A dura rienda le tornó al camino.

Y hubo visto la nube desgarrada, y, dentro, la afilada crestería de otra sierra más lueña y levantada,

—relámpago de piedra parecía. —
¿Y vió el rostro de Dios? Vió el de su amada
Gritó: ¡Morir en esta sierra iría!

Antonio MACHADO

laca, ornado de pagodas, temples, mariposas de nácar y pájaros de márfil.

—Pase usted por aquí.

Era el cuarto de baño. Rutilaba la luz en el esmalte de los muros, del suelo, de la bañera a que había que descender, en el níquel de los grifos y aparatos hidroterápicos. Un gran espejo biselado desentona de la decoración pompeyana. Y todo un lienzo de pared había sido sustituido por una cristalería de colores en que se reproducía una fantasmagórica decoración submarina, hecha de plantas fabulosas, de caracolas, de esos peces re-

comenzó a besarla en la nuca, sin hablarla, con una morosa lentitud en la que parecía mezclarse la voluptuosidad a la reverencia. Cada uno de sus besos la coloreaba con más intensidad, hasta que se volvió, suplicante:

—Por Dios...

Y ya quedó prendida en la mirada que la desnudaba el alma y en que le pareció que iba a leer todo el secreto de la dicha. Su personalidad consciente se disolvió como en un torbellino, arrastrada en la oleada del deseo que habían caldeado el ambiente de lujo, el contacto del seductor, los besos que

El genio es una larga paciencia

Nunca hice nada por casualidad, ni mis inventos fueron hijos de la coincidencia.

Cuando me convenzo de que vale la pena obtener un resultado, me echo de cabeza en los experimentos y repito prueba tras prueba hasta que doy con él.

Siempre tuve en cuenta la utilidad de mis inventos, y huí de buscar maravillas, propias tan sólo para rendir la curiosidad de las gentes.

Es verdad que en mí, el estudio experimental es una afición innata, pero no veo otra norma mejor que pueda seguirse en la ciencia.

Por otra parte, todo cuanto emprendo está de antemano trazado en mi mente y no me quedo tranquilo hasta que salgo airoso de mi labor.

EDISON

a través de la epidermis habían caído en su sensibilidad como gotas de fuego, y al fin la desbordaban y la henchían...

IV

Un instante en el que le pareció remontar cumbres celestes y rodar a insondables abismos. Y ahora—mientras volvía en sí, recuperando su equilibrio espiritual, con la faz pálida y demudada—era cuando él la acariciaba con más viva ternura. Viéndola silenciosa, abstraída, distante, la interrogó, sin dejarla salir de sus brazos:

—¿Estás arrepentida?

—No.

Se apartó para llamar al criado, que aportaba la ancha bandeja con el samovar de plata cincelada en que humeaba el té. La sirvió una taza, que ella bebió con avidez. Sintió sus manos frías.

—Tienes miedo—la sonrió.

—Ninguno. Confío en tí.

Luis vaciló, no queriendo volver a hablar de lo ocurrido. Inclinó luego:

—Uno de estos días iré a ver a tu madre.

—Cuando quieras. Debe ser tarde ya...

Ordenó su vestido y su tocado, ante el gran espejo, tras el biombo.

—¿Vas a llevarme a casa?

—¿Tan pronto?

Se hallaba ante él y lo abrazó con impudor inocente, con naturalidad de esposa, y lo besó de nuevo, sin hablar. Y esta muda caricia era una confesión de lo que no acertaba a decir. Antes de salir lo retuvo, con anhelo que ni disimular podía.

—¿Es verdad que me quieres?

La cerró la boca con sus labios y de la misma manera la hizo entornar los ojos.

—Ya lo verás.

—Pues entouces, yo te diré una cosa... Y si no—se arrepintió—te la diré el día de nuestra boda.

—Dímela ahora.

—No puedo. Es una sorpresa, una gran sorpresa que te daré aquel día.

—No podrá superar a esta felicidad que hoy me has dado.

—Es otra cosa. Tú verás.

—Pero en fin, ¿por qué no me lo dices?

—No. No. Es pronto todavía... ¿Tú crees que yo soy pobre, completamente pobre, no es verdad?

—Nunca he pensado en ello. No me importa. Ya te lo dije.

—Pues bueno... Pero no, no. Ya lo sabrás en el momento oportuno.

No insistió en descubrir el secreto, que le parecía infantil, sin duda. La dejó, ya cerca de su casa. Eran las nueve.

Cuando ella puso el pie en el portal de su vivienda, todo le pareció más pobre y feo. La esperaba la madre, inquieta, y la recibió con una mirada inquisitiva.

—¿Qué ha pasado?—quiso saber.

—Nada, mamá, ¿que iba a pasar?

—replicó displicente.

Pero había en su aspecto, hasta en el tono de su voz, una languidez delatora, como si toda la armadura de su energía habitual se hubiera deshecho. Y el instinto materno, vigilante, tuvo un presentimiento de lo ocurrido.

—Mírame—pidió, acercándose a su hija.

—Déjame, mamá—suplicó con humildad que no era frecuente en ella. Tal vez, si hubiera resistido y negado, la viuda no habría podido tener certeza alguna. Pero el

remordimiento hizo temer a Julia que la culpa se mostraba evidente en su rostro fatigado, en sus ojos cercados por moradas ojeras.

—¿Dónde estuvisteis?

—En Palermo...

—¿Fuiste con él en automóvil— insistió angustiada.

—Sí, mamá.

—¿Y después?

Guardó silencio.

—Habla, mujer, no me tengas así. Se aproximó aún más, la acarició como cuando era niña. Dulcificó el tono de su voz—. Ten confianza en tu madre, hija mía.

—¿Vámonos a su casa...

—¿A su casa? ¿Con su familia?

—No. Vive solo.

—¿Ah! ¿Y qué?

Podía mentir, podía negar, callar lo que tal vez quedaría oculto para siempre. Pero ahora, entre las cuatro paredes semidesnudas de su casa, en la pobreza del cuarto, sentía de nuevo la desconfianza del hombre a quien amaba. Y un horror invencible a la mentira entre ella y su madre, una necesidad irresistible de confesar lo sucedido, de no encontrarse tan sola con sus temores. En voz baja, con las palabras menos crueles, reveló la verdad. Quedó aterrada la anciana, palida, sin una lágrima.

—¿Y ahora?—preguntó.

—Dice que vendrá a hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Un día de éstos.

—¿Tú lo crees?

Hizo un gesto afirmativo.

—¿Por que no lo hace mañana?

—No sé, mamá... Sí, vendrá; yo creo que vendrá.

Durante un momento la viuda calló, como ordenando pensamientos que la aturdirían.

—¿Y si no viniera?

—Tú no lo conoces...—quiso defenderlo.

—Quiero creer que vendrá. Pero ¿y si no viniera?

—Nos iremos de la capital nosotras.

—¿Adónde y para qué?

—Para cambiar de posición, lejos.

—¿Qué dices? ¿Qué has pensado?

—No lo que tú sospechas. Voy a decirte lo que ocurre. Pero prométeme que, cualquiera que sea tu opinión, no descubrirás a nadie lo que voy a decirte.

—Habla, habla pronto.

Entonces la hija le refirió, en pocas palabras, lo acaecido desde que halló los billetes. Lo que había proyectado y podía hacer si los temores de su madre se confirmaban. Se marcharían. Ella se encargaría de ir trocando su fortuna en dinero argentino, lentamente, para no despertar recelos. Emocionada la madre, quiso ver el tesoro que Julia tenía escondido, y se encerraron para abrir el sobre. Examinaron los billetes blancos, impresos en lenguaje que ninguna de las dos entendía.

—¿Y estás segura de que esto vale dinero?

—Míralo— afirmó, extrayendo uno de los impresos—, aquí lo dice: 500 dollars. Se entienden bien. Y aquí: National Bank.

—Ya ves tú, si yo me hubiera encontrado estos papeles les habría dado con el pie—reflexionó en voz alta, momentáneamente, olvidada del drama íntimo que había motivado aquel examen—. ¿Y dices que hay mucho dinero aquí?

—Cerca de 120.000 pesos.

—¿No podrías cambiar algún billete mañana?

—Ni tocarlo, mientras no me convenza de que Luis me ha engañado.

La viuda no comprendió por qué

desde que sospechó a quién pertenecía. Y revolucionada espiritualmente, asustada, la madre sentía una admiración creciente por la hija cautelosa que así había sabido garantizarse friamente contra

Alba otoñal

El Otoño es más dulce que el Estío
y más suave que la Primavera...
¡Oh, ven, amada, que en mi hogar te espera
junto al rescoldo, un escabel vacío!...

Las canas prestarán nuevo atavío
a las tinieblas de tu cabellera...
¡Cómo se aniñará tu faz de cera
al reclinarse sobre el hombro mío!...

Habrà vino y calor en nuestras fiestas,
y a tus pies rendirán dobles tributos
Amor y Gloria, tus vasallos fieles...

¡Corazón otoñal: en tus florestas
no quedan hojas, pero tienes frutos;
no tienes flores, pero quedan mieles!...

A la Virgen del mar

Bajo un cielo de plomo anubarrado,
encrespa su melena el oleaje
y aulla, lúgubremente, el viento airado...
¡Danos, Virven del Mar, un buen viaje!

¡Cúbrenos con tu azul manto estrellado!
¡Presta fe al alma; al corazón coraje,
para tornar al puerto abandonado
y ver de nuevo el familiar paisaje!

¡Rige el timón y danos compañía!...
Su azul serenidad la mar recobra
cuando ornada de estrellas te presentas.

Pero más que mi nave, Virgen, guía
el timón de mi alma que zozobra
en una gran tormenta de tormentas.

Francisco VILLAESPESA

no se había hecho pública la pérdida del dinero ni realizado investigaciones para encontrarlo. Julia explicó el motivo de aquel silencio incompresible; la razón que había tenido para guardar el hallazgo,

los riesgos de la aventura.

Expresó, sin embargo, un escrúpulo:

—¡Claro que quedarse con el dinero ajeno!...

—Tampoco sería lícito que él se

quedara con mi honor. Iríase lo uno por lo otro.

Comprendiéndola tan hábil, renació la esperanza de la mamá:

—Puede que, como tú dices, sea un muchacho decente.

—Lo es, mamá. Yo lo creo.

Pero reflexionaba ahora, comparando la penuria de la estancia, el lecho limpio, cubierto por una cubierta rameada, los muros pintados de azul, con la mansión donde acababa de vivir horas tan exquisitas y crueles. Y le pareció inverosímil que quien, seguramente, había vivido en la intimidad de mujeres refinadas, ideales, se decidiera a descender hasta ella y a sacarla de allí para siempre. Calmado el dolor de la madre, atenuado, por lo menos, ante la certeza de aquella fortuna inesperada, Julia sentía el pavor del posible abandono, sin que la consolase pensar en la riqueza que su previsión, ayudando al azar, le había procurado. Lo que quería era volver a ver a Luis, vivir junto a él siempre, como él quisiera. La compensación que cautelosamente se reservaba, le parecía miserable junto a la eventualidad del amor perdido. Comparado con la ausencia de aquel amor, ¿qué le importaría el dinero?

Luego se asustó imaginando lo que Luis pensaría cuando la descubriese tan calculadora y artera. ¿No sería preferible decirle la verdad sin aguardar más tiempo, entregarle aquella fortuna retenida indebidamente? Pero cuando se lo propuso a la mamá, fué ésta quien la disuadió de su proyecto.

—Revelarle ahora lo que has ocultado estos días, ¿no sería hacerle sospechar sobre tus verdaderas intenciones antes de que fuerais novios? ¿No le despertaría una suspicacia que tal vez le hiciera demorar el cumplimiento de su obligación de hombre honrado? Ese descubrimiento ahora, cuando todavía no está unido a ti legalmente, le daría qué pensar, le haría recelar de la sinceridad de tu cariño... No lo hagas, no. Sería prematuro.

—¿Y no será peor luego? ¿No le ofenderá la poca fe que tuve en su palabra?

—Cuando estéis casados no podrá arrepentirse. Y si te quiere, como hay que esperar, todo le parecerá una travesura.

Durmieron mal. Por la mañana, Julia fué, como siempre, a la oficina. Pero a la salida el amante no la aguardaba en la escalera ni en la calle. Detuvo el paso: tal vez iba a aparecer de un momento a otro. Se entretuvo, asustada, fingiendo contemplar los escaparates. No venía, no... Y la angustió un pavor repentino, la certeza de haber sido engañada, y una necesidad imperativa de encerrarse a llorar a solas, en su cuarto, sin que nadie la viera...

V

Maquinalmente descendió al subte y llegó a su casa, sin darse cuenta. Abrió la mamá, con una faz de la que irradiaba el júbilo:

—Adivina quién hay aquí.

Tuvo que apoyarse en el muro del pasillo.

¡Sí! Era Luis. Y su padre: un hombre que ella había imaginado viejo, pero que no lo parecía; elegante, indulgente, ducho en el ar-

MAXIMAS

Nada es seguro como un hombre que no es seguro.

Los avaros son, por decirlo así, los cautivos y los esclavos de la fortuna; sus corazones están atravesados por flechas de oro.

Dios no envía la alegría al hombre, sino después de haber herido su alma con negras preocupaciones.

Las leyes varían según las ciudades. Cada uno alaba su modo de hacer justicia.

Hacer el elogio de su familia es, a menudo, vituperar a las otras.

El tiempo es quien asegura mejor la fama de los justos.

PINDARO.

te de suscitar la simpatía. Y fué el padre quien la atrajo hacia sí, con una familiaridad en que se transparentaba la emoción que le había contagiado y quería ocultar sonriendo:

—Ven acá, hija mía. Porque eres tú. No hay más que verte. Este pícaro siempre ha tenido buen gusto.

Conviniéron en pocas palabras lo concerniente a la boda. Y la viuda exhumó todo el repertorio de sus frases mundanas, encantada de mostrar al marqués—que la escuchaba con cierta socarronería—que era una verdadera señora, aunque los azares de la vida la hubieran alejado del ambiente aristocrático en que, según ella, había vivido siempre...

Se celebró la ceremonia en familia, a los pocos días. De la iglesia salieron los esposos al automóvil, que ya les aguardaba—un gran coche cerrado, en el que habían acomodado las maletas—, con un chófer y un lacayo. Gimoteó la viuda, simulando una aflicción que no sentía:

—Hija de mi alma...

Luego, mientras se retiraban, después de las despedidas, comentó con la hermana soltera:

—A mí que no me digan. Esto no es una boda. O por lo menos no lo parece. Ni traje blanco, ni lunch, ni exposición de regalos... Nada. Cualquiera diría que tenían empeño en ocultarlo.

—A mí también me gustaría casarme así, mamá, sin ruido.

—Ese era el gusto de tu cuñado y, por lo visto, de su padre. Ellos sabrán por qué.

—Es sencillo. Parece mentira que no te hayas dado cuenta. Porque la marquesa todavía no ha logrado entrar en ese mundo al que pertenece su marido, y no era cosa, para ellos, de hacer una fiesta invitando a hombres solos, o exponerse a desaires que la buena señora teme todavía.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Se lo ha dicho mi hermana.

—Pues la marquesa parece de veras una gran señora.

—Y lo es. Y lo será mucho más en cuanto haya dado algún dinero a los curas.

—Niña, ¿qué descaro es ése?

Todavía alumbraba el sol cuando los recién casados llegaron a la finca donde habían pensado estar dos o tres días, cerca del Atlántico, que azuleaba en el horizonte. Era un caserón antiguo, restaurado por el suegro, rodeado de naranjos que empezaban a cubrirse de sus flores nupciales. Para ella todo el viaje había sido un arrobamiento, que la adormecía en la felicidad nunca esperada. Pero hacía frío, y Luis ordenó encender una gran chimenea, en el comedor adornado con trofeos de caza traídos de tierras nórdicas, puesto que representaban a una fauna boreal que allí no existía.

—¿Estás contenta?

Respondió con una mirada acariciadora.

—¿Te gusta este país?

Placiale en extremo; le recordaba los días de su infancia. Le gustaría estar allí algo más de lo que en principio tenían proyectado. Después de observarla un momento, Luis insinuó:

—Y aquella sorpresa que me ibas a dar el día de nuestra boda?

Palideció Julia y su voz se hizo trémula.

—La sorpresa está aquí—contestó, señalando su saco de viaje, del que ni por un instante se había separado.

Pues vamos a verla—la instó su esposo, alegremente.

—Espera—titubeó—. ¿Tú no perdiste hace un mes una suma importante?

—¿Quién piensa ahora en eso? Cincuenta mil dólares.

—Suponte que yo los encontré.

—Tienes ganas de broma.

—Seriamente, aquí están.

La consideraba el marido con ex-

maldad hipotética el medio que el azar había puesto en tus manos... No te aflijas. No me enoja eso. Ya me figuro la idea del mundo y de los hombres que, por fuerza, ha de formar una mujer joven, desamparada y buena.

Y como ella alzaba sus ojos llenos de lágrimas, ante el temor de que las palabras de su marido fueran irónicas, le oyó decir:

—Y, además, criatura, te has estado atormentando sin motivo. ¿Dónde están esos billetes?

—Aquí.

—Tráelos. Los vamos a echar a la chimenea.



—¡Hombre! ¿Cómo pide usted hoy limosnas con dos sombreros?

—Verá usted: es que como la cosa va bien, me he visto obligado a ampliar el negocio.

presión de asombro, tratando de contener la risa.

—¿Y por qué has esperado tanto tiempo para devolverme ese dinero?

No sabía qué contestar. Doliase de sus pasados temores, y toda su conducta calculadora y fría la torturaba como un remordimiento. Había desconfiado de él. Había retenido ilícitamente una suma enorme en previsión de una felonía de que su esposo no era capaz. ¿Cómo explicar, sin enrojecer afrentada, sus pensamientos de entonces? Pero su amor era más fuerte que sus vacilaciones. Y se lo contó todo: sus dudas al hallar el dinero, tu temor de que él tratara de burlarla, el proyecto de apropiarse aquel caudal sí, después de haberlo amado, se veía abandonada... Tenía conciencia de que sus palabras eran torpes para expresar las tormentosas fluctuaciones de su ánimo en torno al hallazgo secreto. Y el miedo de no acertar a justificarse la hizo prorrumpir en sollozos.

—En resumen—exclamó su esposo, sin enojarse—, que por si yo era un malvado, tomaste tus precauciones. Fuiste previsora, conservando para indemnizarte de mi

Retrocedió estupefacta ante lo que le parecía una locura.

—No te asustes. No estoy loco, ni podrán incapacitarme por prodigo todavía. Es que... esos papeles que tienes ahí no valen absolutamente nada.

—¿Qué no valen? —balbuceó, asombrada.

—Nada, criatura. Míralos. son anuncios.

Abrió el sobre y extrajo uno de los papeles.

—Pero se parecen a los billetes verdaderos—dudó ella, temerosa—. Aquí, ¿no dice 500 dollars?

—Sí. Se parecen burdamente. Y dice, en efecto, 500 dollars. Pero hay que leerlo todo—Y tradujo:—Mister Berkeley, sastre preferido de los empleados del BANCO NACIONAL, PAGARA 500 DOLLARS a quien pruebe que no trabaja mejor y más barato que todos sus colegas de Wal Street.

—Pero tú me dijiste...

—Claro. Como que fui yo mismo quien, al verte aquella mañana, dejé caer el sobre en la escalera. Te resistías tanto a hablarme, que discurrí este medio para que, devolviéndomelo, entrásemos en la conversación que siempre rehúas. Pe-

ro te fuiste. Cuando salí tras de ti, ya no estabas. El sobre había desaparecido. Por eso, al día siguiente, di por fracasada mi estratagema y no te hablé. Sólo que entonces fuiste tú quien me saludaste primero y, en seguida, comprendí que tu hostilidad se había desvanecido. Aquella misma mañana iniciamos la conversacion que había de traernos hasta aquí; y, mientras conversábamos, se me ocurrió que, puesto que no me habías hablado del hallazgo, es que no pensabas devolverlo. Y entonces te conte la fabula de la pérdida del dinero, para ver de que modo reaccionabas al oírlo.

—¿Y despues?

—Despues, nada. Si realmente creías que estos papeles eran billetes de Banco, no podías hacer mas que dos cosas: devolverlos a su dueño o apropiarte los, tratando de cambiárllos. Si tu hubieses decidido a esto último, sobre que tu conducta no habría sido elegante, se te hubieran reído en el Banco o casa de cambio donde hubieses otro riesgo, puesto que cualquiera que sepa inglés hubiese visto fácilmente que se trataba de anuncios, que vagamente imitan a los billetes. Pero no hiciste nada de eso. Tampoco me los devolviste. Me habías dicho que no hablabas ni entendías el inglés. Y todo lo pensé menos que hubieras conservado tu hallazgo para dármele este día.

—O para guardármelo si me traicionabas.

—Me habría estado bien empleado. Pero ya ves que, como compensación por mi abandono, la indemnización no habría sido muy fuerte.

—¿Y yo que he estado sufriendo tanto, en la creencia de conservar un verdadero tesoro!

—Y lo era. El de tu ingenuidad. Para mí vale tanto como si en oro pudiera cambiarse. Y, además, ha servido para que te entregues a mí confiadamente y para que, a cambio de esa broma que te ha tenido sin sueño tantas noches, veas cómo yo te quiero...

El corneta que dió el toque del armisticio.

Henri Sellier, el corneta residente en París que hizo vibrar el toque del armisticio, haciendo cesar el fuego durante la última gran guerra europea, ha sido invitado especialmente por el Departamento de la Legión Norteamericana para que visite los Estados Unidos, a fin de que repita el toque ante las diferentes organizaciones de la Legión de aquel país.

Sellier ha aceptado, y embarcará en breve con rumbo a Nueva York.

El famoso clarín con que se dió el toque de que cesase el fuego y permitir a los delegados alemanes llegar hasta el cuartel del mariscal Foch está depositado en el Museo de Inválidos de la Guerra, pero Sellier llevará con él una de sus cornetas de guerra para repetir el célebre toque a los legionarios de Norteamérica.

Al llegar a la esquina de Chacabuco y Avenida, encontré a Federico de Luca. Trató de esquivar mi saludo por una de esas rarezas de su carácter. No paré mientes en su actitud y, llegándome hasta él, le tendí la mano.

—¿Cómo te va, Federico?

—Bien... — me respondió con aire desabrido, aunque esforzándose por sonreír.

Quedamos un momento en silencio, situación que se apuraba a modificar, como invitándome a que me fuera. Esto me molestó, porque le quería sinceramente.

—¿Vamos a tomar café? — dije, por último.

Empezó a mirar hacia todas partes, ignora si para buscar un local o simplemente con ánimo de huir. Por fin eligió un café que quedaba a tres cuadras de allí.

—¡Pero, hombre... si aquí no más tenemos!

—No, aquí no... El que yo digo es mejor...

—Bueno... — murmuré fríamente.

Echamos a andar, tomándose él la vereda. Fastidiado, estuve a punto de darle un pretexto y abandonar su compañía, pero no se me ocurrió ninguna forma cortés. Y aun pensaba en cómo haría para despedirme de Federico, cuando bruscamente se desvió hacia la derecha y penetró en un oscuro local, sin preocuparse de si le seguía o no.

Era un infecto café de techos ennegrecidos, piso lleno de cáscaras, puchos y salivazos. Entre una atmósfera caliginosa se entreveían algunos sórdidos parroquianos. Resignado esperé la llegada del mozo.

—¿Qué tomas?

—Un "cortado"... — respondió, adoptando por primera vez cierto matiz de humanidad. Y sacándose el sombrero, lo arrojó con abandono sobre una silla.

Como soy de natural afectuoso, toda mi acrimonia desapareció. Tenía apetito y me hice traer un tazón de café con leche y una pirámide de bizcochos.

Mientras comía reflexionaba. Siempre había sido de Luca, un muchacho de alma reconcentrada, de pasiones fuertes y soluciones extremas. Cuando estudiábamos el primer año del Nacional, si no sabía la lección y le aplicaban un castigo, caía en sombras desesperaciones que inquietaban hasta a los mismos maestros.

Cierta vez se esparció el rumor de que se había querido suicidar. Hubo corridas de bedeles y en todos los rostros pintábase un sentimiento de alarma, que tardó largo rato en disiparse. Estando en clase vimos al rector que atravesaba el patio con Federico de la mano. Al otro día estuvo el padre en el colegio...

Llevó por algún tiempo una venda en el cuello, y cuando se la quitó, mostraba esa fina cicatriz que todavía no se le había borrado. A mis preguntas de entonces respondió con vaguedades. No insistí, pues sabía que Federico sólo hablaba de lo que él quería.

Bueno... ¿y?... — le dije después de haber engullido mi primer bizcocho, viendo que revolvía su "cortado", sin ánimo de beberlo ni de hablar. Levantó la vista, hasta ese momento fija en la taza, y me miró con sus grandes ojos azules. Sólo entonces noté la profun-

Un tiro psicológico

Por Ernesto Mario Barreda



Los tormentos de una noche de insomnio

son conocidos por todos. Destruyen inexorablemente la salud y la belleza. La excitación nerviosa, los deberes de sociedad y las emociones diarias, nos roban la tranquilidad y el sueño. ¿Qué es un hombre nervioso? Un ser incompleto, pues le falta la alegría de vivir y el apego a la existencia.

Estos padecimientos insoportables se corrigen mediante las Tabletillas „Bayer“ de Adalina. La Adalina proporciona tranquilidad a los nervios, provocando un sueño sano y vigorizante, fuente de nuevas energías y nueva alegría de vivir.



Tabletas Bayer de
Adalina

„No tiene los efectos
nocivos del Bromuro“.

FUEGO BLANCO

Día es hoy de austeridad,
y hoy quiero hablarte mi amor,
con una voz de verdad
que no te mueva al dolor.

Déjame, pues, que te cuente
lo que piensa mi ternura
de esta devota blancura
de la ceniza en tu frente.

Cenizas me has de ofrecer
cada mañana del año;
no leña seca de ayer,
que amontonó el desengaño.

Pasa al alma santamente
— hoy que la traes y es su día; —
pasa al alma, amada mía,
la ceniza de tu frente.

Y no de un reseco afán,
como ardieron hasta aquí;
nuestras dos almas, así,
de sí mismas arderán.

Eduardo MARQUINA.

da tristeza de su mirada. Parecía enfermo; estaba demacrado y pálido.

Una singular anomalía de su frente, muy abultada hacia la sien derecha, parecía exagerarse a causa de su flacura, y sobre esta parte veíase, con más relieve que nunca, una pequeña vena que la surcaba de una manera impresionante.

—¿Qué te pasa?... No es posible que a tu edad estés con esa cara de Viernes Santo, cuando todos los muchachos son alegres, despreocupados, y le prenderían fuego a la casa para encender el cigarrillo...

—Sí, son alegres... — me respondió con voz desmayada. Luego, reconcentrado, vehemente, agregó:

—Pero incapaces de sentir una verdad profunda, de morir por un gran amor...

—¡Hola, hola!... ¿Esas tenemos?

Sonrió con un gesto de mártir, moviéndose a un sentimiento de piedad. Estaba en la edad en que la vida es un problema serio, cuya incógnita encierra muchas veces una tragedia. Traté de insinuarme para que me abriera su corazón, con la seguridad de que le podría prestar una ayuda moral de cierta eficacia.

—El amor — le dije — es una pasión que exalta a los hombres, les lleva a realizar grandes iniciativas, porque despierta la voluntad...

—¡No!... — interrumpí. — Eso yo también lo creía... pero es una cosa muy distinta. ¿Cuándo me has visto tú por ejemplo, con los botines rotos? ¿Nunca?... Bueno, pues ahora, ¡mira!

Y levantando un pie, me mostró los deterioros de su calzado. Después se encogió de hombros, agregando:

—¡Exaltación!... Una exaltación que lo lleva a uno hasta el punto de abandonar el alifio de su cuerpo... No: ¡el amor es una pasión depresiva, enervante... el amor es una enfermedad, mi amigo!

Levantando la tacita de café, de un trago se la bebí. Parecía calmarse, tonificando por la infusión, mientras yo recordaba la época de mis amores y aquella alegría que animaba mi corazón pensando en tanta cosa linda que luego realicé... Mi temperamento, eso sí, era expansivo, y dí con una compañera igual a mí. Pero quién sabe si Federico había encontrado a su mujer ideal, es decir: una mujer que le amase como él a ella. ¿No sería un desencantado, un desdichado? Quise sondear el camino.

—Bueno; eso depende del acierto, de la suerte que te haya acompañado... es decir...

—Te equivocas si piensas eso... Ella me ama con locura, lo sé positivamente, pero me hace sufrir porque teme que yo no la quiera bastante. Su amor es como un ramo de rosas, cuyo perfume embriaga mi alma pero cuyas espinas laceran mi corazón... Y así ha llegado a fatigar en mí todo entusiasmo por la vida, hasta el punto de que...

Se detuvo ceñudo, mientras yo le miraba con inquietud. Conociéndole bien, no quería preguntarle hasta qué punto aquel amor ha-

bía fatigado en él su entusiasmo por la vida. Prosiguió:

—Si miro al sol, me digo: esta luz ya alumbró mil y mil veces eso que creemos eterno y que luego resulta fugaz y transitorio... ¿Para qué el entusiasmo? ¡Bah!... Y luego, la inteligencia. ¿Por qué no seremos como los animales?... Amaríamos como si comiéramos, sin darle más trascendencia...

—¡Alto ahí!... — exclamé entonces, recordando las terribles peleas de los gorriones y los gatos sobre la azotea. ¡No lo sabemos, amigo! Puede ser que el amor sea también en ellos una preocupación espiritual...

Se encogió de hombros otra vez. Le importaba muy poco el que yo le demostrase con alguna lógica su error. Padecía de un mal que estaba más allá de la lógica. No insistí, porque en el fondo tampoco me importaba mucho llevarle la contraria. Me interesaba más aquella mujer que, de tal modo, le había perturbado el sentido.

—¿Muy hermosa?

—No... no sé... ¿Qué quiere decir hermosa?...

—¿Para mí es la única!

—Y... ¿te hace sufrir?

—¡Mucho! Y para que nada falte a este martirio, su padre me detesta, sus hermanos han jurado concluir conmigo... Nadie nos ayuda porque nuestro amor despierta la envidia y el odio de todos... ¡Hemos querido redimir al amor y vamos a morir crucificados!

Se levantó, y antes de que pudiera decirle una palabra me tendió su mano ardiente y reseca, saliendo rápidamente del café.

Moví la cabeza con aire de profundo desconsuelo.

Aquella noticia aparecida en los diarios me llenó de consternación. No podía ser otro, aunque el nombre estaba equivocado: decía Francisco en lugar de Federico. El suicidio se había producido en estas circunstancias: "Por amores contrariados — narraba el suelto policial, entre consideraciones de filosofía reporteril — trató de quitarse la vida ayer a la tarde el joven Francisco de Luca. Cruzando en automóvil delante de la casa de su novia, Charcas, a la altura del 1800, se disparó un tiro en la sien derecha, cayendo sobre un costado del vehículo, de modo que la cabeza quedaba fuera, y fué regando de sangre un largo trayecto de la calzada... En muy grave estado se le ha conducido al hospital de Clínicas... etc.", terminaba el suelto. No podía ser otro y no podía ser de otro modo. Sí, de Luca tenía muy adentro esa propensión a quitarse la vida, y no porque lo anduviera publicando, como hacen esos tipos que a cada instante se mesan los cabellos y gritan ante la familia aterrada: ¡Me pego un tiro! No, Federico tenía en lo profundo de sus ojos una luz sombría, algo de desesperación y de vértigo, que producía escalofríos. Cuando muchachos nos poníamos a hablar de Dios, de la vida y de la muerte... Es decir, él era el que proponía tales temas, porque a mí no me quitaban el sueño. Al exaltarse, su sien derecha acentuaba aquella configuración anormal del cráneo, debido a que la pequeña vena se inyectaba, casi negra de sangre, latándole angustiosamente. Tenía

su anomalía también aquel canalcito sanguíneo, pues era tortuoso hasta el punto de parecer una vitorilla. Me daba miedo cuando se

le hinchaba, porque a veces me parecía que le iba a reventar.

Seguramente su cerebro, cargado de sangre en algún sistole vio-

EL CAMPANARIO

... Y van las aldeanas tan frescas, tan sanas marchando de prisa camino de misa bajo su percal; y van las parejas de viejos y viejas siguiendo el sendero con su dominguero traje principal...

Y las gotas gruesas, redondas y espesas de la última lluvia que doró la rubia gracia del trigal, urden la opulencia de esa gran esencia sabrosa y salada de tierra mojada, picante y jovial.

Y bajo su obscura sotana, está el cura; y las campanadas salen en bandadas de su palomar; y tiemblan apenas las suaves verbenas bajo el aire blando que pasa cantando por el trebol...

Y va el italiano de báculo en mano, vestido de pana, que aquella mañana se goza en mirar,

allá a la distancia, su Chacra o su Estancia (Y veinte años antes, con mil inmigrantes llegó de ultramar...)

Y por los barrancos los leves y blancos corderos, parecen gardenias que mecen sus tallos al sol; Y allá sobre el monte sueña el horizonte; y la tarde grave difunde su suave color tornasol...

Y el bosque se inspira... sonando su lira van los ruisñores que son los señores artistas de ahí; y en la gran tarea de animar la aldea, el sol colabora trayendo a la hora su traje rubí...

Y pues no hay palacios que roben espacios de cielo a la gente, más íntimamente se vive con él; y están las mañanas y están las aldeanas, y están las parejas de viejos y viejas mas cerca de Aquel...

BELISARIO ROLDAN

LA DISCIPLINA

¡La disciplina! ¿Puede haber una palabra más bella y de más rico contenido?... Expresa la posesión de sí en el orden y en la razón. Dice concentración, cohesión, rectitud, energía, firmeza, virilidad, conciencia.

En el terreno social significa unión, colaboración armoniosa, solidaridad. El proverbio antiguo: "La unión hace la fuerza", no es cierto más que en la disciplina auténtica, aquella que es comprendida y requerida; no solamente consentida, sino deseada.

La disciplina individual o social, es el medio para poderlos elevar hasta la razón; porque si la razón universal es el fin, la razón individual es el medio para tal fin.

Es por la razón que el hombre pasó de la inferioridad a un grado superior dentro de la naturaleza; pero, a la obediencia a la razón, es a quien se debe el triunfo de la civilización. Y la obediencia, es disciplina. Y esa obediencia, esa disciplina, cada vez más estrecha, es la que nos conduce a ser libres, o, lo que es lo mismo, esclavos de la verdad y del bien; que es la maravillosa esclavitud que nos hace vivir dentro del deber.

Tal es la disciplina, notable fuerza necesaria para llegar a la armonía humana.

A. FERRIERE

Hay señoras que tienen la costumbre de decir:

"He llegado a esta edad sin usar ninguna clase de cremas y mi cutis, sin embargo, está lo mismo que en la juventud". Estas señoras tienen por naturaleza una epidermis que solamente poseen los hombres, y no han conocido todavía lo que es tener un cutis verdaderamente fino. La Crema Vasenol, no hace imposibles, pero su empleo, en todo caso, permite tener siempre un rostro hermoso y lleno de salud. A su eficacia científica, une, además, un exquisito perfume.

lento, tardaba en desalojarse por alguna deficiencia de los conductos. Y en esa circunstancia Federico padecía un momento de desequilibrio. Mataría o se mataría en esos segundos, con la más absoluta inconsciencia...

Me dirigí hacia el hospital. Sabía por los diarios que su familia estaba en Salta haciendo una cura de aguas — pues todos padecían alguna cosa — y no tenía un alma fraternal que le acompañase.

Pero me llevé un chasco. Cuando el practicante me condujo hasta la sala en que yacía, vi que un señor de edad madura y una joven como de veinte años me habían precedido, y ocupaba en aquel instante ambos lados de la cama.

Nunca los había visto y me quedé perplejo. ¿No sería, entonces, Federico? Pero una ojeada a la cara del herido me bastó para cerciorarme. Sí, era él, aunque apenas pude reconocerle debido a que la cabeza casi desaparecía entre el vendaje. Sólo los ojos hundidos, la nariz afilada hasta parecer un cartilago, los labios contraídos en una mueca de dolor, exangües, aparecían como testimonio fehaciente. Le reconocí, como lo hubiera hecho estando muerto.

Seguramente, mirándole, yo expresaba un dolor mudo pero elocuente, porque el caballero aquel se levantó de la silla y vino hacia mí.

—¿El señor es pariente del herido?... — me preguntó con un interés que no era simple curiosidad.

—No, señor... Soy un viejo amigo de Federico...

Pareció vacilar un instante, mientras me hacía señas de que le siguiera. Junto a la ventana se detuvo, y todo su rostro revelaba un contenido deseo de referirme algo. Por fin habló:

—¿Conoce usted algún secreto de su vida?... ¿Sabe, por ejemplo, que estaba enamorado de una niña?

—Sí me lo dijo hará un mes... pero ignoro los detalles.

—Sí... la niña es mi hija, señor... Es esa joven que está sentada allí. Ha sido una cosa horrible para nosotros, porque nunca negué en un principio, es cierto; hasta le prohibí que viniera a casa... ¿Yo podía adivinar lo que pasaba en él?... A mi hija le hice jurar que no seguiría esas relaciones, es verdad también, porque yo dudaba... Ella tiene fortuna y creí que sólo el interés... ¿Qué iba a pensar?... Pero, ¡sí! hasta mis hijos habían jurado sacarlo del medio!... Nadie en casa le tenía fe, porque suponíamos, como le digo...

Calló, haciendo un gesto desolado. Entonces recordé mi entrevista con el pobre muchacho, su desesperación acosado como una fiera por esa trailla de familia y martirizado por la misma mujer amada, una tímida jovencita ahora sentada allí, al lado de la cama, todavía bajo el temor filial. Ella le amaba y retenía con cadenas de flores y zarzas, mientras el padre y sus dignos hijos le acosaban implacablemente, en razón de una duda tan estúpida como infundada.

—¿Quiere decir, entonces — me volví hacia el padre — que era indispensable este balazo para que usted se convenciera?

—¡Oh!... ¡Por Dios!... No me crea tan... — Agitó las manos, sin hallar la palabra. — Yo le juro que si se salva, no sólo no me opondré a ese matrimonio, sino que yo mismo le protegeré... Se casarán, si señor... ¡Ojalá se salve!

Empezó a pasearse por la sala. Nuestra conversación, mantenida en voz baja, había pasado inadvertida para el practicante. La joven, si bien no alcanzaba a oír nuestras palabras, algo adivinó sin duda, por las miradas que varias veces nos lanzó. Era de una belleza juvenil, pero sin ningún rasgo notable. Por lo general no son las mujeres muy hermosas las que inspiran esas pasiones enloquecedoras. La fuerza de seducción de aquella muchacha, habría que buscarla en su interior. Su mirada ya era un prólogo bien elocuente...

¡Pero qué corazón extraño el de esa mujer!

Ella correspondía a Federico con un amor igual seguramente. Había sufrido el infierno en su propia casa. Y no sólo tenía fuerzas para resistir a la tempestad, sino también energía pasional para ejercer su fascinación sobre el ser amado... Pero el rayo había caído y terminó con aquella lucha. Hablé con el practicante.

—¡Ha sido un milagro! — me dijo. — Seguramente un barquino del automóvil desvió el tiro, que en lugar de atravesarle el cerebro se corrió hacia abajo, yendo a incrustarse la bala en el maxilar. Ya se le ha extraído.

—¿Quién lo hizo traer a esta sala especial?

—Ese señor...

—¿Es muy grande la herida?

—Enorme, pero superficial. Ha habido conmoción sin embargo, y se tiene el temor de que pueda haber interesado el cerebro... pero me parece que se va a salvar.

Salí el practicante, y me acerqué a la joven. No cambió de posición, aunque noté que se estremecía. Siguió al lado del lecho, la mirada fija en el rostro del herido, con aquella expresión reconcentrada que ya le había notado al entrar. Una mano le temblaba ligeramente.

—¿Que me dice, señorita?... — le pregunté con voz emocionada, aunque suavemente acusadora.

Me arrojó una mirada que nunca podré olvidar. Leí en ella la certidumbre de que yo conocía sus amores, la inquietud de que Federico muriera, el espanto de que la culpase... ¡Yo no sé cómo se las arreglaba esa chica para expresar todo aquello en el relámpago de una mirada!

Nada contestó, y no tuve valor para interrogarla más. El herido comenzaba a volver en sí, despejándose en su cerebro las nieblas del cloroformo. Hasta ese momen-

to había tenido los ojos cerrados, pero al mirarle ahora noté que sus párpados acababan de entreabrirse. Como un coágulo celeste, de una transparencia vidriosa, veíase el iris inmóvil, alucinante, como reflejando el horror del último segundo... De la garganta, más bien de lo profundo del pecho — ¿o del alma? — empezó a brotarle un quejido levisimo, un hilo tenue de congoja... Federico parecía volver a la vida, expresando con la angustia de un niño su miedo de vivir otra vez...

Sentí que un nudo me subía a la garganta. Ella se llevó el pa-

casa de Mendizábal. Conversábamos de negocios, mientras algunas parejas bailaban y otras se entregaban a los encantos del "flirt", con o sin consecuencias. De pronto anunciaron a alguien, y, con asombro vi a Federico de Luca, a quien la dueña de casa y algunas muchachas salían a recibir con grandes muestras de alegría.

Mi amigo era otro. Un elegante smoking le daba el aire correcto y vulgar de todos los jóvenes. Y si no fuera porque un sello de vaga melancolía bañaba su rostro, se le hubiera confundido con cualquier mozalbete. Pero aquel sello

EL MERITO

Reconocido como el mejor
ACEITE DE OLIVAS
QUE SE INTRODUCE AL PAIS

ñuelo a la boca y lo mordía en silencio, mientras un doble riego de lágrimas rodaba de sus ojos, cristalino y ardiente. El padre, con las piernas abiertas como para no caer, parado en medio de la sala, observaba con espanto el rostro de Federico, como si temiera encontrarse con su primera mirada...

Habían pasado unos seis meses. Cuando mi amigo estuvo ya fuera de peligro, dejé de visitarle con la frecuencia de los primeros días, terminando por no volver más, absorbido por los torbellinos de la vida diaria.

Mientras concurrí al hospital, pude observar la abnegación y cariño con que la joven lo cuidaba. Era una muchacha más bien silenciosa. Y si no inspiraba simpatía inmediata, terminaba uno por sentir hacia ella una mezcla de respeto y vaga seducción.

Una noche estaba de tertulia en

de melancolía no era más que esa característica, de todos los convalecientes.

Se mostraba contentísimo. Refa y bromeaba con las damas, sobre quienes parecía ejercer una influencia llena de fascinación. No sólo las solteras; las casadas también se acercaban a él o le sonreían desde lejos, siguiéndole con la mirada. Hasta una anciana de noble rostro y blancos cabellos, le hizo un gracioso saludo, iluminadas las pupilas de una luz singular.

—Ahí tienes... — me dijo Mendizábal. — Es el éxito de un hombre que quiso matarse por una mujer... Las mujeres premian esos actos de adoración hacia ellas. Por lo general, tienen de nuestro amor sus dudas, más o menos justificadas. Se explica; ellas pueden amar a un solo hombre, para siempre, porque la naturaleza no se lo impide. No es una virtud... Nosotros, en cambio,

MANSO MORIR

Esta vida tranquila, reposada,
Sin siquiera una ráfaga agitada
Que la venga a turbar...

Esta vida tranquila y reposada,
Me parece una pérfida hondonada
Donde mis días van a terminar.

Yo le temo a esta vida reposada,
(Que tiene lo apacible de la nada)
Donde el principio y fin marchan al par
...Esta vida tranquila no ennoblece.
Esta vida tranquila no me ofrece
Ni una sola derrota ni un triunfar.
Yo miro como van, con esta vida
En marcha sin rumor, incommovida,
Las horas de mi lento respirar.
Y las miro marchar sin voz ni brío,
¡En infecunda marcha! como un río
Cuyo único destino fuera el mar.

L. GONZALEZ CALDERON

amamos a una mujer distinta a cada rato, porque, para ello nos organizó la naturaleza. No es un defecto... ¡El rasgo de ese joven las vuelve locas!

En aquel momento Federico se encontró con mi mirada y nos saludamos. Le sustraje al interés general llevándole hasta el comedor. Nos sirvieron una copa de Oporto, y mientras prendíamos un cigarrillo le interrogué.

—¿Ya estás sano, querido?

—¡Completamente!... Sano de cuerpo y de espíritu...

—¿Qué quieres decir con ese de "espíritu"?

—Que ya me he curado de todo aquello... Rompí con mi novia, y ahora no me explico cómo pude hacer yo tanta locura por esa mujer. Si, ahora estoy sano... Tú ves: río, charlo... De aquel humor sombrío no queda ni esto... ¡La vida es dulce, y el amor un estado de embriaguez delicioso!

—¿Quiere decir que amas a otra mujer?

—¿A otra?... ¡No!... ¡A todas!...

Para cambiar de conversación, porque me disgustaba el oírle hablar así, le pregunté por su herida. Se refirió a ella con un tono de ligereza, que me llenó de desconsuelo. Recordó el episodio del tiro entre carcajadas y detalles cómicos, que reducían la acción a una incidencia de sainete.

Por un momento acudieron a mi memoria las escenas del hospital, y me estremecí. Hice algunas referencias y no les dió mayor importancia.

—¡Ah!, ¿sí?... Está bueno...

Bostezo. Entonces tuve curiosidad por ver la cicatriz de la herida, aquella "enorme" herida, como había dicho el practicante. Federico levantó un largo mechón de rizos que llevaba caído sobre la sien derecha, y debajo de la gubia apareció la cuenca rojiza en toda su espantable desnudez.

Tenía como diez centímetros de extensión y abarcaba parte de la frente, la sien y una punta de la ceja, llegando hasta la altura del pómulo. Ahora, aquella anomalía de su cráneo se había depredado, como abollado, y en el fondo la trágica venita que se inyectaba hasta el rojo negro, corría a la sazón por un cauce aplanado, fácil, descolorida...

Federico, soltando la risa, cubrió de nuevo la cicatriz, y con una mueca vanidosa:

—No sabes — exclamó — cómo se ponen las chicas por este mechón de pelo... Va siendo ya algo supersticioso...

Después consultando su "carnet" de baile y comprobando que aquel "foxtrot" lo tenía comprometido, me dió un golpe en el hombro y corrió a danzar.

Quedé solo en el sofá, fumando vagamente, con el pensamiento perdido en melancólicas reflexiones. Tanta lucha por aquella pasión, llevada hasta el sublime delirio... Luego, lo más humano: el hogar abriendo sus brazos en una reconciliación. Esa muchacha, en fin, que había llegado a amarle con religiosa gratitud... ¡Y todo eso destruido, olvidado, muerto!

—¡Bah!... — exclamé — Yo soy un hombre normal. Me gusta la buena mesa, ganar dinero en los negocios, y no creo que la vida deba ser forzosamente una novela... pero... pero me parece que esa bala ha hecho una barbaridad.

En tiempo que yo cuidaba el ganado sobre el Luberrón, permanecía semanas enteras sin ver alma viviente, solo entre los pastos con mi perro Labri y mis ovejas. De cuando en cuando el ermitaño del Monte del Ure pasaba por allí buscando hierbas, o bien apercibía el negro rostro de algún carbonero del Piamonte; pero eran gentes sencillas, silenciosas a fuerza de vivir en la soledad, que habían perdido el gusto de hablar y que no sabían nada de lo que se decía allí abajo en los pueblos y ciudades. Así que cada quince días, cuando yo oía las campanillas del mulo de nuestro cortijo que me traía las provisiones de la quincena, por el camino que sube, y veía aparecer poco a poco por encima de la costa, la cabeza despierta del mozo, o la cofia roja de la tía Norade, me consideraba dichoso.

Hacia que me contaran las novedades del país de allá abajo, los bautizos, los matrimonios; pero lo que me interesaba sobre todo, era saber cómo estaba la hija de mis amos, nuestra señorita Estefanía, la más bonita en diez leguas a la redonda. Sin manifestar que tenía demasiado interés en ello, me informaba de sí iba mucho a las fiestas, a las veladas, si le salían nuevos galanes; y a los que me preguntan qué podía interesarme aquellas cosas, a mí, pobre pastor, responderé que yo tenía veinte años y que aquella Estefanía era lo más bello que yo había visto en mi vida.

Más un domingo que yo esperaba los viveres de la quincena, sucedió que llegaron muy tarde. Por la mañana decía para mí: "La falta es de la Misa mayor"; después, a eso de las doce, vino una gran tempestad, y yo supuse que la mula no había podido ponerse en camino a causa del mal estado de los caminos. Al fin, a eso de las tres, habiéndose despejado el cielo, la montaña reluciente de agua y de sol, sentí entre el goteo de las hojas y el desbordamiento de los hinchados arroyos las campanillas de la mula, tan alegres, tan simpáticas como un repique de campanas en día de Pascua.

Pero no era el mandadero, ni la vieja Norade quien la conducía. Era... ¡adivinen quién! ¡Nuestra señorita, hijos míos! Nuestra señorita en persona, sentada entre las canastas de mimbre, sonrosada y fresca a causa del aire de las montañas y del aire refrescante de la tempestad.

El muchacho estaba enfermo, la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La bella Estefanía me dijo todo aquello apeándose de su mula, y también que llegaba tarde porque se había perdido en el camino; pero al verla tan endomingada, con su cinta de flores, su elegante falda y sus encajes, tenía más bien trazas de haberse retardado en algún baile que de haber buscado su camino entre los matorrales. ¡Oh! ¡Qué graciosa criatura! ¡Mis ojos no se cansaban de mirarla! Es verdad que yo no la había visto jamás tan de cerca.

Cuando hubo sacado las provisiones de las canastas, Estefanía se puso a mirar con curiosidad a su alrededor. Levantando un poco su bella falda del domingo, que hubiera podido ensucarse, entró en la choza; quiso ver el rincón donde yo me acostaba, el jergón de paja con la piel de carnero, mi

LAS ESTRELLAS

RELACION DE UN PASTOR PROVENZAL

Por Alfonso Daudet

grande capa colgada en la pared, mi cayado, mi fusil de piedra. Todo aquello la divertía.

—¿Conque es aquí donde vives, mi pobre pastor? ¡Cómo debes aburrirte aquí, siempre sólo! ¿Qué haces? ¿En qué piensas?

Yo tenía deseos de contestar:

"En usted ama mía", y no hubiera mentido; pero mi turbación era tan grande que no encontraba palabras.

—Y tu novia, pastor, ¿no sube a verte algunas veces? Debe ser,

cho, sobre todo a causa de la inquietud de los suyos. Yo la calmé lo mejor que pude:

—En julio las noches son cortas, ama mía... Es cosa de aguardar un momento.

Y encendí un gran fuego para secar sus pies y su falda mojada por completo con el agua del Sorgue. En seguida le llevé leche y queso; pero la pobrecita no pensaba ni en calentarse ni en comer, y al ver los lagrimones que se asomaban a sus ojos, me dieron ganas

LA GITANILLA

Maravillosamente danzaba. Los diamantes Negros de sus pupilas vertían su destello; Era bello su rostro, era un rostro tan bello Como el de las gitanas de don Miguel Cervantes.

Ornabase con rojos claveles detonantes La redondez obscura del casco del cabello, Y la cabeza firme sobre el bronce del cuello Tenía la patina de las horas errantes.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras Las vagas aventuras y las errantes horas, Volaban los fandangos, daba el clavel fragancia;

La gitana, embriagada de lujuria y cariño, Sintió cómo caía dentro de su corpiño El bello luis de oro del artista de Francia.

Rubén DARÍO.

seguramente, la cabra dorada, o aquella encantadora Estrella que siempre anda por la cima de las montañas.

Ella misma, al hablarme así, parecía la encantadora Esterelle, con su linda sonrisa, su cabeza echada hacia atrás y su apuro por marcharse, que hacía de su visita una aparición.

—Adiós pastor.

—Salud, ama mía.

Y se marchó, llevando sus canastas vacías.

Al oscurecer, cuando el fondo de los valles comenzaba a ponerse azul y las ovejas se agrupaban balando una contra otra para entrar en la choza, oí que me llamaban desde la cuesta, y vi aparecer a nuestra señorita, no ya risueña como hacía poco, sino temblando de frío, de miedo, de humedad. Parece que abajo, en la costa, había encontrado el río Sorgue crecido, y que tratando de pasar a todo trance, estuvo a punto de ahogarse.

Lo terrible es que a aquella hora de la noche no había que pensar en volver a la alquería, porque nuestra señorita no hubiera podido encontrar el camino para atravesarlo, yendo completamente sola, y yo no podía abandonar el rebaño. Esta idea de pasar la noche en la montaña la atormentaba mu-

de llorar también.

Quise que nuestra señorita entrase a reposar en la choza.

Extendí sobre la paja fresca una hermosa piel nueva, le di las buenas noches, y me fui a sentar fuera, delante de la puerta.

Bien sabe Dios, que a pesar del fuego amoroso que me quemaba la sangre, no ocurrióseme ningún mal pensamiento; nada, más que un gran orgullo al pensar que en un rincón de la choza, muy cerca del curioso rebaño que la miraba dormir, la hija de mis amos—como una oveja más preciosa y más blanca que todas las otras—reposaba, confiada a mi guarda. Jamás el cielo me había parecido tan profundo, las estrellas tan brillantes...

De repente la portezuela de la choza se abrió y apareció la bella Estefanía.

No podía dormir. Las bestias hacían crujir la paja al moverse, o balaban en sus sueños. Prefería estar cerca del fuego. Viendo aquello, le puse mi piel de cabrito sobre los hombros, activé la llama, y permanecimos sentados juntos sin hablar. Si habéis pasado alguna vez la noche a la luna, sabréis que a la hora en que nos dormimos un mundo misterioso surge en la soledad y el silencio. Entonces las fuentes cantan más claro,

los estanques encienden llamitas. Todos los espíritus de la montaña van y vienen libremente; y hay en el aire rozamientos, ruidos imperceptibles, como si sintiéramos crecer las ramas, nacer la yerba.

Así nuestra señorita estaba temblosa y se me acercaba al menor ruido. Una vez, un grito prolongado, melancólico, partió del estanque que relucía más bajo y subió hacia nosotros ondulando. En el mismo instante una hermosa estrella errante se deslizó por encima de nuestras cabezas en la misma dirección, como si aquel lamento que acabábamos de oír llevase una luz con él.

—¿Y qué es eso?—me preguntó Estefanía en voz baja.

—Un alma que entra en el Paraíso, ama—e hice la señal de la cruz.

Ella se persignó también, y quedó un momento con la cabeza levantada, muy recogida.

Ella miraba siempre a lo alto con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de cordero como un pastorcillo celeste.

—¡Cuántas hay! ¡Qué hermoso es esto! Nunca había visto tantas... ¿Sabes sus nombres, pastor?

—Sí, ama... Mire usted justamente encima de nosotros, ese es el "Camino de Santiago" (la Vía Láctea). Va derecho de Francia a España. Fué Santiago de Galicia quien lo trazó para enseñar la ruta al bravo Carlomagno cuando hacía la guerra a los sarracenos. Más lejos, tiene usted el "Carro de las almas" (la Osa Mayor) con sus cuatro ruedas resplandecientes. Las estrellas que van delante son las "Tres Bestias", y aquella pequeña, frente a la tercera, es el "Carretero". ¿Ve usted todo en derredor aquella lluvia de estrellas que caen? Son las almas que Dios no quiere admitir en su seno. Un poco más bajo, vea usted el "Rastrillo" o los "Tres Reyes" (Orión). Ese es el que a nosotros nos sirve de reloj. Sólo con mirarlo sé ahora que son las doce.

Pero la más bella de todas las estrellas, ama, es la nuestra la "Estrella del Pastor", que nos alumbraba al alba cuando sacamos el rebaño, y a la caída de la tarde cuando volvemos. La llamamos todavía "Maguelona", la bella Maguelona, que corre detrás de Pedro de Provenza (Saturno) y se casa con él cada siete años.

—¿Cómo pastor! ¿Hay, pues, casamiento entre las estrellas?

—Sí, ama.

Y cuando trataba de explicarle lo que eran aquellos casamientos, sentí algo fresco y delicado posarse sobre mi hombro.

Era su cabeza dominada de sueño que se apoyaba contra mí con un ligero rozamiento de cintas, encajes y de ondulados cabellos. Así permaneció sin moverse, hasta el momento en que los astros del cielo palidecieron, disipados por el día que llegaba. Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mí ser, pero santamente protegido por aquella noche clara que jamás me ha inspirado más que buenos pensamientos. A nuestro alrededor, las estrellas continuaban su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño, y por momentos me imaginaba que una de aquellas estrellas, la más fina, la más brillante, habiendo perdido su ruta, venía a colocarse sobre mi hombro para dormir.

CINCUENTA MILLONES

Por Georges Dolley

—¿Necesita usted dinero? Dígame la verdad.
—¡Pero..., señorita Benoit!
—Diga... ¿Quiere usted cincuenta millones?
—¡Pero!...
—¿No es bastante? ¿Quiere usted cien millones? ¿Le parece una mezquindad? Tiene razón. Se dan quinientos millones. No, no tenga usted escrúpulos. Precisamente mañana voy a recibir 30.000 millones. He prestado 3.000 millones a Rothschild, que andaba algo apurado...; pero no importa. Hoy voy a darle a usted sus cien millones. Tome el cheque.
—Muchas gracias, señorita.
—No me lo agradezca; no vale la pena.
—De todos modos Y de desayuno, ¿qué desea la señorita?
—Un bocadillo de solomillo, un trozo de queso y media de Burdeos.
—Ahora mismo se lo subo a usted.
—Hasta ahora.
—En seguida estoy de vuelta, señorita Benoit.

La señorita Benoit trajo un poco por su cuartito del quinto piso en la calle de Biot, se instaló en su butaca y se puso a leer el periódico.

—John, hemos hecho nuestra fortuna.
—¿Estás seguro, Francisco?
Segurísimo, y te lo voy a explicar. Somos agentes de negocios nos dedicamos a toda clase de asuntos: herencias, policía privada, informes comerciales, divorcios...
—Yes.
—Pues acabo de descubrir un negocio admirable. Una herencia fabulosa.
—All right!
—Benoit..., ¿sabes? Ese francés que acaba de morir en Chicago...
—¿Qué?
—Que ha dejado cincuenta millones de dólares a una persona que ignora que es la heredera.
—¿Y tú sabes quién es?
—Sí, una solterona. Una pequeña rentista. La señorita Benoit, que vive en un quinto piso, en una modesta casita. Vamos a verla, y le decimos: usted puede hacerse con esos cincuenta millones. Nosotros tenemos todos los documentos necesarios para que usted entre en posesión de la herencia; pero como hemos decho cuantiosos gastos para hacernos con ellos, dénos diez millones de dólares, y los cincuenta millones son suyos.
—¿Y tú crees que aceptará?
—¡Ya lo creo!
—¿Qué suerte para ella!
—¡Y para nosotros!
—¿Vamos?
—¡Vamos!
Y los dos socios se abrazaron.

—¿La señorita Benoit?
—En el quinto piso.
Los dos agentes de negocios subieron la estrecha y maloliente escalera.
—¿Qué cara va a poner cuando sepa que va a poder disponer de cuarenta millones! Comprará en seguida un espléndido hotel para mudarse.
—Se va a volver loca de alegría.
—¡Y nosotros seremos ricos!
Llamaron. Los dos socios siguieron a la señorita Benoit, que los condujo a una salita minúscula.
—¿La señorita Benoit?
—Soy yo.
—¿Es usted parienta de un tal Benoit, de Chicago?
—Es mi primo; el único pariente que me queda.
Los dos socios se miraron.
—Señorita, prepárese a recibir una gran alegría. Venimos a traerle una fortuna.
—Bien — dijo la señorita Benoit. Es natural.

—Pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que usted habrá de dar diez millones de dólares a los que le traigan esa fortuna, es decir, a nosotros.
—Desde luego. ¿Qué son diez millones de dólares?
—Una miseria.
—Perdón...
—¿Y para eso se han molestado ustedes?
—Pero...
—Yo no quiero esa pequeñez.
—¡Señorita!...
—¿Cincuenta millones a mí, que tengo billones y trillones!
—Pero...
—Nada; lo dicho. Regalo ese dinero a América.
—¿Señorita!...
—¡He dicho que no quiero, ea! Yo no admito limosnas.
—Pero...
—O van ustedes ahora mismo a la calle,

o los echo de aquí a escobazos. Digan ustedes que nunca daré mi firma por una bagatela de cincuenta millones de dólares. ¡Fuera de aquí!

Y la señorita Benoit los puso en la escalera.

—¡Portera!
—Ustedes dirán.
—¿Quién es esa señorita Benoit?
—Una buena mujer, pero un poco loca.
—¿Cómo?
—Se cree la mujer más rica del mundo. Todos los días nos regala a los vecinos un montón de millones. Yo le voy todos los días a la compra y le limpio el cuarto, y me dice que por eso me paga 5000 millones por hora. Locura de grandezas, en una palabra.
—¿Y la dejan en libertad?
—Es inofensiva. Aparte de creerse dueña de billones y trillones, para todo lo demás está cuerda. Vuelvo a mi trajín, con permiso. Los dos socios se miraron tristemente.



El mejor cuadro de la casa...

Antes de colgar este cuadro, la familia se reunió en agitada conferencia. ¿Dónde colocarlo? ¿Allí? No; hay poca luz. ¿Acá? Tampoco; es muy alejado. ¿Allá? Menos; hay ya otros cuadros, y éste necesita mucho, mucho espacio para él solito, para que se destaque bien.

No es para menos. Como mamita le brinda una lactancia riquísima y abundante gracias al inapreciable concurso de la Malta Palermo, Bebé es el orgullo del hogar por su exuberante salud, robustez y hermosura.

EN TODOS LOS
ALMACENES
DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

LA ROSA NEGRA

Por Concha Espina

Sube por el monte este ingeniero, mozo y ágil, ávido del sol en la mañana incipiente, todavía gris. Le parece que fuera del bosque, laderas arriba hacia la cumbre, no ha de ser tan pesada la bruma y que en los rasos del camino puede nacer mejor la claridad que apenas se anuncia en el ojo turbio de la mañana.

Quiere el joven estar en la altura al amanecer, y ha dado cita a sus acompañantes y subordinados para que se le reúnan a las siete en la base del Pico Azul, allá por las vertientes orientales de la serranía, donde cumple su deber profesional haciendo estudios topográficos.

Lleva Joaquín Valdés una semana en el país y ya conoce las cimas y las cuencas, hoces y escobios que antes repasó en los planos antiguos y ahora debe comprobar y definir en nuevos mapas, con delineaciones minuciosas y toda suerte de señales y noticias.

Curioso y activo, el madrugador ingeniero disfrutaba el raro don de sentirse en la Naturaleza, de entregarse a los horizontes y vivir junto con ellos, indistintamente en una exaltación pánica. Y no teniendo allí otras tentaciones que las de los magníficos paisajes, se daba a ellos con sed de enamorado.

Fallecidos los padres, la novia lejana y enferma, Valdés que era fino y sensual, pedía a la hermosura de los campos un goce violento con ansias de desquite. Y dolíase, clavado por la melancolía del Norte en esta ruta brava de la costa, midiendo los cantiles y la selva, las playas y las espinas montaraces.

Hoy se dirige con preferencia al Oriente de las cumbres, de cara a las tierras niñas por donde brota el sol. Allí está Pico Azul, un enorme dado de piedra, sobre el cual se hincan tres gigantes hayas, erguidas al cielo solemnemente como las tres cruces del Gólgota, como los mástiles de un navío alteroso arrumbado en la pleamar de las nubes.

Tiene para el caminante un fuerte hechizo aquel lugar; le sugiere el alto cono de pizarra con los tres árboles señeros en la desolación del cuarzo.

Y ya se aproxima a él, cuando en el borde mismo de la trocha distingue algo negro y redondo, que primero le parece una mancha, después un bulto y, al fin, de cerca, un ser vivo y extraño, una criatura anormal, incalificable, que se rebulle suavemente.

Se inclina el mozo sobre aquella porción rara de existencia y ve una estofa oscura, una especie de vestido, extendida la falda en redondeo como si el viento la hubiese hinchado en torno a una débil figurilla apenas humana: cabeza greduda, rostro flaco y agudo, la sustancia tenue de unos labios, piel terrosa, sosteniendo las facciones sobre la tirantez de los músculos, y en el espantadizo sem-

blante, que se alzaba, atónito, hacia el ingeniero, unas pupilas húmedas y azules, inteligentes.

El hombre miró al cielo con interrogativo ademán. Aquel traje cernido en rededor le sugería la idea de un globo a medio henchir, en fin, llovido de las nubes materia exótica venida por los aires. Puso la mano con incredulidad sobre semejante montón de vida, y, al momento, vibró la criatura y quedó en pie de un brinco. La tela, antes inflada, le cayó ceñida hasta los talones: era un atavío de mujer, de terciopelo negro, muy sucio, con barro en la fimbria y excesivo para quien lo llevaba.

—Vivo en aquel invernadero—y aún puede levantar un brazo, indicador esquelético, semejante a un ala sombría bajo el vestido anchuroso.

El ingeniero pone la vista en dirección a la señal y descubre una cabaña pastoril en el embozo de la niebla.

—¡Ya!—murmura—; es la chavala de un pastor medio quillado que no cuida a sus hijos... Pero, ¿qué hacías?—insiste.

La muchachita se encoge de hombros.

—¿Pasaste aquí la noche?

—No sé...

OH, MADUREZ

¡Oh madurez irónica y maldita!
Por dentro juventud, por fuera daños...
Siempre que veo una mujer bonita,
mi incorregible corazón palpita
¡sin acordarse de sus cuarenta años!

Mas si ella los advierte, preferido
soy por aquel insustancial muchacho
que tal vez no podrá ser ni marido...
Todo porque la sién ha emblanquecido
y hay pimienta con sal en el mostacho.

¿Morir? sí, bien está: ¡morir amado
y amando hasta expirar! más ver perdida
por siempre a la mujer porque ha nevado
en nuestra sién, no obstante que colmado
corre el río potente de la vida.

¡Es cruel! Es venganza de una ignota
hada vieja, incapaz de amor, que quiso
pagáramos nosotros su derrota,
y hurtó, con aspavientos de devota,
a la virilidad el paraíso.

Amado Nervo.

Joaquín Valdés tuvo un movimiento casi de terror.

—¿Quién eres tú?—pregunta lleno de sorpresa y de inquietudes.

—Soy Rosa.

—¡Ah!... Una rosa negra—pensó el joven cada vez más aturrido, mirando a la niña espigada en su envoltorio, la cabeza libre de la negrura como un capullo en el cual el cabello fuesen los estambres y el perfume estuviera en el ancho pliegue de la sonrisa y en el rocío de los ojos.

Toda la flor singular parecía mojada de relente, y tan exangüe en su misteriosa levitación, que pudiera caer al menor soplo de la mañana.

La sigue mirando Valdés como a una cosa desvalida, arrancada de otro planeta.

—¿Dónde vives y qué hacías aquí?—interroga.

Con asombro suyo, la niña responde:

Para el ingeniero va tomando la niña carta de naturaleza; y aunque sabe quién es, aun duda si ha despertado allí mismo desde el torrente del Sueño universal, transida del llanto, y la sombra de la Noche, abiertos los ojos como un nuevo mirador. Siéntese atraído y rechazado por el secreto de aquella mirada, en la que percibe la novedad de un nacimiento.

—¿Qué haré con esta criatura?—se dice, convencido de que la suerte se la entrega recién vivida, solitaria en un abandono patético.

Joaquín Valdés, que es un andaluz, ducho en trabajos de amor, se conduce de todo sufrimiento cuanto más sensibles discurren su espíritu meridional y su grávida fantasía. Está cansado de querer, y, no obstante, se asoma cariñoso al sagrario cristalino de aquellas pupilas azules que se apacientan en el silencio, sin descubrir su enigma.

Recuerda el noble mozo a su novia herida de muerte, mientras él cumple su obligación al servicio del Instituto Geográfico, descubriendo límites, afirmando sendas, llevándose entre los dedos habilitados el dibujo de cuanto existe en la topografía litoral. ¿Por qué no, también, el perfil de aquella única rosa negra, como extraordinaria floración de un plano de cultivo?

Sonríe amargamente. Lo que debe hacer se lo está diciéndolo el corazón. Llevarse a la niña fuera de los mapas y socorrerla en nombre de la otra que se está muriendo con el ascua de la tisis en los labios.

El pastor enloquecido no había de oponerse: era viudo y tenía su prole abandonada a la mendicidad. Esta sola hija, Rosa, menos diestra que sus hermanos en la industria de pedir, se deshacía de hambre por los caminos del contorno, trágicamente vestida de limosna.

Llegan los ayudantes de Valdés con un práctico que los conduce y que confirma la locura del pastor.

—Por caridad se le permite la guarda del ganado—añade—. Y es el único oficio en que demuestra un poco de razón.

De las provisiones que llevan los expedicionarios le dan a la muchacha algún alimento, que toma despacito, miga a miga, torpe en la costumbre de comer y observando instintivamente a su protector.

Se ha roto la mañana en tímidas y frescas luces; cabalgó en la bruma un poco de viento, limpiando la atmósfera, y el paisaje resplande con el color celestial.

Joaquín Valdés reflexiona melancólico: "El Dolor es la base de la existencia, y la Vida es como el Cielo, porque el Dolor es azul..." Y se envuelve su alma en el cálido matiz de las nubes con dóciles filosofías, mientras bajan cantando los raudales del monte y se derrama en el aire el Sol, áspero como un vino.

Obtuvo el ingeniero legalmente una potestad civil sobre la hija del pastor, decidido a rescatarla de la miseria. Y su aventura no hubiese trascendido del suceso vulgar: una niña pobre y extenuada que logra de improviso el buen sendero prometedor, el regazo de la misericordia.

Pero sucedió que en aquel mismo amanecer, en la misma hora del hallazgo y la redención, caía en la muerte la dulce amada del ingeniero, allá en el campo andaluz donde madruga el Sol y el Cielo apenas conoce los nublados.

Los ojos tristes de la niña hética se cerraron para siempre a la felicidad del mundo, cuando se abrían a la Esperanza los de otra criatura que, en nombre de la ausente, venía a ser, por simbólica inspiración, la rosa negra del recuerdo en la desdicha de un hombre generoso.



DESDE EL PÓRTICO

El derecho al amor en la mujer

Enseña Platón que cuando nació Afrodita los dioses celebraron un festín en el que se halló el potentado Poros (la Abundancia), acudiendo al final Penia (la Pobreza) a solicitar las sobras. Poros, — se lee en el libro de El Banquete, — embriagado por el néctar, porque el vino no existía aún, con los ojos cargados de cansancio, salió a los jardines de Zeus y quedó dormido. Penia, empujada por la miseria, concibió el tener un hijo de Poros, y yació a su lado, engendrando así al Amor, que, por haberlo sido el mismo día del nacimiento de Afrodita, ama lo bello por naturaleza y a Afrodita, que es bella, haciéndose servidor y compañero de la diosa.

"Era tan bella Venus Afrodita al surgir de las aguas, — dicen con mucha gracia los mitólogos Ciges y Peyró, — que las Nereidas y los Tritones y los pobladores todos de la líquida llanura acudieron presurosos a contemplarla rodeando su concha nacarada, que era carro y cuna a la vez. Y, aparecida, el puro halago del aire azul le arrancó un blando suspiro, que repitió el Universo entero. Las olas empezaron, entonces, a mecerla dulcemente, el aire se hizo más leve y la Naturaleza se regocijó al verla. Y no era para menos: el mundo había sido mudo antes de aparecer ella; al aparecer empezó a sentir en sus oscuros senos las palpitaciones del principio generador y la noble alegría de vivir".

Acababa de leer el Tratado de las Virgenes que San Ambrosio, obispo de Milán, dedicó en el siglo IV a su hermana Santa Marcelina, ensalzando las excelencias de la virginidad y la gloria de las virgenes, cuando vino a mis manos un volumen de versos aparecido en Buenos Aires, creación de una eximia poetisa contemporánea.

Ví que el libro se llamaba La Divina Tortura, lo firmaba Raquel Adler y traía un prólogo del sabio orientalista Cansinos Assens.

En las primeras estancias nos habla la poetisa de lo que es el beso de amor a través de su raciocinio y de su temperamento. "Sediento como el fuego.

Sonriente, como el agua. Dulce, como un arrullo. Fecundo, como el árbol." "La vida en él ha puesto toda su mordedura y el cielo en él ha abierto la divina tortura".

Podrá Ramiro de Maeztu haber sintetizado las opiniones de otras críticas que se ocuparon de libros anteriores de Raquel en el dictado que le da de mística rapsoda. El erudito traductor de "Las bellezas del Talmud" y de "Los misterios persas" habrá podido sorprenderla en el anterior peregrinaje espiritual del misticismo deista. Podría un profesor de la Facultad de Filosofía y Letras aplicar al volumen los preceptos de la canónica para decirnos si sus versos están o no sujetos a ritmo y a medida. Pero el autor de estas líneas no puede aventurarse en esas sendas.

Vuela muy alto Ramiro de Maeztu para que lo sigamos. Cansinos Assens sabe muy hondo el por qué de toda manifestación ascética ética o psicológica para que lo acompañemos en el análisis. Escusa es nuestra versación estética para que pretendamos ensayar un juicio crítico acerca de tan acreditada poetisa. Además, en los días no distantes de la Reconquista del Himno, Raquel anduvo asida de nuestro brazo por plazas, tribunas y avenidas, como aquella privilegiada hermana de Moisés que formaba los coros de mujeres para responder a los cánticos de los hebreos; y la estimación que por ella sentimos desde entonces nos haría ser malos jueces en su causa.

Nos interesa, en cambio, hablar de esa divina tortura del Amor que ella nos canta en el dintel de su libro.

Porque esta poetisa que vivió la angustia de amar profundamente las cosas divinas, sabe que entre las cosas divinas está la tortura del amor y en un noble y valiente arranque de mujer que, como todos los seres, ambula por la vida, ella siente la congoja de todas las mujeres, la extasia la figura de un hombre y a veces se estremece en presencia de un inexplicable deseo.

Mientras su corazón dice, gozoso, la canción del amor que se aproxima, sabe la poetisa que está su boca fresca como una guinda, y al dulce prometido que le besa las manos le insinúa en un suave pareado endecasílabo. Bueno; si quieres, bésame en la boca.

Las mujeres de todos los tiempos contaron sus congojas y pidieron al amor lo que el Amor debe a la vida. El amor, contentándose en los límites de la honestidad, dió a la literatura universal las páginas más bellas que se hayan producido.

No hablemos ya de la égloga de Dafnis y Cloes que salían a cuidar juntos sus cabras y se besaban y abrazaban y sumergían sus cuerpos desnudos en los arroyos y se afligían de un deseo que en su adorable inocencia no llegaron a satisfacer mientras sus guardadores, casándolos, no los insinuaron en los misterios nupciales. El poeta bizantino ha hecho un poema demasiado unido al grito de la Naturaleza.

Pero vayamos a un libro sagrado "El cantar de los cantares", y veamos en qué forma siente la Sulamita esa congoja de todas las mujeres que nuestra poetisa ha denunciado con tanta valentía.

— "¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son sus amores que el vino", dice.

Las doncellas han amado a su zagal por el olor de sus ungüentos y su sólo nombre es como un ungüento derramado.

Ella interroga entonces a aquél a quien ama su alma donde hace tener majada a medio día, porque ¿por qué había de estar como vagando tras los rebaños de sus compañeros?



Esa "picada" en la cabeza, con indisposición general, después de exponerse a una corriente de aire ¡es un Resfriado! ¡No se lo deje agravar!

El resfriado que principia así es el que más fácilmente suele degenerar en pulmonía. ¡Atáquelo cuanto antes! Tómese ahora mismo dos tabletas de FENASPIRINA y repita la dosis cada tres o cuatro horas. Si esta noche al acostarse toma otras

Poreso, durante la influenza y la gripe fué el remedio que salvó más vidas.

No trastorna el estómago ni la cabeza como las preparaciones laxantes a base de quinina.

¡Tenga siempre a mano un Tubo de veinte tabletas!

FENASPIRINA
Salvó miles de vidas durante la Influenza

dos tabletas con una limonada caliente, el resultado será más rápido.

La FENASPIRINA lleva su acción directamente a los centros invadidos por el resfriado y los descongestiona, a la vez que favorece la pronta eliminación de las toxinas.

La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

OXAN

UN nuevo producto "Bayer" que recomendamos como excelente auxiliar de la "Fenaspirina" para la coriza, aguda y crónica; el romadizo o "catarro de la cabeza", y la obstrucción de la nariz que acompaña generalmente a los resfriados.

Facilita la fluxión, despeja la cabeza y desobstruye la nariz, permitiendo así respirar libremente.

OXAN es un polvo muy fino, hecho a base de aspirina, que se absorbe por la nariz, lo mismo que el rapé.



Mientras que el rey estaba en su reclinatorio, el nardo de la Sulamita dió su olor.

"Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos.

Racimo de cofer en las viñas de Engadí es para mí mi amado", — continúa.

"He aquí que tú eres hermoso, amor mío, y suave. Nuestro lecho florido. Las vigas de nuestra casa son de cedro y de ciprés los artonados".

Y este broche final, que la teología explica cómo un deseo ardiente de la Iglesia de vivir unida siempre a su esposo Jesucristo:

— "Cómo el manzano entre los árboles silvestres así es mi amado entre los mancebos. Bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fué dulce a mi paladar. Llévome a la cámara del vino y su bandera de amor puso sobre mí. Sustentadme con frascos; corroboradme con manzanas; porque estoy enferma de amor".

Aquí nos correspondería ocuparnos de la explicación que de este pasaje hace San Ambrosio en el recordado Tratado de las Virgenes; pero dejamos para otra ocasión estudiar la institución de las virgenes del culto no sólo en el cristianismo sino también en las religiones paganas.

Lesbia pregunta al poeta Cátulo cuántos besos de su boca le obligarían a decir: ¡Basta ya! Y el clásico latino le responde: Tantos como granos de arena yacen en la región de Libia, donde Cirene cría sus árboles de benjuí, entre el resplandeciente templo de Júpiter y la tumba sagrada del antiguo Bato; o tantos como estrellas descubren en la callada noche los amores furtivos de los hombres".

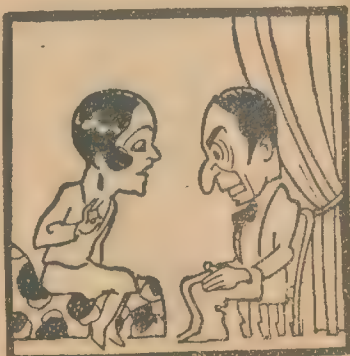
Para despertar los deseos del poeta Propertio, Cintia se tocaba con un elegante peinado, arreglaban los finos pliegues de su vestido de Cos y perfumaba sus cabellos con mirra de Oriente. Repréndela Propertio dulcemente y le dice que Febe, la hija de Lencipo, no abrasó a Castor con sus galas; ni su hermana Helaiva a Pólux; ni Marpesa, la hija de Eveno, hizo estallar la discordia a las márgenes del río de su padre, entre Ida y el apasionado Febo; ni Hipodamia venció al frigio Pelops con su falsa blancura, cuando en el carro volador se transportaba a tierras lejanas. Que sus rostros no tenían para lucir el sonrosado color de las tablas de Apeles, ni hacían un estudio continuo para cautivar a sus amantes, y el pudor era en ellas la principal hermosura.

Cuando Safo clamaba a la diosa Venus para que no abrumara más su corazón con los disgustos y los dolores del Amor, la bienaventurada, conducida en su carro de oro por graciosos y ágiles pajarillos, le preguntaba, sonriendo de qué se quejaba.

— "Líbrame de mis crueles sufrimientos", clamaba la poetisa de Mitilene—, realiza lo que desea mi corazón, atiéndeme; combate junto a mí". Y otras veces clamaba, en el regazo de la madre:

— "Madre querida, yo no puedo tejer la tela; la temible Venus ha domado mi corazón que se consume de amor por un mancebo".

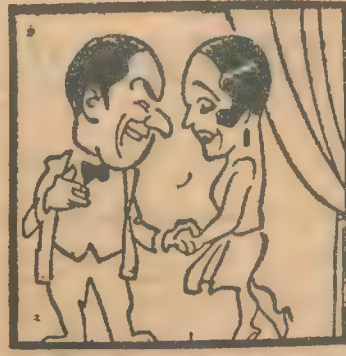
Es que a Safo le habría ocurrido, tal vez, lo que a Anacreonte. Cuenta el poeta jónico que un día, tejiendo una corona, vió al Amor bajo las rosas. Lo cogió por las alas y lo sumergió en el vino. Después cogió la copa y la bebió.



—No insistas. Yo no puedo casarme con un espárrago.



.....



—Muchas gracias, Lolita. Mi estado físico actual se lo debo al acreditado y famoso HIERRO QUINA BISLERI. Nos casaremos el mes que viene.

—Aún ahora, — decía, — siento en mí mismo el cosquilleo de sus alas.

En la Egloga III de Virgilio, la moza juguetona Galatea, tira por detrás una manzana al pastor Dámetas y huye a los sances desde

ca a Cupido para que dé el brazo a su hermano, lo haga soldado suyo y lo persuada a que la quiera: — "Haz con él, pues tan grande es tu pujanza, que cebe con su amor mi amor insano".

El poeta árabe Abn-Aamir pidió

deseo, y al punto a tu casa acude; antes que tu mensajero, quizás ella te salude".

Decía Ninón de Lenclos en una de sus cartas al marqués de Sevigné, que la naturaleza al formarnos, nos ha dado una porción de sentimientos que tienen que ejercitarse sobre algún objeto. Vuestra edad — agregaba — es propia para las agitaciones del amor; mientras este sentimiento no llene vuestro corazón os faltará siempre algo: la inquietud de que os quejais no acabará. Según Ninón el amor es el alimento del corazón, como los manjares lo son del cuerpo; amar es cumplir el voto de la naturaleza, satisfacer una necesidad.

Raquel Adler ha reafirmado con su libro el derecho natural de la mujer a los bienes del amor, anterior a toda legislación y a todo núcleo social.

Las religiones positivas habrán tenido todos los motivos dogmáticos circunstanciales que se quiera para imponer la castidad como una virtud teológica; pero por sobre todos los códigos de leyes está la voz de la naturaleza que marcha, como una fuerza ciega, a su destino.

Encauzarla con el auxilio de la razón natural para que no se produzca en daño de los demás, es lo único que interesa a la armonía y el orden de la sociedad.

Cuando la tortura del amor merece por sus manifestaciones y sus efectos ser llamada divina, como llama a la suya nuestra poetisa, el asunto se vuelve sagrado para el crítico y debe ser expuesto con el mismo respeto con que se expondrían las místicas torturas de Santa Teresa y aún con mayor interés filosófico o científico por tratarse de corrientes naturales del sentimiento y no de visiones afiebradas como las de aquella santa poetisa.

El autor de estas líneas ha hecho versos. Si ellos merecieran ser considerados por un crítico tal vez les encontrara una colocación entre el más riguroso romanticismo de 1840. Ese es su temperamento y ese su estro, por lo tanto.

No es este artículo, entonces, una loa del arte materialista y descarnado. Es simplemente un honrado reconocimiento al inviolable derecho que tienen todas las mujeres al amor.

Y cada vez que aparezca una escritora que nos cuente la verdad de su alma con esta valentía usada por Raquel, habrá adelantado la vida un paso hacia la verdad y habremos contribuido a que la humanidad de mañana vuelva a los días ingenuos en que la divina tortura del amor no era un pecado y a que la naturaleza cumpla por sí misma los designios del Creador.

H. LARTIGAU LESPADA

SULAMITA

¿Por qué surgiste de la tormenta cual Sulamita del mi-
(to hebraico,

que al Rey Poeta hizo llorar?

¿De dónde emanas, judía hermosa,
en tu avatar?

¿Eres, acaso, la esclava reina
de algún Sultán,
allá en las ruinas monumentales y milenarias
de una Bagdad?

Veo en tus ojos vagos despojos de ensueños muertos
que allá en el fondo de tus pupilas duermen en paz.
bajo las sombras de largo olvido,
como en el lecho manso del mar
yacen las naves, las que surcaran ayer sus ondas
y destrozara la tempestad.

Me causas daño, pálida maga, con los hechizos
de tu mirada sentimental.
Siento en mi carne la horrible garra
de amor carnal.

¿Por qué surgiste de la tormenta, como la esclava del Rey
(Poeta,
para amargar?...)

Armando FLOR

donde lo mira al soslayo, desean-
do que él sepa y vea el sitio don-
de va a esconderse.

En el libro de las Heroidas, Dido,
reina de Cartago, ha visto partir,
como un blanco cisne, la nao en
que se aleja Eneas, hijo de Anqui-
ses y de Venus; y mientras más se
queja de la fuga de su amante,
más arde, más le adora y más le
ama. Píde perdón a Venus e invo-

a Hinda, mujer hermosa que des-
collaba por su talento en música
y poesía, fuera a su casa donde la
esperaba un círculo de amigos pa-
ra oír la tocar el laúd. La poetisa,
más bien enamorada que cumpli-
da, contestó en el respaldo de la
carta: "Señor, en quien la nobleza
y la elevación se unen, que allá
en los siglos remotos hubo en los
hombres ilustres, Hinda cede a tu

Venciendo los vicios

Los hábitos viciosos solo pueden corregirse contrayen-
do las virtudes opuestas. ¿Te agrada el placer? Domí-
nate por medio del dolor. ¿Vives en la holganza? Entréga-
te al trabajo. ¿Eres irascible? Sufre paciente las injurias.

Haz otro tanto con los demás hábitos viciosos y pron-
to advertirás que no trabajaste en vano. Pero asegúrate
bien de no recaer, porque la lucha es todavía desigual;
si no, el enemigo que te venció volverá a vencerte.

EPICTETO

En el deseo de informar a nuestros lectores sobre el próximo Salón de automóviles cerrados, a realizarse entre los días 21 y 30 de Abril actual, en el Pabellón de las Rosas, nos ha llevado a entrevistar a los hombres más caracterizados, o que están al corriente, respecto al gran torneo automovilístico que tanto se viene comentando, dentro y fuera de los círculos más allegados a esta clase de sport. Por creerlo de interés, un redactor de "Fray Mocho" fué destacado ante algunos de esos señores, y obtuvo las siguientes e importantes declaraciones que van a continuación:

Con el señor Agustín Motto.

No bien le anunciaron el motivo de nuestra visita, el señor Agustín Motto, Presidente del Automóvil Club Argentino y Presidente del Salón de Invierno nos hizo pasar inmediatamente a su escritorio, sede del referido Club, y lo hallamos muy atareado en su mesa de trabajo. Al tiempo de pensar en lo inoportuno de nuestra misión periodística, una leve sonrisa dibujada en su rostro, hizo desaparecer en seguida nuestros temores.

No terminamos de hacerle la primera pregunta, referente a la próxima exposición del mes de Abril, cuando el señor Presidente Motto se apresuró a respondernos que él tenía mucha fe en el éxito de este certamen de automóviles cerrados; pues estas clases de coches — agregó — van resultando cada vez más indispensables, sobre todo para los días de lluvias o fuertes vientos, en que es molesto viajar en coches de sport, o sus similares.

—Yo mismo—continúa—he quedado satisfecho de un viaje que hice en un Sedan, no hace mucho, de esta Capital a Mar del Plata; en cuanto me molestó el polvo, o la tierra del camino, no hice más que correr los vidrios de las ventanillas, y así pude viajar sin ningún contratiempo. Esto no quiere decir — recalca en seguida—, que estos autos sólo sirvan para andar de un pueblo a otro del país, sino que también, y principalmente, se prestan para utilizarlos en la ciudad en los días, como digo, de lluvias y mucho frío. Sólo el que haya usado un Sedan, valorará lo que Uds. acaban de escuchar.

Ahora, con respecto al Salón de Invierno — prosigue el señor Motto — les comunico que la idea surgió principalmente de los importadores de automóviles, los cuales siempre deseaban poder efectuar una exposición de esta naturaleza, precisamente a esta altura del otoño, por ser este modelo de automóvil el coche ideal para las crudezas de la intemperie.

No hay duda — concluye nuestro amable y gentil entrevistado— que el público aficionado al automovilismo, y aun no siéndolo, sabrá apreciar estos esfuerzos que hace el Automóvil Club Argentino al colaborar con los Importadores de Automóviles y Anexos, para que este Salón alcance el mayor éxito posible.

Después de estas palabras, saludamos al digno Presidente, augurándole nuevos aciertos en la ardua empresa en que se halla empeñado.

Importantes declaraciones sobre el próximo Salón de Automóviles cerrados

Con el señor Alberto Fehling.

Luego de entrevistar al señor Presidente del Salón de Invierno, lógicamente se imponía hiciéran-

claraciones, con respecto a la próxima exposición.

No bien nos bajamos de nuestra "Voiturette", nos hallamos frente al palacio de los Cadillacs, el cual



Señor Agustín Motto, presidente del Automóvil Club Argentino y del Salón de Invierno

mos lo propio con el Presidente de los Importadores de Automóviles y Anexos, don Alberto Fehling, alma máter de este salón y Vice-Presidente del mismo. Ya el señor Motto, en la entrevista que obtuvimos, se había referido elogiosamente a la actividad desplegada por su eficaz colaborador.

Para cumplir nuestro objetivo, nos encaminamos a la Avenida Alvear, a fin de obtener algunas de-

por sí sólo dice el espíritu de empresa y el esfuerzo gastado para elevar esta regia mansión, en cuyos salones se enseñorean los espléndidos y lujosos coches Cadillac y La Salle. Ante tanta magnificencia, volvimos la vista a nuestra modesta "Voiturette" Rugby, y nos sentimos como apocados. Por más que en nuestras mentes, iban desfilando vertiginosamente, multitud de escenas vividas, mer-



Señor Alberto Fehling, presidente del Centro de Importadores de Automóviles y Anexos y vicepresidente del Salón de Invierno

ced a nuestro pequeño volante.

Al transponer la puerta de este salón de exposición, nos encontramos con la clásica e inconfundible silueta de don Alberto Fehling, quien con su habitual buen humor y espíritu generoso, nos dió la bienvenida con un apretón de manos, infundiéndonos así, ánimo para desempeñar nuestra tarea de periodista, en un ambiente de franca camaradería.

A nuestra pregunta sobre el próximo Salón de Invierno, y del cual, como decimos, es Vice-Presidente por su carácter de Presidente del Centro de Importadores de Automóviles y Anexos, y en el que recaen directamente la responsabilidad del arreglo pues forma parte de la comisión de Decoración ornato y distribución de los coches a exponerse, nos dijo que esta idea había nacido a raíz del último Salón del Automóvil, después de algunas conversaciones con los Importadores, quienes expresaron la conveniencia de hacer un Salón de Invierno, exclusivamente de autos cerrados, a realizarse anualmente, en esta estación del año. Cabe pues, entonces, a nuestro Centro y al Automóvil Club Argentino — afirma el señor Fehling—, la iniciativa original de este Salón de Invierno, puesto que, si no me equivoco, es la primera vez que se realiza en el mundo una exposición de esta naturaleza.

Entre otras consideraciones, se lamentó por la falta de un local apropiado para estos certámenes; pues, por más arreglos que se le haga al viejo Pabellón de las Rosas, dice, nunca podrían compensar el esfuerzo que esto significa, para hacer un buen marco a los suntuosos coches, desde el modesto Chevrolet al más elegante y costoso automóvil europeo, como lo sería si hubiese un palacio digno de estos torneos anuales, y que está en el ánimo de todos, por ser una necesidad sentida en el ambiente de esta Capital.

Luego de una pausa, prosigue— No obstante eso, haremos prodigios para presentar un local bueno, a fin de que sea esta exposición el verdadero exponente del estado floreciente al cual ha llegado ya la industria automovilística del país.

No podría ser más oportuna esta exposición — agrega — por cuanto cuatro marcas de automóviles populares, lanzan a la plaza nuevos modelos como ser Chevrolet, Ford, Rugby, Whippet y otros coches de lujo que presentarán sus mejores modelos de invierno, que no tuvieron ocasión de exhibirlos en el Salón de noviembre próximo pasado; y si a éstos se agregan las diferentes marcas europeas que siempre proveen de novedades, tendremos una exposición llena de cosas interesantes y es esto, precisamente, lo que desea el público.

El señor Fehling tiene muchas esperanzas en este Salón de Invierno, pues el coche cerrado — finaliza entusiastamente — está invadiendo todas las ciudades europeas y norteamericanas, con grandes ventajas para sus adquirentes, por estar ahora al alcance de los más modestos bolsillos, y dado también a que los importadores, compenetrados de la utilidad de este vehículo, no escatiman esfuerzos para darles las mayores facilidades a los compradores.

J. M. P.

Teodoro Bronzini, intendente municipal de Mar del Plata, refiere la obra comunal realizada y las nuevas iniciativas de su gobierno.

Creemos hallarnos en una verdadera casa del pueblo. Se trata de la municipalidad del Partido General Juan Martín de Pueyrredón, donde los habitantes llegan hasta las oficinas, de los encargados de la administración local con más facilidad que a su propia morada. No es de extrañar entonces que nosotros, periodistas, representantes de una revista como "FRAY MOCHO" tuviéramos inmediato acceso al despacho oficial del Lord mayor marplatense.

Un mozo simpático, sereno, con mirar vivo, actitudes que revelan temperamento de luchador y mente equilibrada por un criterio sano y uniforme, es don Teodoro Bronzini, el intendente, personal que atrae al visitante y sin usar frases estudiadas, ni estiramientos académicos, su compañía resulta interesante.

¿Su actuación? ¿Su vida? — Baste decir que se debe a su propio esfuerzo, que ha sabido forjarse méritos con tesón servido por inteligencia ágil y energías de carácter orillo y entero como tal.

—Vengo—nos dice—de haber nadado tres kilómetros y remado otro tanto. Soy muy amigo del mar.

¿Qué expresión hermosa! Ser camarada del majestuoso y épico lecho, versátil y salobre, revivisciente y magnífico, es digno de señalarse por la enseñanza honda que apa-
reja.

Allí en contacto con el oleaje pujante el espíritu se recrea y el organismo descansa y se repone de las fatigas diarias. Pensar que un ciudadano activo, viril y entusiasta pregonar su simpatía hacia el océano, en su más alto ritmo, en una ciudad donde pululan muchos adinerados estultos amigos de sensualismos y lujos asiáticos que perturban, es sencillamente consolador y traduce optimismo sano y reconfortante, lejos del vicio y cerca de lo sublime.

—Nuestra labor, puede Vd. apreciarla en hechos — nos expresa mientras subimos a su automóvil. Ahora verán como trabaja la municipalidad por el importante balneario.

Marchamos a una velocidad de setenta kilómetros por hora por el camino ribereño del norte.

—Días pasados se encontraron en un lugar adyacente a este camino, huesos fósiles de un Lestodon. Uds. saben que en esa región de la costa se han practicado excavaciones con resultados útiles por distinguidos antropólogos argentinos.

Observen, la pavimentación lo ha embellecido.

Pasamos con rapidez por la Loma de Santa Cecilia, donde la explanada Norte se bifurca frente a La Perla, comienzo del espléndido camino. En breves instantes llegamos al asilo Saturnino Unzué y al Parque Camet, comprobando ampliamente el esfuerzo encomiable de la intendencia en pro del progresivo mejoramiento urbano y suburbano de Mar del Plata, dotándola de caminos macadamizados que permiten trasladarse con



Señor Teodoro Bronzini, Intendente Municipal de Mar del Plata

celeridad asombrosa de un punto a otro sin temor de accidentes y acercando en una palabra la parte central con todos sus espléndidos extremos.

—Los inconvenientes que tenemos son con el gobierno provincial. Luchamos para salvar dificultades de interpretación que perjudican a Mar del Plata e impiden desarrollar toda la labor anhelada por nosotros.

El Parque Camet se va perdiendo a lo lejos como una visión de esperanza y gloria.

Regresamos al paseo General Paz donde la Comisión Pro Mar del Plata ha hecho importantes arreglos. Esta entidad brega en bien del lugar y ha logrado obtener notables encantos arquitectónicos y de ingeniería.

—Llegaremos hasta el faro. En veinte minutos nos trasladamos a Punta Mogotes. El faro como un silencioso y austero vigía del balneario se yergue bizarro, al lado de la antena de la estación radiotelegráfica de la armada nacional. Subimos por la escalinata hasta su pie. Desde allí se divisa a las bravías olas rompiendo contra las rocas del puerto y hendiendo las arenas de Playa Grande.

Las columnas de blanca espuma blanca como plumaje de cisne y sutil cual aletero olímpico se desmenuza en mil partículas de átomos y moléculas que expanden en el aire el poder maravilloso de ese mar infinito.

De vuelta en la Municipal en el despacho oficial del intendente comentamos el paseo.

—Quedan varios caminos pertenecientes a la jurisdicción provincial en los que como Vds. han visto es necesario aminorar la velocidad hasta 5 kilómetros por hora dado su estado. Son caminos hechos con petróleo, que claro está es necesario arreglarlos pasado un tiempo, pues su resistencia no es eterna.

—La suspensión de las ruletas ¿ha perjudicado a la comuna?

—Absolutamente. El beneficio para la salud moral y física de los habitantes de acá y los veraneantes ha sido grande en comparación con una cantidad regular que podría ingresar permitiendo las salas de juego tan perjudiciales para todos.

Cuelga en el centro de la oficina un retrato del leader socialista doctor Juan B. Justo.

—Su espíritu preside este gobierno municipal.

—Sí—profeso al doctor Justo admiración fervorosa. Quisiera que muchos argentinos leyeran, estudiaran, sus escritos, sus orientaciones. Mucho ganarían con ello. Su obra me ha inspirado siempre. Su vida ejemplar, de verdadero arquetipo, es modelo para nosotros.

Bronzini es un muchacho dinámico, con una preparación eficiente y una claridad de comprensión que destaca de inmediato su dominio sobre los temas y la absoluta bondad de sus aspiraciones. Es "The right man in the right place". El hombre para el puesto, como dicen los sobrios publicistas sajones añadiendo elogios a la virtud, en frases apotegmáticas, de sencillez escueta.

—¿Cómo atiende al público?

—Desde temprano recibo a las personas que necesitan consultarme. Distribuyo el día en la forma más ordenada posible. Todos los ciudadanos que necesitan hablarme lo hacen sin más trámite. No acepto recomendaciones de ninguna índole y ya lo saben los eternos pedigueros de favores.

—Rompe Vd. con una práctica novicia.

—Es necesario.

—¿Su ideal al frente de la intendencia?

—Que la educación se extienda.

—Es la base de todo.

—Precisamente. Que los servicios de la salud pública sean atendidos solícitamente. Que Mar del Plata sobresalga por los crecientes adelantos de su cultura y de su arte. Desde la edificación que avanza día a día sorprendiéndonos con sus matices bellos, hasta las vías de comunicación, la higiene en las playas, la moral, el equilibrio de las finanzas y en ese sentido varias de mis recientes iniciativas.

La ciudad atlántida se halla protegida por una dirección celosa y ecuaníma. Nos despedimos. Es ya noche cerrada. Una nocturnidad pura, con un cielo diáfano, tachonado totalmente de estrellas titilantes que refuigen como facetas de brillantes mágicos.

Roque CEPEDA VERON.

INTENDENCIA MUNICIPAL
— DE —
GENERAL PUEYRREDÓN

El programa, la moral y el método del Partido Socialista han dado a Mar del Plata la administración municipal que, desde hace 9 años, trabaja con el aplauso y la simpatía del vecindario, eficientemente por el progreso de la ciudad y por el perfeccionamiento físico y moral de sus habitantes.

Teodoro Bronzini

"El programa, la moral y el método del Partido Socialista han dado a Mar del Plata la administración municipal que, desde hace 9 años, trabaja, con el aplauso y la simpatía del vecindario, eficientemente por el progreso de la ciudad y por el perfeccionamiento físico y moral de sus habitantes. — Teodoro Bronzini".

Era una tarde... tarde de un día que agonizaba como un antiguo valeroso gladiador. Crepúsculo vespertino, rojo, sangriento. Víspera de fiesta. El sol, ebrio ofuscador, en la orgía de sus luces centelleantes, esparcidas por el cielo, intensamente azul, y dorando la tierra fresca y ubérrima, resistía los avances de la noche, que ya des-puntaba, allá... en la curva rojo-anaranjada del horizonte. Los pájaros revoloteaban en los jardines, en procura de seguro asilo, entonando todavía, con sus trinos, magníficos conciertos y las golondrinas, en bandadas simétricas, trazaban en el éter caprichosas parábolas, mientras buscaban también abrigo en las cercanías del mar.

Después, Febo hunde su esfera luminosa en el corazón del Océano, verdoso y apacible, y, en lo alto, bajo la comba imponente del cielo, enciéndense los faros, que semejan luminarias de una serenata veneciana... La ciudad irrumpe de improviso ahí, en una lumbrada de arcos voltaicos y la noche, límpida, amortaja a la tierra en una placidez de sortilegio y de éxtasis...

Así fué ese primer día primaveral. Así fué esa primera noche de la estación de las flores. Más... todo pasa, todo muere. La misma Primavera, de aquí a tres meses agonizará y sucumbirá en los brazos del Estío. El otoño vendrá después y ultimaré, blandamente a la estación reinante. Surgirá, más tarde, el Invierno y asesinará, impiadosamente, las maravillas otoñales... Y siempre seguirán sucediéndose las estaciones, las de la misma familia, que... no son aquellas mismas...

Y todo, en esta existencia, es la vida que surge y la muerte que aparece, luego, para destrozarla y dar paso a una nueva vida. La existencia de los seres humanos, la de los irracionales como la de los vegetales, como asimismo: todo cuanto vibra, ó se mueve, o se estaciona sobre la faz turbia del planeta, igual que en sus más recónditos senos, es la vida y es la muerte. Es el soberano contraste. Uno que se nutre a expensas del otro. Siempre lo mismo.

Al día siguiente del que al principio de ésta página intenté descubrir, la atmósfera y el panorama eran extrañamente turbios y quiso el azar que mis ojos contemplaran el féretro de una virgen que pasaba sobre una carroza blanca: cubierto de flores, muchas flores, ¡tantas flores! En una esquina, un hombre y mal trajeado, tambaleaba, ostentando en el ojal del sucio saco, una rosa inmaculadamente blanca. En la plaza principal, en medio del jardín engalanado de arbustos verdosos y de margaritas vívaces, una mujer de aspecto enfermizo, vendía claveles color de sangre, a tres ostentosas y provocativas perulurias. Entré en una casa de comercio, cuyo propietario es conocido mío, y también por su falta de humanidad, y vi sobre su mesa de labor, unas camelias de variadas tonalidades, que acaso ge-

PRIMAVERA

Por Reis Netto

mía por su libertad... También en mi escritorio, manos generosas pusieron un ramillete. Pensé:

carne, es también una visión vertiginosa de vida nueva. Mujer que se acerca y adentra en nuestro es-

Los náufragos felices

No está en nosotros el amor. Nosotros somos quienes vivimos en su espacio; el amor es un mar, es una atmósfera, es un éter divino en que flotamos.

Es un mar donde en islas fortunadas genios, y magos, con terrible encanto, cautivan a las almas que se atreven a internarse en su piélago agitado.

Es un mar que sus nácares y perlas regala sólo a los que hundió en sus antros, mar que de vida a los que en él se ahogan; mar de amor que hace dioses a sus náufragos.

Los dos misterios

Ante todo, me atrae en tí el misterio; el misterio divino y el humano que en nuestras vidas dilató su imperio; yo también para tí soy un arcano;

Soy para tí un arcano, por lo mismo que ante tí pongo mi alma en descubierto; es más abismo que cualquier abismo la extensión despejada del desierto.

Jaime VALERO

Una flor es una sonrisa de Primavera. Es la vida efímera, acariciando nuestra vida. Una flor de

píritu es un sueño, una ilusión, un placer, es... una inyección de morfina. Nos hace dormir, dulcemen-

EL VERSO

El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín de Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas.

El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como el árbol, todos los retoños entecos o amarillentos o mal nacidos y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa, nace mejor el fruto. Pulir es bueno, más dentro de la mente, y antes de sacar el verso al labio.

El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Más ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y tannos, ni se aquilata el verso, luego de nacido, con engalanarlo con aditamentos y aderezos.

Ha de ser hecho de una pieza, y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno se anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del condor.

José MARTÍ

te, llevándonos a extraños mundos, más... nos va matando, poco a poco... La flor nos sonríe y nos amortaja. Igual que la mujer; como el alcohol y el tabaco. Todo, en este mundo de desengaños y acritudes, es envenenamiento lento... un suicidio imperativo é ineludible. Las maravillas que nos deslumbran y fascinan, como esos vergeles, esas flores polieromas y radiosas, como esas avenidas marginadas de variados cromos vívidos, como ese cielo zafiro, como esta tierra pujante y ubérrima, no constituyen sino el vasto surco por el cual todos vamos, vencidos ó vencedores, camino del eterno reposo.

La tristeza como la alegría, el placer como el dolor, la hartura como la indigencia, la riqueza como la necesidad, todo es lo mismo, tiene el mismo fin: el de llevarnos en sus alas frágiles para el sepulcro. Fué la Naturaleza quien nos trajo a la vida, en una Primavera floreciente de las carnes maternales; y es ella misma quien nos brinda bellísimos pero transitorios "panneaux", que decoran nuestra senda triunfal, mientras nos dirigimos inconscientes a nuestro fatal destino. Y el renacer de las Primaveras sobre vestigios de los muertos, nacen las flores como reverdecen nuestros campos, nuestros prados y nuestro jardines...

Nacemos de una primavera de mujer, que, después, da su flor y su fruto. Morimos en los brazos de otra mujer, que tiene o nó sus primaveras fecundas...

Y nuestra vida es, también como la de la Naturaleza una Primavera que surge para amenizar las otras fases del tiempo que, inexorable, corre hacia el abismo del pasado. Nuestra Primavera de carne nos dá un estío de incertidumbres y aflicciones; un otoño de esperanzas y, después, finalmente, un invierno de amarguras y de muerte.

Una nube, vasta y negra, corre ahora por sobre el terciopelo del horizonte, velando totalmente, los postreros rayos del sol agonizante... La Tierra queda, en tanto, envuelta en tétricas sombras! En las cercanías, canta la voz de una mujer, que arrulla a su hijo; en la casa de al lado, aulla un perro; y una lechuza, de fantásticas dimensiones, pasa en un vuelo dominador... Lejos, allá en los confines del horizonte, un relámpago enorme da la idea de un pulpo monstruoso que se levantara hacia el cielo dejando sus gigantescos tentáculos hundidos en el fondo del océano. Del Levante viene un viento borrascoso y en los aires ya retumban los truenos.

Es la muerte, que viaja libremente por el espacio infinito, llamando la atención de la vida; es la muerte que aparece, que irrumpe de improviso para asesinar las flores de esta Primavera que surge, tímida, en el escenario milagroso y ritmado del Tiempo, que se va.

TOSCANA, 1927

EL PADRE

Por Bjornstjerne Bjornson

El hombre del cual vamos a tratar era la persona más poderosa de la parroquia: se llamaba Thord Overas.

Un día se presentó Thord, alto y sereno, en la oficina del cura.

—Tengo un hijo — dijo; — quiero hacerle bautizar.

—Bueno. ¿Qué nombre piensas ponerle?

—Finn, como se llamaba mi padre.

—¿Y los padrinos?

Thord los nombró; eran de la aldea: él, el hombre más importante; ella, la mejor mujer; ambos parientes de Thord.

—¿Tienes que hacer alguna observación?

—Quisiera que otros no fueran bautizados el mismo día que mi hijo — contestó Thord, después de haber reflexionado un instante.

—¿Un día de trabajo, entonces?

—El sábado próximo, a las doce del día.

—¿Alguna otra cosa? — preguntó nuevamente el sacerdote.

—Nada más — dijo el campesino, que sin cesar hacía girar el gorro entre los dedos.

El cura se levantó.

—Aun eso — dijo. Y parándose frente de Thord le tomó la mano, reposando la mirada muy fijamente en la del campesino. — ¡Quiera Dios que tu hijo sea para tí una bendición!

Diez y seis años habían transcurrido, cuando Thord entró otra vez en la oficina del cura.

—Bien te has conservado — le dijo éste, que no observaba casi ningún cambio en él.

—Tampoco he tenido penas — le contestó Thord con calma.

El sacerdote calló durante un buen rato; luego dijo con interés:

—¿A qué vienes hoy, Thord?

—Por mi hijo; según él me ha manifestado, mañana es el día de su confirmación.

—Así es; tu hijo es un buen muchacho.

—Quiero saber el número que llevará mañana, antes de pagar yo.

—El lleva el número uno.

—Bien; es como dijo él. ¡Aquí le dejo diez coronas!

—¿Necesitabas saber más?

—Nada más... — Y Thord se fué.

Ocho años habían pasado, cuando el cura sintió ruido de pasos en el patio de la casa.

Entraron muchos hombres. Thord el primero.

Reconociéndolo el sacerdote, dijo:

—Vienes bien acompañado esta noche, Thord.

—Vengo a anunciar el casamiento de mi hijo; se casa con Karen Storliden, hija de Gudmun, que se encuentra aquí, a mi lado.

—Es la moza más rica de la comarca.

—Así se dice — contestó el campesino, aliándose el cabello con la mano.

El cura se quedó meditando durante algunos instantes.

Escribió en silencio en los libros los nombres de los presentes que luego firmaron.

Thord puso tres coronas encima de la mesa.

—No me pertenece más que una — dijo el sacerdote.

—Lo sé; más Finn es mi único hijo; quiero hacer las cosas bien.

Las tres coronas quedaron donde estaban.

—Es la tercera vez que has venido aquí por él, Thord.

—Yo ya he terminado...

Thord cerró con calma la cartera, guardándola en el bolsillo interior del saco; se despidió, y fué seguido por los hombres.

Padre e hijo cruzaban, quince días más tarde el lago, dirigiéndose hacia Storlinden para arreglar todo lo que concernía con el casamiento.

—Es incómodo este asiento — dijo de pronto Finn, levantándose para mejorarlo; pero su pie resbaló... el muchacho dió un grito, y cayó hacia atrás, dentro del agua.

—¡Agárrate! — gritó el padre, tendiendo uno de los remos hacia el hijo. Este hizo unos movimientos... De pronto se puso rígido.

—¡Espérate! — gritó el viejo. Pero en ese momento Finn tuvo como un calambre; clavó la mirada en el padre, y se hundió...

Thord no podía creerlo... De pie dentro del bote, miraba fijamente el sitio donde había desaparecido su hijo, esperando verlo aparecer.

Vió subir infinidad de pequeñas burbujas... otras...; luego una muy grande que se reventó, y el lago quedó otra vez liso como un espejo.

Durante tres días y tres noches vieron al infeliz padre largas horas remando, por el lago, sin comer y sin beber; buscaba al hijo. Al tercer día lo encontró. Cargado al hombro, Thord llevó el cadáver de su hijo hacia las casas.

Había pasado quizá un año desde entonces, cuando una noche oscura de otoño el cura notó que alguien golpeaba la puerta y buscaba la cerradura.

El sacerdote la abrió, y entró un hombre de cabello blanco, muy encorvado.

El hombre era Thord.

—Tarde has venido.

—¡Ah, sí... tarde es... — contestó Thord.

—He traído algo que deseo distribuir entre los pobres; he hecho un legado... en el nombre de... mi hijo.

Thord se levantó y puso el dinero encima de la mesa, y volvió a sentarse.

El sacerdote lo contó.

—Es mucho dinero — observó.

—Es la mitad del valor de mi propiedad, la que he vendido hoy.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Thord?

—Pienso emplear mi vida mejor que antes. Ambos quedaron nuevamente callados.

—Creo que tu hijo, por fin, ha llegado a ser una bendición para tí, Thord.

—Así lo creo yo — contestó Thord contemplando al sacerdote... Y gruesas lágrimas empezaron a correr pesadamente sobre sus mejillas arrugadas.



Cada pie pesa una tonelada

Esta es la impresión que tienen todos aquellos que sufren de los pies; ya sea por caminar mucho o por estar demasiado tiempo parados. También sufren de los pies los que tienen callos, juanetes, grietas y paspaduras causadas por botines chicos o por excesivo sudor. Todas estas calamidades son fáciles de evitar tomando por las noches, antes de acostarse, un baño de pie caliente, donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

Su acción es generalmente notable; da una sensación de bienestar y descanso asombrosa.

TARBORATS se vende en las farmacias, a \$ 2.60 el paquete, para varios baños, y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Movimiento político



Doctor Hipólito Irigoyen, proclamado por el partido de la Unión Cívica Radical (personalista) como candidato a la Presidencia de la República.



El presidente del comité de la capital del partido Radical personalista, señor Héctor Bergalli, depositando su voto durante la Convención realizada por dicha agrupación política.



Doctor Francisco Beiró que, como candidato a la vice-presidencia, integrará, junto con el doctor Irigoyen, la fórmula presidencial de los radicales personalistas.



A la izquierda: la mesa Directiva de la Convención del partido Radical personalista, efectuada en el teatro de la Opera, para elegir los candidatos a Presidente y vice de la República. — A la derecha: un aspecto de la sala al proclamarse la fórmula Irigoyen-Beiró, candidatos que cuentan con grandes probabilidades de triunfo.



Un detalle de la concurrencia mientras se efectuaba la proclamación de candidatos a Presidente y vice, que sostendrá el partido Socialista Independiente.



Doctor Miguel Alberto Luzio, uno de los candidatos a diputado nacional, que votará el partido Radical antipersonalista.



Proclamación de la fórmula presidencial Melo-Gallo efectuada por el partido Radical antipersonalista, en la plaza del Congreso.

Homenaje a los señores Canop y Escobar



Cabecera de la mesa en el banquete con que fueron obsequiados los señores Santiago Canop y Blas Escobar, fundadores de la Universidad Popular Bartolomé Mitre, por un grupo de amigos y miembros del personal superior de dicha institución. — Ofreció la demostración el doctor Victorino Ortega, a quien siguieron en el uso de la palabra los señores Canop, Caffarena, Ibáñez y Villafañe.

Ascenso



Señor J. A. González Chaves, perteneciente a la Dirección General de Tráfico, que acaba de ser justamente ascendido a inspector de parroquia.

Declamación



Señoritas María Selva Cuevas y Sarita Cuevas, profesoras de declamación, procedentes del Paraguay, que han dado brillantes audiciones en Buenos Aires.

Te en honor de la señorita Rosario Beltrán Nuñez



Celebrando la aparición del libro "Sol de amanecer", original de la señorita Rosario Beltrán Nuñez, ésta inteligente escritora fué objeto de una afectuosa demostración consistente en un té organizado en su honor y servido en el restaurant Harrods. — El acto fué ofrecido por la poetisa señorita María Alicia Domínguez. También hicieron uso de la palabra la señora Alcira Videla de Pérez del Cerro, en nombre de la Asociación Damas Patricias, y finalmente, la obsequiada para agradecer el homenaje que se le tributaba. — Vista parcial de la mesa.

Periodismo



Señor Pedro Planas Carbonell, conocido periodista que dirige la publicidad de Artistas Unidos, y que acaba de hacerse cargo de la dirección de "Imparcial Film".

Teatros



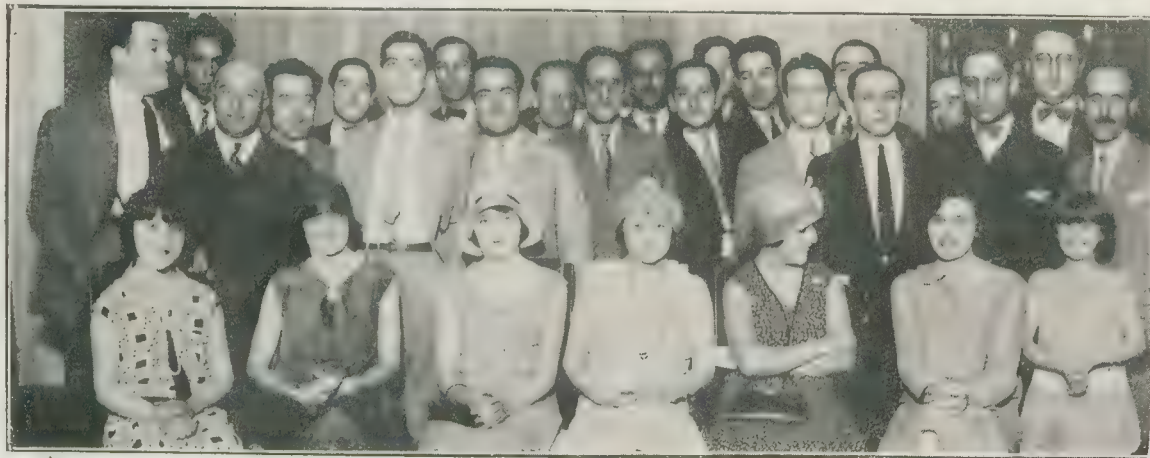
Elementos de la compañía argentina cómico-dramática que, bajo la dirección del señor Carlos Villar, viene actuando con éxito en el teatro Pueyrredón.

Necrología



Señor Juan B. Serié, recientemente fallecido.

De MENDOZA



Grupo de fundadores y colaboradores que asistieron a la inauguración de "Megafono", revista oral de la nueva generación, en cuya oportunidad se dió a conocer el primer número. El acto tuvo lugar en la sede de la Asociación de la Prensa.

FALLECIMIENTO DEL GENERAL EDUARDO BROQUEN



Vista parcial del imponente cortejo que acompañó, hasta su última morada, a los restos del general de división Eduardo Broquen, prestigioso jefe de nuestro ejército, cuya muerte ha sido hondamente sentida. — La llegada del féretro a la Recoleta, conducido por familiares y amigos del extinto.



Durante los discursos — El general Ladislao M. Fernández, que ostentaba la representación del ejército Argentino, pronunciando su oración fúnebre en el peristilo del cementerio del Norte.



ENLACES. — Señorita María Colkel Frassati con el subteniente Federico C. Schumaelker.

SOCIALES



Señorita Emiliana Alvarez Juárez



Señorita Angela Luisa Binaghi recientemente desposada con el señor Juan Carlos Rossi.



Señorita Lucrecia A. Gualta con el señor Angel M. Arata.



Señorita Sara Collingwood con el doctor Amadeo Rosatti.

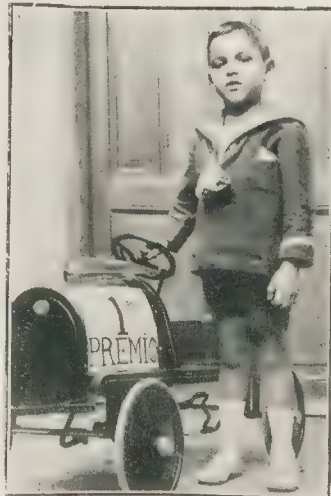


Señorita María Giente con el señor Eulogio Blanco



Piedracueva - Burdis.

GENTE MENUDA



Mario Horacio Salvatore



Teresa Catalina Masanet Parodi



Celestina y Beatriz García



Susana Alicia Rossi



AGUA FUERTE

Por Eduardo Zamacois.

La embarcación rompía suavemente el agua dejando tras sí una estela brillante como reguero de menudos cristales; las primeras sombras crepusculares invadían el espacio; sobre el mar inmenso, el lucero vespertino derramaba su resplandor frío; las olas, que encrespó las caricias del viento, se hundían al llegar junto al frágil esquife que pasaba sobre ellas como una caricia, amasándolas; las gaviotas huían enderezando hacia la playa el vuelo.

Federico y Daniel, sentados el uno delante del otro, remaban a compás; se habían quitado la camisa, y bajo sus elegantes camisetas de seda temblaban los músculos pectorales, los bíceps vigorosos y ágiles, y toda su enérgica complexión de aristócratas aficionados a los duros ejercicios de la gimnasia y de la esgrima.

Desde popa, donde iba llevando las cuerdas del timón, Elisa Dantín envolvía a los dos hombres en una mirada extraña. Representaba veinte años: tenía el rostro pálido y un dejo de vaga pesadumbre embellecía sus labios; sus ojos negros eran crueles y fríos; bajo el talle esbelto, sus caderas amplias de mujer sensual dibujaban una doble curva firme y armoniosa.

—¿Quieres que emprendamos el regreso?—preguntó Federico.

—No—repuso ella,—sigamos; el tiempo es muy hermoso.

El bote continuó avanzando hacia alta mar, moviendo sus remos que hendían las olas sin ruido, como un gigantesco insecto de cuatro patas. Las costas, ya distantes, recortaban bajo el cielo una silueta negra y borrosa; las luces palidecían en la niebla rodeadas de un nimbo glauco; allá, los mástiles de los buques anclados formaban una especie de bosque escueto y triste; las estrellas iban encendiéndose poco a poco, y su luz bruñía la blanca cresta de las olas. Elisa Dantín miraba a los remeros.

Aborrecía a Federico, su marido, que la adoraba. Elisa no era responsable de aquel odio que vanamente trató de domeñar; que los carinos y los desvíos son como plantas parásitas que nacen donde quiera, sin necesidad de que la mano cuidadosa del jardinero las siembre ni agasaje. ¡Y qué tormento aquel de vivir unida a un hombre cuya presencia iba siendo insupportable de día en día! Fingiéndole amor; complaciendo sus deseos, ofreciendo sus labios a sus besos, acariciando lo que hubiese querido herir... Y así siempre, una noche y otra, para luego, a la mañana siguiente, volver a representar ante el mundo el papel, tristemente cómico, de una felicidad perfecta.

—¿Hay nada más horrible—pensaba Elisa—que ser amada por un hombre odiado?

Y hubo, en el callado curso de sus meditaciones, una pausa que pa-

recía responder al silencio augusto del mar y de los cielos en calma. Daniel preguntó:

—Elisa... ¿quiere usted que volvamos a tierra?

Ella le miró duramente, con rencor; después, hablando en voz muy baja, como soñando, repuso:

—No, no... sigamos, sigamos...

La embarcación continuó en línea recta, rompiendo las olas. A la izquierda se erguía el faro, con su luz triste, bienhechora como la sombra de los eucaliptus; más allá estaba el Océano, negro, impenetrable, reposando sobre abismos donde nunca penetró el sol. Elisa Dantín reanudó su soliloquio.

—Si—hay algo peor que ser amada por quien se aborrece—pensó,—y es querer a un ingrato...

Miró a Daniel tan joven, tan apuesto, tan falaz, que parecía esquivar el relámpago de sus ojos mirando a otra parte... Daniel y Federico se querían como hermanos; le conoció poco después de su matrimonio; él regresaba de una larga excursión por Oriente; volvía alegre, sediento de emociones, codicioso de referir las aventuras que corrió por aquellos lejanos países del sol. Daniel fué enamorándola con atenciones y palabras; después la declaró su pasión, que ella rechazó indignada; pero su protesta era tardía; cuando quiso olvidarle ya no pudo y fué suya... Meses después Daniel la olvidaba por otra mujer.

Bajo el calor bochornoso de aquella tarde, Elisa Dantín sentía que todas sus malas pasiones se exasperaban. Vela a Daniel decidor, impudico riendo, feliz, entre los brazos de sus nuevas queridas y el odio que encienden los celos nublaba el pensamiento de la desdenada. Por él traicionó a su marido, burlándose, supo aborrecerle; por él aprendió el camino del adulterio y de la mancebía. ¿Y para qué?...

—Le odio tanto como a Federico, acaso más... pues me quitó el consuelo de ser honrada...

Elisa, comprendía que su pobre espíritu estaba sometido a las dos grandes torturas, límite de todos los sufrimientos pasionales: querer al que desprecia, odiar al que nos ama... Ella, por tanto, padecía toda suerte de sufrimientos: el amor que negaba a Federico, nadie lo quería; su honor era como rosa marchita, caída en un camino; ¿qué podría disculpar su adulterio?... Una idea que hasta allí anduvo vagando por los más ocultos escondrijos y desvanes de su pensamiento, surgió de pronto aterradora, fría, centelleante, como el zigzag de arma blanca.

—¿Y si yo me deshiciere de los dos?

Tembló y procuró pensar en otra cosa; pero la idea terrible resurgía tentadora, irresistible... Aquellos hombres estaban a merced suya;

en ella convergieron los voraces apetitos de los dos; aquel deseo podía convertirse instantáneamente en odio; bastaba un gesto... una sola palabra de sus labios... para precipitar al uno sobre el otro, y obligarles a reñir hasta despedazarse. ¿Para qué sufrir? ¿Acaso no valía la muerte del amante la vida del marido?... Muertos ambos, ella quedaba libre; la destrucción es santa; no se puede edificar donde hay ruinas; la piqueta debe preparar el campo a la paleta y a la plomada... ¡Y tanto bien, podría alcanzarlo con sólo querer!...

Elisa Dantín sonrió satisfecha, como reírían los viejos tiranos. Federico preguntó:

—¿Volvemos?

Ella repuso distraída:

—Me es indiferente; como queráis...

Ellos viraron la embarcación; Elisa Dantín volvió a pensar:

—¡Si yo hablase!...

Pronto, antes de una hora, llegarían a tierra; la tierra era para ella la esclavitud, el disimulo, el secreto martirio de todas sus horas... ¿Por qué no hablar?

—Una frase... menos aún, una palabra... una sola palabra mía... bastaba...—repitió Elisa.

Miraba a Federico y a Daniel para aumentar el caudal de su odio; evocó recuerdos crueles: su caída, sus remordimientos, sus celos, su abandono; recompuso escenas repugnantes... La medida estaba bien colmada; aun tuvo largos titubeos; luego habló; fué como una basca...

—Daniel—dijo,—¿me quieres?...

Y sus ojos soportaron impasibles el choque de las miradas atónitas que sobre ella lanzaron los dos hombres: los remos quedaron suspendidos en el aire, goteando.

—¿Que decía usted?—preguntó Daniel.

—¡Oh, no disimules!—repuso la joven, cuyo cuerpo parecía haber adquirido súbitamente la rigidez de las estatuas; estoy cansada de fingir; te quiero... y tenía ganas de decirlo así... en voz alta.

Federico lanzó un grito y se puso de pie.

—Elisa... Elisa!... ¿Qué... qué has dicho?...

Ella, siempre inmóvil, replicó lentamente, como presa de un vértigo tranquilo:

—¡Bah!... Dije... lo que saben muchos; que Daniel es mi amante...

Este, fuera de sí, se había levantado, murmurando:

—¡Ah, miserables!... Sin duda urdistéis este plan para asesinar-me...

Bajo los nerviosos pies de los dos hombres, la lancha comenzó a oscilar violentamente. Aquel inesperado desbordamiento de cólera fué como uno de esos rayos que durante los calurosos crepúsculos estivales rasgan la extensión del espacio azul.

Federico vacilaba, pasándose por la frente sus manos de remero, morenas y duras. De pronto exclamó, cual si la luz hubiese brotado repentinamente en su cerebro:

—¡No, yo no!... ¡Vosotros!... ¡Miserables, vosotros, que me engañabáis!...

Abrió los brazos precipitándose contra Daniel, que le esperaba con los suyos abiertos, y se estrecharon frenéticamente, magullándose con las caras y los pechos juntos.

Elisa Dantín, sin dejar su asiento, les contemplaba con la mirada impasible de las esfinges. Federico, más bajo que su enemigo, tras una finta hábil logró afianzarle por la cintura y levantarlo en alto, pero Daniel le cogió fuertemente el cuello entre los dientes y pudo desahicarse, cayendo de pie: el bote retembló y un golpe de mar lo salpicó de agua.

Súbitamente Elisa tuvo miedo, miedo a que uno de los dos sobreviviese a la lucha; ella anhelaba la libertad, la dulce libertad absoluta; ni amar ni ser amada...

Casi ahogado, como en un rugido, Daniel murmuró:

—Ven.

Asió a su rival de las piernas y quiso lanzarle por la proa; Federico, ya en el aire, puso un pie sobre una borda, la embarcación osciló y Daniel, perdiendo el equilibrio, cayó hacia atrás, en el mar, arrastrando a Federico. Sobre aquellos dos cuerpos las aguas se cerraron formando grandes círculos concéntricos; un turbión de burbujas ascendió a la superficie. Elisa Dantín, aterrada de su obra, se había levantado, mirando al abismo: transcurrieron pocos segundos... Los dos luchadores reaparecieron abrazados, mordiéndose, queriendo arrancarse algunos instante de vida que ya no merecía el trabajo de ser defendida: sus cabellos mojados colgaban sobre sus frentes; tornaron a hundirse... la joven esperó; las olas seguían pasando unas tras otras, enarmando sus lomos sobre la tumba recién abierta...

Transcurría el tiempo; la luna ya iba muy alta; Elisa miró a su alrededor: las barcas pescadoras se hallaban lejos y sus tripulantes nada podían haber visto; el faro, luciendo en la serenidad de los cielos, mostraba el camino de la salvación y de la paz; el pasado, el horrible ayer, quedaba sepultado allí, bajo el misterio impenetrable de las olas. Satisfecha de sí misma y del porvenir, Elisa cogió los remos y bogó lentamente.

Marplatenses



Señor Pablo Piffano y su señora Adela Inda de Piffano.



Señoritas de Izaguirre, Monkes, Riccio, Naymen y Barlaro y señores A. y F. Riccio en la laguna "La Brava".



Señor Vicente Gómez Bonnet y su esposa.



Señora Emilia G. de Sassi, señorita Amalia Ghigliazza y señor Luis Gambetta.



Señora Fariás de Mancini Alcorta y su hija Ana María y señor Augusto S. Mallié.



Señoras Adela Lojo Salgado de Oliver y Edith Mitchell de Roth y señorita Luz Lojo Salgado.



Señorita Amalia Navarro



Señora Zaida Lojo Salgado de Torres y señoritas Juana María, Carmen y Celina Irigaray, Maruja Alsina, Vidal y Maletti.



Una simpática hija de Eva coqueteando bajo el quitasol japonés.



El joven Roque Cepeda Verón, luciendo su salida de baño.



Un pañuelo bien llevado



Carlos Germán Raffetto.



Rodolfo Antonio Bernasconi.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Dolores del Río y Victor Mac. Laglen, protagonistas de "Los amores de Carmen" el gran éxito Fox del momento en el Capitol.



Dolores Costello interpretando "La viudita colegiala" film Ajuria que la General exhibe desde el viernes último.



Billie Dove y Noah Beery en "La esclava", que desde el viernes último exhibe Max Glucksmann.



Escena de "Melenitas rubias", film interpretado por Claire Windson y Walter Hiers, que la Corporación estrenará mañana.



Pintoresca escena de la filmación de "Dos caballeros árabes", que tiene como protagonista a Louis Wolheim y que Artistas Unidos estrenará en breve.



Lillian Gish y John Gilbert, intérpretes de "La Boheme", dirigida por King Vidor film extraordinario que en este mes estrenará la Metro-Goldwyn-Mayer.



Escena de "Lo que las hijas ocultan a los padres", con Nina Vanna de protagonista, que la New York Film estrenará próximamente.

LOS AMORES DE CARMEN DOLORES DEL RIO

UN EXITO SIN PRECEDENTES

Notas de La Pampa



Señor Julio Jordán, ex-diputado provincial y decano de los escribanos públicos del Territorio, con registro en Quemú-Quemú.



Señorita Trinidad Rodríguez, directora de la academia de corte y confección que funciona en Quemú-Quemú.



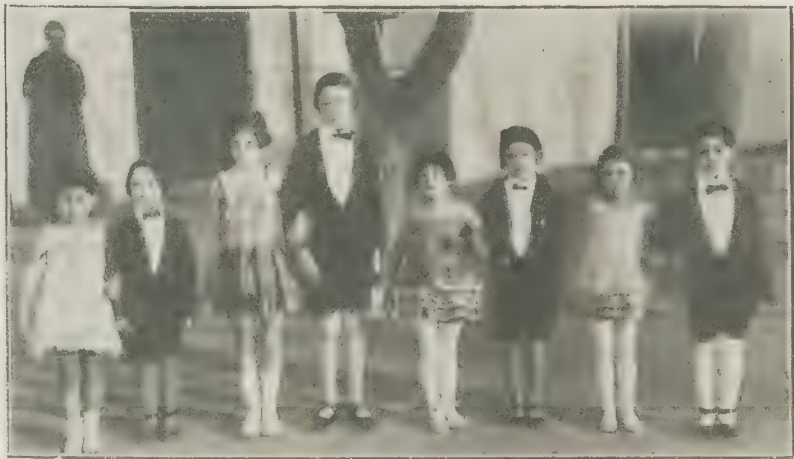
Señor Simón R. Gatica, distinguido educacionista director de la escuela número 68 de Barón Demarchi, estación Relmo.



Comisión de damas de estación Relmo, que se han distinguido por su acción filantrópica en favor de la niñez.



Tiernos vástagos de pura cepa pampeana que, siguiendo la tradición, usan los atavíos legendarios y saben bailar, a la perfección, una zamba o un gato neta-mente criollos.



Grupo de alumnos de la escuela N.º 68, de Barón Demarchi, estación Relmo, que tomaron parte en una fiesta escolar, desempeñándose con singular éxito.



Futuras madres y jóvenes ciudadanos, en una clase de civismo, rindiendo homenaje a los hombres ilustres que supieron labrar la grandeza de la patria.



QUEMÚ-QUEMÚ. — Maximino, Hilario, Fidel y Felipe Diosdado y Manuel Bretón.



Eleira Menardi Jordán.



Jorgelina Elena Jordán Corradi.



BARÓN DEMARCHI. — Eugenio, Zulema, Rafael, Isabel, Mercedes y Raúl García.

CÓMO SE RINDIÓ AL AMOR LA DUQUESA DE BERRY

Por Dionisio Pérez

Ante la disputada propiedad del castillo de Chambord, pendiente de una sentencia de un Tribunal francés, evocé el recuerdo del "niño del milagro", que esperaba de la Providencia la conversión en realidad de su derecho divino a ser Rey de Francia, mientras un Orleans, primero, y un Bonaparte, después asaltaban y ocupaban el trono que le pertenecía, y mientras se consolidaron la Segunda y la Tercera República. En este hijo póstumo del asesinado duque de Berry se quebró una tradición familiar y se desvaneció el influjo fatal de la ley de herencia, cuya continuidad y persistencia a través de las familias reinantes estudió recientemente, en dos curiosos libros, un insigne médico francés.

En verdad, el conde Chambord, poseído fervorosamente, fanáticamente de aquella fe en su ungimiento real, que no logró arrancar la cuchilla de la guillotina de la cabecita linda de la pastorcita del Triánón, y que no logró aventar y disipar de otras testas coronadas todo el estrépito, espanto y dolor de la Revolución y de los ejércitos napoleónicos derribando y alzando tronos, quebrando cetros y regalando coronas, ahuyentando e improvisando familias reales, no se sentía impulsado de aquella energía, de aquel ímpetu, de aquel afán de defenderse y de imponerse que llevaron a las Cortes europeas donde matrimoniaron y se nacionalizaron las princesas de las Dos Sicilias; espíritu y temple de raza que culminó con mayor denodado esfuerzo y más decidida abnegación precisamente en la duquesa de Berry, madre del conde de Chambord, cuyas propiedades litigan ahora los hermanos de la Casa de Borbón-Parma.

¡Quién dijera que de aquel Carlos IV de Nápoles y III de España, apacible, ecuaníme, melancólico, y de su esposa, Amalia de Sajonia, dulce, humilde, llana, recatada, virtudes que se reprodujeron y acentuaron en sus ocho hijos, había de proceder esta estirpe de las princesas de las Dos Sicilias, imperativas, enérgicas, dominadoras, valientes, osadas y, a la vez, poseídas de una ternura femenina que es como luz y como alma en las duras contiendas de sus vidas torturadas.

Al trono de Nápoles, donde quedara reinando, niño y tutorado, Fernando IV, hijo tercero del gran Rey Carlos, de España hermano del mediano Rey Carlos IV, llevó este espíritu absolutista y bélico, intransigente y agresivo, María Carolina, hija del Emperador de Austria y hermana de la guillotizada María Antonieta. Nadie en Europa luchó tan braviamente contra la Revolución francesa y contra Napoleón como esta mujer singular, Soberana de un trozo de Italia, capitana de unos ejércitos menguados, administradora desatinada de un tesoro exhausto. Arrojada de su trono por tropas francesas, ve convertirse el reino de Nápoles en la República Partenopea o Parteneana, y ve reconstituirse la Monarquía bajo el cetro de José Bonaparte y luego de su cuñado Murat, con quienes Napoleón quiere hacer ejecutiva la sentencia que dictara en su manifiesto: "Los Borbones han dejado de reinar en Nápoles..." Y esta mujer singular, expatriada, perseguida, sin di-

nero, logra armar el Ejército de la Fe y lanzarlo con el cardenal Ruffo a la reconquista de su trono, sin que le espante la mortandad ni le amedrenten los "ríos de sangre" a que abren cauce los aceros franceses. Y luego, repuesta en el trono en 1815, "no habiendo aprendido nada ni queriendo

El Escorial, le fueron fatales; murió de melancolía a los cuatro años de casada. Su otra hija, María Amelia, en cambio, casada con el hijo de Felipe Igualdad, fué Reina de Francia diez y ocho años, y dió numerosa prole a la Casa de Orleans.

Hay cuatro nietas, María Teresa

francesa. La Cámara, más realista que el Rey, votó millón y medio... "París — escribe un cronista — ha adoptado desde que la ha conocido a esta parisiense de raza. Su inteligencia, su vivacidad, su energía, la gracia de su personilla tan delicada, le dan derecho de nacionalidad..." En 1819 nace una niña de este matrimonio; niña de sino trágico. Se la llamó María Teresa Luisa; será duquesa de Parma; conocerá el destierro; recobrado el trono, verá asesinado al esposo; tendrá que defender, siendo regente, los derechos y la vida misma de su hijo, luchando con la Revolución como luchara la bisabuela Carolina...

Cuando esta niña tenía un año apenas, Louvet asesinó al duque de Berry. El dolor vivo, ardiente, desenfundado de María Teresa conmovió a Francia entera. Cuando la noticia llegó a ella, olvidando toda etiqueta, corrió destocada al lugar donde el hijo de Carlos X gemía su agonía. En vano quisieron contenerla los cirujanos que desbrindaban la herida. Clamaba a gritos, en medio de una muchedumbre que la contemplaba llorando: "Dejadme, dejadme! Quiero verlo. ¡Es mío!..." Y luego, cuando pudo penetrar en la sala de operaciones, se abrazó al doctor Blancheton, gritándole: "¡Decidme la verdad!... Tengo valor... Ved mis ojos sin lágrimas... Ved mis manos que no tiemblan..." Cuando el duque expiró regresó al Eliseo, donde residía, y dió rienda suelta a su dolor; resurgía en ella la rebelde, la valerosa abuela. Clamaba a gritos; airadamente, rabiamente cerraba los puños y los alzaba al cielo, amenazando al destino infausto; costó gran esfuerzo impedir que se cortara la cabellera espléndida. "No la necesito ya... Era suya... Era de sus manos, que se deleitaban acariciándola..." Para encontrar amor semejante en alianzas reales era preciso retroceder siglos en la Historia y, desde luego, salir de Francia y buscar pasión igual en otros países... Se evocaba el recuerdo de doña Juana de Castilla, y los parisienses se sentían halagados de que un príncipe suyo hubiera despertado tan ardiente cariño... Y hasta mucho tiempo después se dijo "amor de napolitana" como expresión insuperable.

Al dolor se impuso el deber de la maternidad. Pasados dos meses nació de su seno el "niño del milagro", a quien educa tiernamente para Rey de Francia. Y he aquí la Revolución de 1830. El suegro destronado se resigna; el hijo, conde de Chambord, tiene ya, apenas cumplidos diez años, el convencimiento de que está viviendo una página de las Escrituras, puesta a prueba su fe por Jehová... Un día se le aparecerá un arcángel, y, cogiéndole de la mano, lo llevará a París, libre de todo riesgo, y lo sentará en el trono de Francia... María Teresa ni se resigna ni tiene fe más que en la acción, en la decisión, en la iniciativa propia... Sigilosamente regresa a Francia sola — acompañada acaso del amor, que es hermano del heroísmo — y desembarca en Bretaña y recorre las moradas de los nobles vendeanos, y agrupa a los legitimistas, y organiza tropas... Tal como hiciera la gloriosa abuela... Acaso la decisión sea mayor que ahora; ni Austria, ni Ingla-

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

aprenderlo", como el partido emigrado francés, como Luis XVIII y Carlos X, sacia su soberbia convirtiendo el reino de Nápoles en reino de las Dos Sicilias, y quiere acallar su sed de venganza viendo desfilar día y noche ante el Tribunal Purificador a millares de acusados de jacobinismo, de republicanismo, de afrancesamiento... A su lado está Actón... Actón es el primer ministro, es el valido, es el amante. Lo sabía Nápoles antes y lo saben ahora las Dos Sicilias; lo supo angustiado el austero Carlos III antes de morir...

Entre las hijas y nietas de María Carolina sólo una conserva la dulzura, la serenidad, la melancolía de los Borbones-Arjou: fué María Antonia, primera mujer de su primo el príncipe de Asturias, el deseado Fernando... Los aires helados de la Casita del Príncipe, en

Carolina, María Antonia, María Cristina y Luisa Carlota, la de la bofetada a Calomarde. La ambiciosa austriaca quiere asegurar el trono de Francia antes de que lo escalara su hija, y casa a la mayor de las nietas con el duque de Berry, segundo nieto de Luis XVIII; a la segunda, con el duque de Toscana, y a la tercera, con Fernando VII. ¡Pobre María Teresa Carolina! Exaltada, romántica, poseedora de la más abundosa y linda cabellera rubia que se conocía en Europa, desembarcó en Marsella en 1816 y cruzó Francia, hasta la iglesia de Notre-Dame, donde se celebraron los desposorios, rodeada de muchedumbres que la recibían con apasionado júbilo y la acompañaban de pueblo en pueblo.

El Gobierno propuso a la Cámara de Diputados dotar al nuevo matrimonio con un millón de

terra, ni Rusia, ni España tienen interés en librarse de la amenaza napoleónica... Sola contra todos, María Teresa logra encender una nueva guerra de "chuanes".

La Francia tiene un guarda de cuidado; un hombrecillo de rostro redondo e impasible con unas grandes gafas: se llama Thiers. Y Thiers logra vencer la sublevación vendeana y destruir las organizaciones legitimistas. Conocedor del temple de María Teresa, no cree seguro el Estado si no apresaa a la princesa napolitana. Durante cinco meses la Policía la persigue en vano; se la adivina luchando aún; recogiendo dinero para los encarcelados, facilitando el regreso de los fugitivos, conspirando otra vez. Y Thiers, el glorioso Thiers, como hiciera el Colomarde español apela al soborno y paga con medio millón de francos — medio millón de francos del Tesoro nacional, naturalmente — la vil delación de un partidario llamado Deutz.

La princesa estaba refugiada en Nantes, en casa de la señorita Du-guigny. La policía, en su primer registro, no encontró nada; pero el delator dió entonces un plano. Tras una chimenea había una habitación sin otra entrada. Se encendió una gran hoguera, y cuan-

do ya el humo asfixiaba a María Teresa, dió voces declarando que se entregaría...

La brava nieta de Carolina se hubiera dejado morir allí, echando con su sacrificio un grave chafarrinón en la biografía de Thiers; pero rindió su temeridad el amor, que es también de derecho divino. Apresada, encerrada en la ciudadela de Blaye, la madre del heredero del trono tuvo que renunciar ante los legitimistas franceses su derecho a ser regente, como más tarde lo renunciara su hermana María Cristina... Menos dura de corazón que la abuela Carolina, había amado María Teresa y había santificado su pasión contrayendo en Italia un matrimonio secreto con el elegido de su corazón, conde Lucchesi-Palli... Y en la ciudadela de Blaye nació un niño... Alejada del posible trono por el amor morganático, desdenada por los vendeanos intransigentes, "napolitana al fin", según frase infame de sus antiguos partidarios, se retiró a un palacio de Venecia y luego a un castillo de Styria, reservando ya sus bríos guerreros para luchar con los acreedores de su marido, que parecía nacido el pobrecito sin otra misión que la de contraer deudas. He aquí cómo influyeron las princesas de las Dos Sicilias en la vida de Europa...

TEDIO

Quise arrancar la tristeza
de mi corazón enfermo...

Quise llenarla de sol,
de primavera, de cielo,
de claridades celestes,
de brisa, de aromas nuevos.

La tristeza se me ha ido
y con ella tu recuerdo.

Ni primavera, ni aromas
de jardín, ni sol, ni cielo
resplandeciente, ni nada...
Mi mal no tiene remedio.

Quise arrancar la tristeza
de mi corazón enfermo.
No la quise, y la tenía...

Ahora que se fué, la quiero!

CLARA LUZ

La tarde se adormece
bajo la lluvia lenta...
Agua fina de lluvia
dulce llanto de estrellas.

Gris en el horizonte
lejano, y en la densa
neblina, y en el cielo
de la fuente que tiembla
con el opaco y tenue
tornasol de las perlas...

Gris de lluvia en las flores
deshojadas y muertas.

Gris en todas las cosas...
Gris de lluvia y de niebla
sobre los corazones

heridos con tristeza,
y en la fronda marchita
del jardín, y en la senda
de los cipreses, negros
igual que almas en pena...

Pero, en medio de todo
lo triste de esta niebla
y lo gris de esta lluvia,
siento que la tristeza
se me disipa en humo,
y que el alma despierta
como sol en el orto,
por que el amor le presta
su claridad divina...

Su clara luz eterna!

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA

EGOISMO INNATO

Por Sara Insúa

—No debe pasar de hoy, ¿verdad, Fernando?

Sin levantar los ojos del periódico Fernando Garcés inquirió con acento cariñoso:

—¿El qué, hijita?

—La noticia, Fernando... Hay que hablarle a Manolito... El tiempo pasa volando...

Fernando dejó caer el periódico sobre las rodillas, y fijando en el rostro compungido de su mujer una mirada cariñosamente burlesca dijo:

—Como quisieras, nena..., ahora mismo... Le das unas proporciones al asunto...

Conteniendo las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos, Laura se disculpó:

—¡Qué quieres!, tengo miedo, he oído referir tantos casos de niños que enferman y hasta mueren de celos...

—Manolito es muy inteligente —arguyó Fernando, tranquilizador— y muy afectivo. Yo estoy seguro de que en cuanto vea a su hermanito le adorará, y el procedimiento de anunciarle su llegada me parece no sólo innecesario, sino contraproducente.

Laura insistió:

—Yo prefiero que se lo digamos..., que se lo digas tú... Así irá acostumbrándose a la idea.

—Pues hágase tu gusto...

Y, condescendiente, Fernando se puso de pie, dirigióse hacia la puerta y llamó:

—¡Manolito, hijo, ven!...

Desde lejos respondió una voccita musical:

—¡Voy, papá!

Se oyó, cada vez más cercano, un trotecillo menudo, y apareció la figurita agraciada y graciosa del niño. Sobre el cuerpecito fuerte y elástico, la carita saludable de un ángel de Murillo que fuese un poco picaresco. Bajo los rizos de ébano que ocultaban la frente, unos ojos enormes, de inquietas pupilas y largas pestañas, y bajo la naricilla, imprecisa, una boquita carnosa, traviesamente risueña. Irrumpió alegremente en la habitación averiguando:

—¿Qué me vas a dar?

Fernando le atrajo hacia sí, y le retuvo entre sus piernas.

—Te voy a decir una cosa...

Y mientras Laura disimulaba, tratando de leer el periódico abandonado por su marido, éste prosiguió:

—Tú te aburres, ¿verdad, Manolito?

El niño fijó en su padre una mirada de estupor. Desconocía lo que fuese aburrimiento.

—¿No te gustaría tener un compañero para jugar con él?... ¿Un hermanito?

—¿Un hermanito? —repitió el niño.

—Sí, un hermanito chiquitín...

—No—contestó categóricamente Manolito—; si fuese más grande, bueno; pero los chiquitines no saben jugar, y lloran siempre...

Por encima del periódico Laura lanzó a su marido una mirada de terror.

—El tuyo no llorará, y crecerá

en seguida, para jugar contigo..., ya verás...

—¡Ah!, ¿le has dicho que venga? —preguntó Manolito alarmado—. A mí no me hace falta..., ya tengo el niño de arriba para jugar... Dile que no es necesario...

Fernando se mordió el bigote.

—Es que ya no hay más remedio que recibirle...—y, como argumento concluyente, añadió: —Viene de París.

Hubo una pausa, Manolito reflexionaba. Al fin habló.

—¿No sabe andar, ¿verdad?... Mamá lo tendrá en brazos, ¿verdad?... Y tú también, ¿verdad?...

Y sin esperar respuesta se separó de su padre y se dirigió hacia la puerta en actitud indiferente. Desde el umbral, volviendo apenas la cabeza, dijo:

—Por mí..., que venga cuando quiera.

Y salió.

Laura y Fernando se miraron.

—¡Me parece que hemos hecho una tontería!—manifestó él.

Transcurrieron unos minutos, al cabo de los cuales se oyeron nuevamente los pasitos cortos y lentos de Manolito, y a poco apareció de nuevo su pequeña silueta en la puerta entornada. Laura y Fernando vieron con sorpresa que el nene acababa de cambiar rápidamente su indumentaria. Se había puesto un abrigo de lana azul, cuyos botones dorados se abrochaban al azar en ojales que no les pertenecían y sobre los rizos en desorden, una gorrita de marinero, cuyas caídas le tapaban un ojo y uno mejilla. Pero lo más extraordinario era un bulto de ropa mal atado, que sostenía trabajosamente bajo su brazo derecho.

Desde la puerta se dirigió a sus padres, en una voccita opaca que quería ser firme y delataba unos deseos terribles de llorar:

—Como va a venir otro niño, yo no hago falta aquí... No hay más que una cama pequeña..., ni más que una sillita de comer... Ahí las dejo... ¡Para él!...

Laura y Fernando escuchaban en un silencio angustioso.

Manolito rechazó la cinta que le cosquilleaba el rostro, y haciendo un delicioso puchero, continuó:

—¡También dejo el caballo..., para el otro..., y la bicicleta... ¡Sólo me llevo los soldados que me regaló el padrino..., y una muda de ropa...

Vaciló un instante, y al fin gritó:

—¡Adiós!... ¡Me voy con los abuelos!...

Y dió un paso para alejarse.

Ya repuesto, Fernando levantóse, yendo hacia el niño.

—¡Pero, Manolito, hijo mío..., escucha...

Manolito se volvió, alzó hasta su padre los ojos negriscos, y fijó en él una mirada profunda, en la que había tristeza y reconvencción, e intentando vanamente detener unas gruesas gotas cristalinas que resbalaban por la seda de sus mejillas rosa, exclamó:

—¡Si al menos me lo hubieseis consultado!...

"KISMET"

Por Carolus Aspern

El 20 de julio de 1798 tomó Bonaparte por asalto, cerca de las pirámides, el campamento fortificado de los mamelucos, hasta entonces considerados como invencibles, destruyendo para siempre su prestigioso poderío.

Cuatro días más tarde entraba como vencedor en el Cairo, por el "Bab Nars" (Puerta de la victoria). Los árabes, con temeroso respeto, le denominaron el sultán Kebir (el gran sultán).

El sheik "El Bekri", que se decía descendiente de Mahoma, lo recibió rindiéndole homenaje, y lo obsequió, en señal de sumisión y de amistad, con un magnífico corcel regimiento enjaezado y con el esclavo que lo conducía.

Contrariamente a lo que se esperaba, demostró Bonaparte mayor interés por el hombre que por el noble bruto. Su mirada de águila rozó apenas al caballo de pura sangre para ir a posarse con intenso interés en el joven esclavo, de hermosa presencia, que lo llevaba de las riendas. Impávido y altanero, sostuvo el felah la penetrante mirada del general.

—¿Cómo te llamas?—preguntó, por fin, Napoleón.

—Ajmed.

—Tu padre, ¿dónde está?

—Con Alá.

—¿Cómo murió?

—Como un héroe.

Las respuestas breves y concisas del joven esclavo parecieron del agrado de Bonaparte.

—El sheik te ha regalado a mí—prosiguió.—¿Qué te parece tu nuevo amo?

—Algo pequeño—repuso.

Los dos generales que en aquel momento acompañaban a Bonaparte, Kleber y Dumas, y que sobrepasaban en estatura, casi por dos cuartas, al corso, rieron divertidos por esta respuesta más franca que lisonjera.

—¿Quiere decir que preferirías tener por amo a cualquiera de estos señores? Sólo faltaría saber si ellos quisieran aceptarte como servidor.

—Por mi parte, renuncio gustoso—aseguró el alsaciano Kleber.—No me parece de mucha confianza este muchacho, y no es de mi agrado exponer mi vida a su daga...

—¡Bah! No es ese juguetito el que me asusta—declaró a su vez el mulato Dumas, a quien en Brixen los austriacos habían apodado "el diablo negro"—pero tengo una gran aversión por las contorsiones de vientre, y nada de extrañío tendría que este mocito no se viera tentado de verter algún poco de veneno en mi copa de vino o en mi plato de sopa...

—Es hijo de un valiente, y no de un asesino—les reprendió, fastidiado, Napoleón,—además, lo que está escrito, escrito está, dicen los creyentes; y—declaró terminantemente dirigiéndose a Ajmed:—está escrito que permanecerás a mi servicio, y así será.

Con la mayor atención había éste seguido la conversación con los tres generales, sin que se alterase

un sólo músculo de su rostro de bronce, de enérgicas facciones. Sólo a las últimas palabras del corso brillaron sus ojos en relámpagos siniestros, y con la mayor gravedad repitió:

—Kismet... Así está escrito.

Instigado por la doctrina de los derviches, había consagrado su vida a la venganza, y con el firme propósito de librar al Oriente de su vencedor infiel, había abandonado la tienda de sus mayores.

Sólo un fin perseguía: llegar hasta el corso y enterrar en medio de su corazón el puñal consagrado, aunque sus centinelas fuesen más numerosos que los granos

dormido, deslizóse con imperceptibles pasos hasta el lecho del general.

Dominando su emoción con férrea voluntad, acercóse Ajmed, y, empuñando fuertemente su puñal, inclinóse sobre el odiado europeo.

De pronto, retrocedió espantado: en el preciso instante de levantar el brazo para asestar el golpe mortal, abrió los ojos Bonaparte clavando en él su centelleante mirada de dominador bajo la cual temblaban los pueblos subyugados. El brazo de Ajmed, que seguía empuñando el arma homicida, cayó inerte y su mirada se clavó en el suelo. Inconscientemente, aferrando sus dedos al reluciente acero, no sintió, en su turbación, que éste penetraba en sus carnes... Algunas gotas de sangre mancharon las blancas sábanas del lecho del corso.

—¿Te has lastimado?—preguntó Bonaparte con voz serena; y luego tranquilo y casi sin moverse, sólo con un ligero movimiento de cabeza señaló el lecho de Ajmed,

PAZ

Para FRAY MOCHO

Ahora que me has besado
vuelta paloma,
mi pecho se ha impregnado
de un nuevo aroma.

Esta mañana miréme al espejo
y ví una dulzura en su reflejo.

Luego me hiqué en tus gradas a rezar
fresca y lozana con ganas de amar...

Mi plegaria fué una silenciosa
ansiedad misteriosa...

Y mi ofrenda, el amor que le ofrecí
a todos los hermanos que allí ví...

Martha LAMARCHE.

La Vega (República Dominicana). Enero 1928.

de arena del Sahara y sus fuerzas más indómitas que las de los leones, reyes del desierto.

Y ahora veíase llegado a la meta tan ardientemente anhelada, por cuyo fin había sacrificado su más precioso bien: la libertad.

Encontrábase ahora frente a su odiado infiel, cuya figura se le antojaba tan enjuta y apocada, que su cometido hasta parecía demasiado exento de peligro y de fácil ejecución, no considerándolo ya ni digno de sí mismo... ¿Cómo? ¿Este era, en efecto, el vencedor de la batalla de las pirámides, el "sultán Kebir", cuyo solo nombre bastaba para ahuyentar el sueño de los párpados de los felahs y la tranquilidad de su espíritu?

Envuelto en su "burnus" había se acostado a lo largo de la entrada de la tienda, y contemplada la figura delgada del general. El corso descansaba sobre su angosto catre de campaña, confiando en su estrella y en su guardián; y, precisamente, esta ciega confianza en él depositada paralizaba el brazo del conspirador.

Pero trató de substraerse a esta influencia; avergonzándose de su debilidad, violentándose por sacudirla, y con la vista fija en el

ordenándole como si nada hubiera ocurrido:

—Ve a dormir; y guárdate en lo sucesivo de sueños tan pesados.

Como un autómatas obedeció Ajmed la orden.

En su interior disputaban el espanto, la vergüenza y temor... ¡Su valor había fallado; no había sabido cumplir con sus designios vengadores! La dura mano del infiel vencedor seguiría oprimiendo a los servidores del profeta... ¡Y todo por su culpa! Pero aquellos ojos... ¿Qué era lo que había en el fondo de aquella mirada llamante, que al hundirse en la suya, había como fulminado su voluntad? Aquellos no podían ser los ojos de ningún mortal... ¡Era, sin duda, un "dechinn", el espíritu de un dios el que había paralizado su brazo!

¿Cuál sería ahora su destino? Lo haría arrojar a la hoguera, lo enterrarían vivo, o si no..., ¡horror de los horrores!, lo mandaría decapitar?

Sin embargo, no pasó por su mente la idea de huir, ni de arrojar a los pies de Napoleón implorando gracia. A sus ojos el general acababa de tomar tales proporciones gigantescas, que ni pre-



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANÍA ITALO ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

tendía substraerse a su brazo poderoso.

—¡Kismet!..., estaba escrito—se decía, calmándose y conformándose con su sino.

A la siguiente mañana, apenas despuntó el alba, entraron Dumas y Kleber a la tienda de Bonaparte.

—Disculpad nuestra visita demasiado matutina, general—le dijeron;—nos encontramos algo intranquillos con respecto a vuestro guardián.

—Os lo agradezco—repuso sonriendo Bonaparte,—pero el puñal que me eliminará no ha sido aún forjado... ¡Mirad! Esta noche—la primera de su guardia,—en sueños ha acudido Ajmed a mi defensa aferrando de tal manera su puñal que hasta se ha lastimado.

Atónito e incrédulo Ajmed escuchaba.

Al encontrarse más tarde de nuevo solo con Napoleón, cruzó sus brazos sobre el pecho e inclinándose hasta el suelo, dijo:

—¡Cuán grande eres, oh sultán!

Nunca más abandonó Ajmed a Bonaparte. Siguió al general a Francia; al cónsul a las Tuillerías; al emperador a las heladas estepas de Rusia. En Malmaison y en Fointainebleau, en Moscú y en Viena, velaba el fiel mameluco ante la puerta del corso mientras éste dormía. En Santa Elena cuidó del desterrado, encontrándose a la cabecera de su lecho cuando expiró; y cuarenta y dos años más tarde acompañaba los restos de su amo a la catedral de los inválidos.

De aquellos tres generales entre los que habría podido elegir Ajmed, cayó Kleber, el que tanto desconfiaba de su puñal, a los dos años en el Cairo, víctima de otro fanático; y Dumas, el que temía al veneno que podría suministrarle, pereció a consecuencia de los horrores de los húmedos calabozos en que había sido recluido por orden del rey de Nápoles.

Sólo Napoleón, que no había temido ni al puñal ni al veneno, murió de muerte natural, defendido y cuidado por Ajmed.

El album de Aquiles

Por Luis Enrique Rezzo

Aunque de naturaleza tranquila como corresponde a quien goza la más perfecta salud y no tiene motivos para violentar sus sistema nervioso, Aquiles Ponce estaba esa mañana bastante agitado.

Tenía en sus manos,—cuyo pulso no estaba como de costumbre completamente firme—su magnífico "album", que era la causa de su inusitada intranquilidad; y lo miraba, lo miraba insistentemente, como si quisiera interrogarlo con el fin de arrancarle algún misterioso secreto.

Efectivamente, el caso no era para menos, y alguien que no hubiera poseído la sosegada y calmada psicología de Aquiles Ponce, se hallaría sin duda, en tal trance, poseído de justificado terror.

Lo que acaecía esa mañana era...

Pero no precipitemos los sucesos. Antes es necesario saber algo al respecto del "album" de Aquiles.

Este album no tenía páginas, no procedía de ninguna encuadernación ni era de papel o cartulina.

El "album" de Aquiles era un cráneo.

Un cráneo humano.

Una calavera, si lo queréis más claro.

Aquiles, que ahora era un hombre tranquilo y amante del buen vivir, cuarentón y un algo adiposo, había sido, en su primera juventud estudiante de medicina, y, en un tiempo, había tenido veleidades literarias.

Vivía en México, ciudad donde, en aquella época, las niñas casaderas tenían la romántica manía de declamar los versos del patético Manuel Acuña, el cual—gracias a una onza de veneno, a un ataúd barato y a unas paladas de tierra—ya había conquistado la gloria, y creía, el joven Aquiles, poseer grandes afinidades espirituales con el nombrado poeta. ¿No había sido, Acuña, estudiante de medicina, como él? ¿No había, acaso, escrito versos llenos de romanticismo, como él?

Y como Acuña había tenido antes la originalidad de usar una calavera para coleccionar firmas y versos de sus amigos (según la afirmación autorizada de Juan de Dios Peza), también Aquiles Ponce quiso su álbum macabro. Pero lo utilizó de manera aun más original: Cuando obtuvo, por medio del preparador de la sala anatómica de la facultad, ese hermoso cráneo de mujer, blanquísimo, bien lustrado y con la dentadura intacta, lo llevó a su departamento de estudiante bienhallado y lo destinó a recoger, en las superficies cóncavas y convexas de sus huesos, las firmas de las mujeres que caían bajo sus dardientes miradas de Tenorio, entregándole sus corazones.

Todas las que pasaban por su garconiere, debían, después, acceder a depositar su firma en la calavera-album.

Y firmó la rubia y angelical Corina, la niña que tanto lo amaba; y firmó Annarosa, la actriz que lo subyugaba con sus encantos; y firmaron Angélica, Brumilde, Guadalupe...

Pronto, la calavera quedó cubierta de firmas femeninas en recuerdo perenne de los juveniles amores de Aquiles. Y, con su eterna sonrisa, parecía burlarse—desde lo alto de una columna de mármol negro, en la alcoba de su dueño—de las cosas humanas, tan huidizas.

Allí quedó la calavera mientras pasaban los años.

Habían pasado casi cuatro lustros, Aquiles, algo encanecido,

por arte mágica. La vieja sirvienta—única persona que con él habitaba el departamento, asegurándole no haber tocado—¡oh nunca lo tocaría!—ese cráneo cuya vista la abrumaba.

¿Cómo se había, entonces, borrado esa firma? El sabía que la noche anterior estaba; pues frecuentemente antes de acostarse, le placía, leer en ese album la historia de los tiempos en que todavía algún vago ideal le inquietaba y el monótono fastidio de la vida no se

MURRIAS DE OTOÑO

No sé con quién me hallaré
al final de mi jornada;
con quienquiera que estuviere
contigo estará mi alma.

La vida es un acerico
de Sino siempre fatal;
las penas son los pinchazos;
la muerte... tanto pinchar.

Cuando se marcha la vida
va todo, sin distinción;
quedan sólo los recuerdos:
contra más buenos peor.

Para burlarse del Mal
creó el Destino el Amor;
para burlar al Destino
diónos el Mal la ambición.

La sed de amar con amar
suele mitigarse al fin;
la de saber con saber
llega a imponerse al vivir.

José PAVIA R. JAEN

grueso y tan transformado en el espíritu como en el físico, había vuelto a habitar en ese su departamento de estudiante, después de haber viajado largamente, gozando su fortuna heredada, sin gozar puede llamarse al hecho de llevar a paseo el propio inexorable aburrimiento.

Un barrunto casi imperceptible de nostalgia le había hecho volver a su México y ocupar aquel departamento que por extraño capricho quiso siempre conservar. Desde su vuelta del viejo mundo hasta esa mañana en que le vimos contemplar con una cierta angustia y mucho asombró su viejo "album", habían transcurrido seis escasos meses.

El hecho que le impresionaba era, por demás, raro e inexplicable. Levantándose había mirado displicentemente la calavera, saludándola con un gesto, como de costumbre. Pero de súbito notó que una de las firmas, la de la actriz Annarosa, que él tanto amara a sus veinte años, se había borrado como

había opoderado de su ser.

Buscaba en su cerebro una explicación racional del misterio, cuando entró en la alcoba la criada con la correspondencia y los diarios.

...Y, tal como corresponde, repetimos, a quien goza perfecta salud y no tiene motivos para violentar su sistema nervioso... Aquiles Ponce dejó la calavera en su sitio, se arrellenó en cómoda poltrona y comenzó a hojear con placidez el periódico.

En sus páginas encontró una noticia que quizá para otros—no para él—podía tener correlación con el hecho anterior.

Dicha noticia anunciaba que en esa noche había muerto la famosa actriz Annarosa...

Aquiles Ponce, diez años después del hecho narrado, era un hombre que tenía sobrados motivos para sentir sacudido violentamente su sistema nervioso.

El tan repetido "fenómeno de la calavera" le preocupaba cada vez más. En el lapso de esos diez años muchas veces le ocurrió encontrar borrada una de las firmas de su album macabro. E infaltablemente, sea por medio de un aviso fúnebre, sea, en último caso, por sus averiguaciones personales, en el mismo día sabía de la muerte—acaecida en la noche—de la mujer a quien pertenecía la firma borrada.

Dado que—misántropo como se había vuelto—casi no tenía amigos en su tierra, una mañana, bajo la impresión que la causara una nueva muerte anunciada por la cancelación misteriosa de otra firma, habló del hecho con la vieja criada.

Contrariamente a lo que Aquiles imaginara, la mujer ni se impresionó ni encontró extraño lo que acaecía.

Le contó, simplemente, que en su tierra—Sicilia—los marineros que vuelven de sus viajes a las Indias y al lejano Oriente, llevan tatuado en un brazo el nombre de la mujer que aman. Como los marineros cambian de novia con frecuencia los hay que llevan inscritos en sus brazos hasta siete u ocho nombres de mujer, pues el tatuaje no se puede borrar con ningún medio. Pero, en cambio, desaparece repentinamente, cuando muere la mujer que provocó el tatuaje.

¿No sucedería algo así con los nombres de la calavera?

Llegó un día en que solo un nombre quedaba visible, ocupando los huesos frontales del cráneo. Pero era un nombre doble: el de Celina (la primera, ¡quizás la sola!) que había firmado entrelazando las letras correspondientes a su nombre con las que correspondían al nombre de Aquiles. Los dos nombres así unidos estaban, además, atravesados por una flecha.

Esto preocupaba más de lo imaginable a nuestro Aquiles.

¿Cómo podría borrarse el nombre de Celina sin que se borrara también el suyo, o viceversa?

Las noches de Aquiles ya no eran tan tranquilas como en otro tiempo.

Antes de acostarse miraba, noche tras noche, el "album", extraña ocurrencia de muchacho, y con frecuencia no podía conciliar el sueño.

Una mañana de invierno, la criada entró con el desayuno y los diarios que, ese día, anunciaban la muerte de Celina. Su patrón estaba aún acostado.

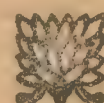
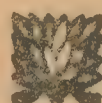
Lo llamó.

Volvió a llamarle.

Alarmada, tomólo de un brazo, sacudiéndolo.

Aquiles no se despertó. No se despertaría más.

Sobre la columna de mármol negro la calavera-album, completamente blanca, sin un solo rasgo de tinta en sus huesos, ensayaba una mueca.



MI ENEMISTAD "PARTICULAR" CON LOS MALHECHORES

Al considerar los treinta años en que he andado por Europa persiguiendo a algunos de los más peligrosos criminales de la tierra —peligrosos e inteligentes y de sugestiva presencia muchos de ellos—, recuerdo el día en que un raterillo de hábiles dedos me sacó del bolsillo la cartera en el Metro de París. Enfurecido por la pérdida, decidí en aquel mismo punto dedicar mi vida a perseguir a los que viven al margen de la sociedad decente.

En realidad, no se me alcanzaba a mí bien la carga que echaba sobre mis hombros cuando ingresé como *detective*, muy joven aún, en la Policía de París. Hago gracia al lector de mis aventuras y equivocaciones en los primeros tiempos de mi carrera. Paso desde luego a referir algunos de los episodios de más relieve, y empezaré con un asombroso asunto en que figuró el Rey Jorge V, entonces príncipe de Gales.

LA CARTERA DEL PRINCIPE

Se trataba de que uno de los más despiertos ladrones de hotel que nunca hayan existido se deslizó en el tren real, en la estación del Norte, cuando su alteza real iba de paso a la Riviera, y con increíble maña penetró en el salón real y robó la cartera de documentos particulares del príncipe.

Huyó con papeles de enorme importancia, juntos con algunas joyas que su alteza real llevaba como presente del Rey Eduardo VII a la Emperatriz Eugenia, que estaba en Mentón.

Yo tenía destino con otros agentes en la estación del Norte para esperar la llegada del tren y unir-me al servicio de Policía secreta inglés que iba dando escolta al príncipe. El tren llevaba detenido en la estación como cinco minutos, y el embajador inglés y muchos magnates franceses estaban cumplimentando al príncipe cuando mi jefe se me acercó precipitadamente y con muy alarmada expresión me comunicó la desaparición de la cartera.

—¡Tenemos que recuperarla antes de que su alteza real la eche de menos!—declaró.

En tanto que se escrudiñaba la estación de parte a parte, yo comuniqué con la Prefectura para encargar que se hiciera todo lo posible para apoderarse de todos los malhechores conocidos de quienes pudiera suponerse que eran capaces de dar un golpe así. Apenas había dejado el teléfono cuando un hombre pasó junto a mí rápidamente. Pude verle la cara, e inmediatamente se impuso a mi ánimo la idea de que aquél era el hombre del robo en el tren real. Fué una de esas extrañas ayudas de la Fortuna que ocurren unas veces a favor del criminal y otras a favor del *detective* que lo busca. Jules Lemoine era el ladrón. Un segundo más y había desaparecido por la bajada del Metro. Salté tras él, porque se trataba de un personaje a quien la Seguridad General llevaba semanas buscando. Se habían presentado denuncias contra él en Montecarlo, en Viena, en grandes poblaciones francesas. Era

MEMORIAS DEL DETECTIVE DEBOISSIGNE

El despacho particular del príncipe de Gales y las joyas de la corona de Austria. — O el enigmático Jules Lemoine y la encantadora mademoiselle Germaine.

Arsenio Lupin en carne mortal, porque se trataba sólo con la aristocracia del crimen, vivía como un

Al bajar empuñé la pistola automática, porque estaba seguro de que si Lemoine se veía en trance

ENSUEÑO

(Del libro "HORAS DE ENSUEÑO", próximo a aparecer).

Los perfumes enervantes, del jazmín y enredaderas,
Han traído a mis recuerdos la serena tarde aquélla
En que juntos y enlazados nos pusimos a vagar...
¡Era el bosque más hermoso con su piso de asfodelos,
Y eras tú la virgen blanca, de mis noches de desvelos,
Que apareces y me dices, que por siempre me has de amar!

Era yo gentil mancebo, que en corcel negro y luciente,
Iba al trote, — siempre en busca del camino del amor,
Y llevaba, en la cabeza del caballo, reluciente,
El emblema conquistado en torneos febricitantes,
Por mi dama, por tus ojos, por mi nombre y por la flor.

Los perfumes embriagantes de tu cuerpo aromizado
Adurmieron mis sentidos y perdí la flor de Lys...
Desde entonces vago errante por el mundo, esclavizado
de unos ojos, de unos labios, de unas trenzas y un perfil.

Adolfo PACHECO

príncipe y se vestía tan bien como cualquier elegante de la rue de la Paix.

de ser arrestado no titubearía en disparar.
Pero cuando llegué al andén ha-

LA CANCION DEL VIENTO

Cuando sacude rudamente los árboles y se filtra rugiendo por los intersticios de las puertas humildes, resquebrajadas como el rostro de un tosco campesino, se asemeja a un gigante colérico, ávido de destrucción... Poderoso señor de las selvas, su bramido acalla el de las fieras que rastrean la presa!

Cuando gime dulcemente, modulando una canción de olvido y de pena, es como la novia solitaria, abandonada, que lanza en melódicos acentos su reclamo de amor e inclina la cabeza como una flor abatida por el cierzo.

En la noche solitaria, en la floresta umbría, en el parque aristocrático, en el pequeño jardín que aroman las madreselvas y los jazmines del país, los suspiros del viento, que traen quejas y arrullos, evocaciones y nostalgias, conmueven el corazón enamorado y confunden sus acentos con el gemido de un dolor humano.

Acompaña con su himno sonoro los pensamientos de gloria, su voz en sordina arrulla los ensueños de amor, su golpear de ciclope desata las furias del mar embravecido y como un gnomo travieso, se complace en amedrentar la ingenua fatasa de los niños, imitando los aullidos del lobo y el chistido de la lechuza agorera.

Tu sollozo doliente o tu imponente bramar, son compañeros del alma solitaria, abandonada, como un jardín sin flores, como una flor sin fragancias...

Isabel CREUS

había desaparecido. Todo lo que pude hacer fué volverme al teléfono a encargar que saliera toda una red de agentes que, rodeando París, se apoderase de Jules Lemoine.

El augusto viajero llegó a la estación de Lyon en su camino hacia la Costa Azul. Miré al interior y vi en uno de los coches *sleeping* al hombre a quien buscaba, sentado tranquilamente y hablando con una lindísima mujer. De un salto subí al tren. Entré en aquel departamento y le atenacé las muñecas con el par de esposas. En seguida lo llevé adonde mi jefe estaba con un grupo de agentes.

—Aquí está nuestro hombre—dije tranquilamente—. Ha sido Jules Lemoine, como él se hace llamar, quien ha robado al príncipe.

—Parece — contestó mi jefe — aunque evidencia no hay. La cartera del príncipe ha sido devuelta.

Así era, en efecto. Había encontrado la cartera un miembro del séquito del príncipe, en el salón real, intacta en su contenido. Sin duda, Lemoine la había devuelto, seguro de que el revuelo que su robo había levantado sería suficiente para que por toda Europa se le buscara hasta dar con él.

Quedó detenido, no obstante, por los otros cargos que pesaban sobre él, y yo tuve la satisfacción de verle sentenciado, a diez años de presidio.

La próxima vez que le vi fué en el Casino de Deauville, donde intentó robar a M. Clemenceau. Actualmente está en el establecimiento penal francés de Cayena.

UN VISITA DE INCOGNITO

Razones políticas y diplomáticas me han impedido hasta ahora revelar el siguiente suceso; pero las dos figuras centrales de él son muertas ya, y para nadie hay daño en que refiera un incidente en que yo tuve parte principal. Se trata del robo de parte del joyero imperial de Austria por una bella *deminondaine* de la Gay City, por quien se había interesado tanto el anciano Emperador Francisco José, que la había invitado a ir a Viena.

Yo me ingení para descubrir toda la trama casi desde el principio. El primer atisbo que tuve fué una conversación que entreí en el Hotel Ritz, de París, entre la aventurera misma y el hombre que quedaba detrás de la cortina en todo el manejo.

Esta mujer era conocida de los carceleros de varias prisiones francesas, y aun había estado a punto de dejar este mundo con intervención de la guillotina con ocasión de haberse descubierto la muerte misteriosa de un artista intoxicado con morfina.

El Emperador, en una de las visitas periódicas que hacía de incógnito a París, se alojaba en el Hotel Ritz con un reducido séquito.

Con dos agregados de la Embajada, tres agentes de la Policía de Viena y un oficial del Quai d'Orsay, me situé, acompañado de cinco subordinados míos en el Ritz, para escolta del visitante, y como éste gustaba de desaparecer y eclipsarse a las horas más inesperadas, nuestra tarea no era una ganga precisamente.

LA TRAMA

Aquel día vi a la bella mademoiselle Germaine tomando un aperitivo en la terraza, y las palabras sueltas que de la conversación pude coger, desde detras de las hojas de unas palmeras, me dieron el hilo de que había una trama urdida cuidadosamente para robar al Emperador joyas de valor muy considerable. Hasta después no pude descubrir exactamente de qué joyas se trataba.

Había notado que la aventurera se había ingeniado para que la presentaran al Emperador la noche antes; y el ver en su muñeca una pulsera de diamantes acentuó mi sospecha.

A VIENA

A los tres días, el Emperador salía de París, y a mí me alarmaba ver a la aventurera dando diligentemente órdenes a un mozo que llevaba el equipaje de ella para que lo colocara en un departamento reservado del expreso de Viena. Confíe a los agentes austriacos mis sospechas; pero ellos, con gran desencanto mío, se encogieron de hombros.

Argüí; pero me replicaron que la damita viajaba bajo la protección imperial y ellos nada podían hacer. Me resolví de golpe a seguir a la aventurera a Viena, y salté al tren cuando se ponía en marcha.

Durante el viaje anduve el pasillo de un lado para otro y entré en el departamento en que la encantadora Germaine había hecho poner el equipaje. Y el equipaje allí estaba; pero la señorita, no. Uno de los policías secretos austriacos me informó, con una sonrisa.

FRACASO

Llegados a Viena, la aventurera fué a parar a uno de los mejores hoteles y al cuidado de un

hacaba en grandes condiciones de desventaja. La Policía de Viena se negaba a cooperar conmigo.

Una noche me encontré con que Germaine y su cómplice habían pa-

LOS AMIGOS

Siempre pensé que la amistad es camino de la dicha, y que un espíritu amplio es capaz de muchas y verdaderas amistades, pues cada amigo nos atrae por distinto motivo.

Los amigos son los libros del corazón. El amigo serio es un tratado de filosofía; el alegre un libro agradable...

Sin embargo, el pesimista dirá que tropezaremos con falsos amigos cuya sentida amistad nos desilusione con mayor pena que goce pudiera darnos la verdadera, y así nos aconsejará precavernos contra el despertar de un mal sueño.

A pesar de todo, opino que debemos contraer amistades. Se romperán algunas y se sufrirá por ello; pero entre todas, penetrará en vuestro corazón una tan intensamente fiel, que allí quedará para siempre. En el amigo sincero y digno de la verdadera amistad está el camino de la verdadera y perdurable dicha.

E. W. WILCOX

ayudante del Emperador. La seguí, tomé una habitación en el mismo hotel, y dos días después, al entrar de noche, descubrí a Germaine en interesante charla con el hombre que era sin duda el alma de la conspiración.

Pasaron unos días, durante los cuales la señorita llevó una vida intachable, salvo que algunas noches un lujoso carruaje iba a recogerla con destino desconocido.

No tardé en advertir que yo tra-

gado la cuenta y se disponían a salir de Viena.

A las once, el coche acostumbrado fué a buscar a la señorita, la cual volvió al hotel a las doce y media de la madrugada. Su amante la esperaba; alquilaron un coche de un vecino garage, pusieron el equipaje en él y partieron. Los seguí a la estación y los ví tomar el expreso de París. Yo lo tomé también.

EL WISKY
de los aristócratas
"YL MONKS"

LAS JOYAS. EXTRADICION

A la llegada tomaron habitaciones en el Hotel du Términus. Me procuré una orden de detención y me presenté a ellos. Cuando se registró su equipaje, se descubrió el secreto de su viaje a Viena, porque se encontraron joyas por valor de millones de francos; piedras que formaban parte de las joyas de la Corona de Austria.

Visité al embajador, llevando las joyas; él telegrafió a Viena y le llegó respuesta de que el Emperador había sido embaucado por la aventurera para que le enseñase las joyas de la Corona. El había hecho llevarlas a las habitaciones reales, donde ella había robado un gran número.

Se devolvieron las joyas a Viena por correo especial, y Germaine y su cómplice, diligenciada la extradición, fueron llevados a Austria.

Pero no fueron a los tribunales; según me dijeron, se echó tierra al asunto y se les dió dinero para que se marcharan a los antípodas.

En cuanto a mí, recibí en pago un hermoso cheque de Viena y la seguridad de haber ganado en el concepto de mis jefes de París.

Raoul DEBOISSINGNE.

En el camino

A que cese el trajín por un momento y pasen a yantar los segadores, al borde del camino polvoriento que surca de la aldea los alcores un mendigo decrepito y cansino está esperando. De una cuerda preso y acostado en el medio del camino tiene a su compañero: es un sabueso que le sirve de guía en este mundo pues porque todo a su desdicha sobre, el viejo es ciego, y, además, es pobre.

¡Una limosna! exclama el vagabundo con voz que por lo triste y dolorida más bien parece que una voz humana un eco de ultra-vida; y el segador, que deja la besana, pasa cantando sin mirar la mano suplicante que tiende el pobre ciego, o le dice a lo más: "perdona hermano; otra ocasión atenderé tu ruego".

¡Hermano!... ¡Qué sarcasmo!... el pobre viejo parece que medita, torva la faz, frunciendo el entrecejo.

¡Oh! canalla maldita!... ¡Infame sociedad de los humanos que os llamáis, por burla, mis hermanos!... ¡Tengo yo algún hermano por ventura?... ¡Tengo padre ni madre conocida?... ¡Acaso no salí de la clausura sordida de un Hospicio, do la vida es fría y miserable, y es austera, el calor maternal idea vana y el concepto del mundo una quimera?...

¿Conozco yo el amor? La meridiana luz que a la flor le presta los colores, alegría al espíritu, reflejos al espejismo, y mágicos fulgores al arco iris que vibra desde lejos y a la boreal aurora...; ¿no mis ojos por siempre la han perdido?... Triste y pobre de mí, ¿qué soy ahora?... ¡Una nota vacía de sentido soy, un humano escombros, una hoja seca; pálida flor que germinó del vicio amarilla y enteca; carne para el dolor y el sacrificio, detestable carroña!... ¡Soy un ciego que al peso del Destino me doblego!...

Y rompiendo a llorar amargamente, de las cuencas vacías de sus ojos, rodaron en silencio y hondo sufrir dos lágrimas sombrías. — ¡No llores, viejecito!... Ese tormento, ese dolor que tu vivir aqueja, soláz tendrá si escuchas un momento.

No es la quejumbre material quien deja hondo surco en el alma, eterna huella que horada, cual horada la carcoma el corazón del roble. Es la querella que en la pupila asoma tenaz y sorda de un amor distante es la eterna agonía de amar en el silencio (lacerante

garra cruel que oprime noche y día).

Es la voz que retumba en los desiertos del alma, con el tético mensaje de nuestro padre o nuestra madre muertos; es aquel engranaje espiritual que nos liga a la existencia con los seres queridos, con la amada; el frío de la ausencia, el infinito anhelo de la nada, del "No ser", que al final de esta carrera mundanal, pavoroso nos espera...

Quien no conoce sentimientos tales, quien de una madre no lloró la muerte y no sabe de afectos fraternales; quien amor de los hijos, por su suerte adversa desconoce; quien un beso de la mujer amada no ha libado en inefable, en amoroso exceso... no sabe que es dolor, cuando llegado el momento fatal se pierde todo.

Cuando el amor y la ilusión nos deja en un obscuro laberinto, al modo que la esperanza, — pródiga madeja de Adriadne — no al deseo preste un hilo de luz, como a Teseo.

Fué entonces cuando el misero mendigo, poniéndose de pie con gran pereza, por los campos del trigo triste se fué, sin levantar cabeza ni pronunciar palabra.

En el sendero... le precede su noble compañero.

Manuel ALVAREZ JUAREZ

Hay una tan grande pureza de lirismo en este volumen que en seguida sentimos por el autor esa admiración cordial, esa simpatía profunda que ganan únicamente las almas de excepción, que no son todas las superiores—en ese sentido—sino las que unen a su superioridad una condición de calidez emocional, identificadora, luminosa para la senda ajena.

Y no es el principal mérito de "El Tercio Azul" La intensidad lírica tiene en él muy buena compañía: el cuidado de la palabra. Genta es espontáneo, pero de espontaneidad limpia por un proceso de siglos, al que llegó la hora en toda su plenitud. Hay salud, entusiasmo, pujanza, virilidad, en sus poesías de perfecta música. Hay un romanticismo de sello aristocrático, en la nobleza del espíritu azul.

Todos los atributos de la vida intensamente, rotundamente comprendida, tienen su latido en este bello libro del capitán-poeta. El amor gorjea en él unas veces, y otras veces ruge. El color triunfa en cada paisaje de sueño o de verdad. La exaltación lírica aguza todas las actitudes. La hondura de la emoción da transcendencia a todas las palabras. No son dones éstos para cada libro ni al alcance de cada poeta. Y es enorme fortuna la de poseerlos en conjunto en el instante propicio para la exposición armónica, amplia, triunfadora.

Alicia Porro FREIRE

LIBROS URUGUAYOS

"El Tercio Azul" de Edgardo Ubaldo Genta



El capitán poeta Edgardo Ubaldo Genta

Y se encontró tu mano con mi mano...
¡Tú lloraste por eso!
¡Yo me ofendí por el pretexto fútil!

Hoy las manos se buscan de expreso,
Pero pasó la hora
Y ya es falso el intento,
Y es forzado, es inútil...

¡No volverá el momento!

Cópula

—El férreo brazo vertical del péndulo
nos clavaba las horas contra el muro
¡esas horas terribles, de un Deseo
hondo, tremendo y único!

...Fué entonces que llegó tu mano fina
por debajo los ojos de la gente;
y yo lancé a su encuentro, locamente,
mi manaza feroz y masculina.

Y sus cinco tentáculos
se hincaron en tus dedos sonrosados...

Y estrechándonos, palma contra palma,
nos poseímos quietos y callados,
con todo el cuerpo; y más: ¡con toda el alma!

Las preguntas

¿Es que existe o no existe todo lo que yo ignoro,
tantas cosas pasadas, tantas cosas presentes?
¿son verdades los dones de la mujer que adoro?
¿somos todos iguales o todos diferentes?

¡Oh, preguntas!—preguntas ávidas, desconformes,
que te asaltan—Hermano—mientras velas o sueñas
por vivir en las alas de las leyes enormes
que es morir en las garras de las voces pequeñas.

¿Por qué un ser es feliz y el otro es miserable?
por qué a un tiempo los tallos dan espinas y rosas?
¿flotan mundos y mundos en el polvo impalpable
y hay un alma secreta que reside en las cosas?

¡Oh, preguntas, preguntas!—Voces torturadoras
que te dicen—Hermano que al misterio te inclinas—
que eres dueño de todo lo enorme que adivinas
pero esclavo de todo lo pequeño que ignoras!

Los dos

Por el gesto altivo, la fiera mirada
y el bello uniforme y el rudo pisar,
fué mía la calle—vibrante la espada
bajo el armonioso paso militar...

—Venía ella espléndida: dijera desnuda
por cada mirada loca de varón;
pero toda muda,
fría, incommovible. Divina y feroz.

Y tan imposibles nos adivinamos
ante el mundo unánime, mientras desfilamos
la diosa y el dios,
que ahogando las ansias de amarnos acaso,
fingimos no vernos, serenando el paso,
soberbios y grandes y solos, los dos!

Edgardo Ubaldo GENTA

El eucalipto

Tú también fuiste un hijo de extranjero...
Pero ocurrió que un sembrador vidente
Hundió en la tierra india tu simiente
Y, por fuerte, por bello y altanero
Como un símbolo, todo el continente
Te siente americano verdadero.

También yo llevo el germen de la altura.
También mi sangre es extranjera, Hermano...

¡Oh, quién me diera alguna india pura
Para enterrarle un hijo americano!

El momento

Algo cayó. Los dos nos inclinamos
En el mismo momento

El truco de Totó

Totó.—¿Qué te pasa, Kiki?
Kiki.—El otro día he leído en un periódico un artículo titulado Padres desnaturalizados.

Totó.—¿Y eso te ha puesto triste?

Kiki.—Sí; porque yo tengo padres desnaturalizados.

Totó.—¿Entonces eres un niño mártir?

Kiki.—Esa es la palabra.

Totó (con espanto).—¿Te cuelga tu papá por los pies? ¿Te pega tu mamá con un hierro candente?

Kiki.—¡Oh, no! Lo que me hacen no tiene tanta gracia.

Totó.—¿Qué te hacen entonces?

Kiki (sombriamente).—¡Me dejan sin postre!

Totó (con gran decepción).—¿Y no es más que eso?

Kiki.—¿Te parece poco? Como se conoce que no te ocurre a ti. Ayer comió en casa mi tío Antonio. Yo le quiero mucho. Tiene una barba que pica cuando te besa; pero siempre que va a comer a casa lleva una torta enorme. (Con lágrimas en los ojos). Pues no me dieron ni un solo pedazo.

Totó.—¿Por qué?

Kiki.—Por nada.

Totó.—Algo harías para dejarle sin tarta.

Kiki.—Te digo que nada. (Con lealtad). Es decir... rompí un vaso jugando con el gato.

Totó.—Entonces sería por eso. He observado que a los papás no les gusta que les rompan los vasos.

Kiki.—Entonces... ¿Por qué los ponen en la mesa? El caso es que me acosté sin probar la tarta, y

no he podido dormir en toda la noche.

Totó (con aires de superioridad).—¡Pobre Kiki! No sabes agenciártelas.

Kiki.—¿Cómo?

Totó.—Hay que ser más pillo. A mí no me dejan nunca sin tarta, que es el postre que más me gusta.

Kiki.—¿Es que no te castigan nunca?

Totó.—Sí; pero tengo un truco. Y gracias a él cuando me castigan me dan más tarta que otros días.

Kiki.—Te burlas de mí.

Totó.—Nada de eso. Es que yo tengo pupila. Desde muy pequeño vengo notando que los padres, con el pretexto de educar a los hijos, los contrarian siempre. Quieres ir por la derecha, te mandan que vayas por la izquierda. No tienes sueño, te mandan a la cama. Quieres que cuatro y cuatro sean nueve, pues te obligan a decir que son

ocho. A esto le llaman educar a los hijos.

Kiki.—Conozco todo eso.

Totó.—Yo también; pero me aprovecho. Cuando papá está de buen humor compra una tarta. Pues yo, en cuanto ponen la tarta en la mesa, me echo a llorar.

Kiki.—¿A llorar?

Totó.—¡Naturalmente! Y empiezo a dar patadas en el suelo y a gritar: "¡Yo no quiero tarta, que no me gusta!"

Kiki.—¿Y qué?

Totó.—Que mamá se pone furiosa y me ordena: "¡Los niños comen lo que les dan sus padres!" Entonces me como el pedazo de tarta que me dan, y hasta otra. Es algo cansado; pero el truco no falla nunca.

Kiki.—Y cuando no eres bueno, ¿también te dan tarta?

Totó.—¡Claro! ¡Entonces me dan un pedazo mucho mayor para castigarme!

René PUJOL.

CRÓNICAS DE CHILE

Bernardino Abarzua y la organización de los Archis. — Un pensamiento gigantesco. — La unidad de raza. — El porvenir de Argentina y Chile.

Tembloso y exaltado, con grandes ojos nocturnos que parecen mirar lo que nadie mira, es este Bernardino Abarzua que me habla, probando definir esa indefinible emoción que le toma cuando discurre sobre Argentina y Chile.

Tiene de su ascendencia vasca la obstinación de un Dios, vasco por su planta y por su alma, por su rústico y arraigado tesón, por su fervor y su decencia, contemplativo y dispuesto, admirablemente fiel a sí mismo. Abarzua, que significa en una remota acepción, leña y fuego, es el nombre digno de este chileno. Abarzua es un nombre cuantioso, un nombre con una resonancia abnegada, en que el martilleo de la ere tiene como diría Rostand, el arrastre desgarrador de las cosas que vibran con simpatía en el mundo. Mis pensamientos a su lado adquieren un ritmo más recio y se ordenan en torno suyo en el murmullo obsesante de sus frases cortantes como vidrio.

El ha entendido la lenta persuasión de los siglos y tiene siempre esa actitud superior y enérgica de los hombres de antaño perpetuados en los cuadros. En Bernardino Abarzua obedece todo a un fuerte, afirmativo y legítimo orgullo. Su esencia bravía y noble lo es todo. Es el hombre robusto selvático y silvestre, claro y terminante, heroico, con un arranque fatal, próximo a las multitudes, es el tipo monumental de Rostand, capaz de todos los sacrificios, afirmado vastamente en la naturaleza, emboscado en sus bastiones, alegre y ágil en la vida.

Su pensamiento tiene la dirección de una flecha. Va a su objeto, rechazando todo lo que dificulta su empuje, todo lo que traba su visión.

Argentina y Chile, me dice, tienen en la América Latina, y esto en forma privativa, la unidad racial. Somos blancos por excelencia y con una evolución cultural muy adelantada. Unamos nuestros corazones, unamos nuestros propósitos, enderecemos nuestras vistas hacia una unidad futura, la unidad de los ARCHIS.

¿Qué significa esta palabra Archi? Simplemente, archi implica lo mayor, lo más grande, lo más excelente. Archi es el anagrama enlazado de Argentina y Chile.

El cree en un acercamiento fuerte, sin cordilleras que separen, sin egoísmos mentales que alejen. Los que hablan de contrastes hondos entre Chile y Argentina se tiene por transitorio y capaz de ser superado poco a poco, sino como rígido e invariable. Nada de esto es cierto, me dice Bernardino Abarzua, defendiendo con calor su tesis. Nuestra historia es común, común nuestra lengua y nuestra raza.

Estos recuerdos infunden vida, amor, pasión en el trabajo y le llenan de poderosos afectos, y dan también a los principios de Abarzua un gran ardor, una emoción desbordante. Su labor está infor-

mada por un ardor de vida poderosísimo, el mismo conocimiento se torna en afirmación de sí y en elevación del propio ser. Esta asociación de una subjetividad titánica, llena de una sed insaciable de perfección, es, a la vez, la grandeza y el peligro de Abarzua.

Puesto que la concepción ha de seguir a la naturaleza, resulta que ésta se halla bajo el poder del he-

científica de las ideas fundamen-
tales.

Aún cuando esta mezcla de elementos contradictorios perjudique a menudo la construcción del pensamiento, en cambio no impide en modo alguno un rico desenvolvimiento de sentimientos originales y la aparición de tonos naturales de un carácter esencialmente humanos.

Abarzua es un gran artista describiendo, un maestro de la palabra, su lenguaje lo mismo en los momentos fuertes, como en los pasajes dulces tiene un atractivo sentimental, un tono musical cautivador, para nadie como para él es la palabra hablada un tesoro de profunda intimidad. Lleva en sí un impulso orgulloso, una inclinación acentuada al heroísmo, pues en él reside la verdadera fuerza, en esta marcha hacia adelante, no en la

de él partidario entusiasta de la teoría Kantiana de la libertad, participa por completo de su elevación del hombre por encima del mecanismo de la mera naturaleza y del despertar de una conciencia de la humanidad como parte de un mundo invisible. Es cierto que se suaviza la severidad de Kant, entra más alegría en el ánimo y más placer en la vida, pero la seriedad total no cede de ningún modo y queda alejado todo juego ligero. Más a esta seriedad y esta convicción ética se une un gran anhelo de una forma artística de la vida, de una asociación íntima de lo bueno como lo bello.

Para él lo bello como la "libertad en apariencia", no proporciona en modo alguno un mero placer, sino que realiza un ennoblecimiento general de la vida y se convierte en un elemento indispensable de toda verdadera cultura. Con esta orientación, el deseo de felicidad en el hombre, a menudo relegado y ahogado, se ennoblece y justifica: ya no necesita más escoger entre un individualismo egoísta y un débil renunciamento.

Sólo manteniendo este valor puede su pensamiento hacer de la unión chilena-argentina el sentimiento fundamental y crear de él una nueva vida. La conciencia del valer de ambos y de la capacidad de cada uno lleva y refuerza la vida común. De ahí que esta comunidad de los Archi esté ligada a una comunidad de la vida y a la construcción de una nueva entidad; pero esta ganancia no debe mermar en lo más mínimo las condiciones de ambos, ya que la civilización los ha elevado inmensamente y los ha orientado a la vez que hacia el mejoramiento, hacia la libertad.

Conciliar las diferencias y acercar los espíritus es el problema impresionante que plantea Abarzua, con un calor de verdadero apóstol y con una convicción invulnerable a toda derrota. Este pensamiento no sólo llama al individuo a una transformación esencial, sino que da también a nuestros pueblos la posibilidad de una constante renovación y por decirlo así, de una juventud eterna. Siempre es un pueblo el director de un movimiento, cada pueblo culto tiene su momento en el mundo.

Pero esta situación tiene sólo su época determinada, pasada la cual la antorcha pasa a otras manos. La obra de los diversos pueblos y tiempos sirven a una sola idea, a la evolución de su espíritu hacia la conciencia de su libertad; ahora semejante libertad entraña siempre una lucha dura y sin fin consigo mismo.

Huyendo de todos los errores puede refugiarse, Bernardino Abarzua en su fe como en su verdadera patria intelectual, para reunir allí su fuerza y renovar desde allí su forma.

Ningún obstáculo del nacionalismo que avanza, ninguna contradicción egoísta llega a lo profundo de su ser, porque es algo distinto a lo aceptado, porque no quiere sólo imitar o perfeccionar lo existente, sino crear algo nuevo, algo que llene por completo la posición del problema que plantea con una fuerza de convicción digna de tenerse en cuenta.

Julio GARCIA GAMES

Santiago, Marzo de 1928

Elogio lírico del libro "Polen"

(A la hermana que triunfa, ALICIA PORRO FREIRE)

Poetisa, cuando tuve la dicha prodigiosa de recibir tu libro bello como una rosa, frágil como una flor, sentí que a mi alma, acaso como la tuya, blanca, como la tuya, buena, como la tuya, franca, la embriagaba el fervor de un lirismo inquietante, de gratas, saludables, sublimes emociones, y adiviné al instante que era por el milagro de tu "Polen" fragante, ¡mensajero de dulces y rítmicas canciones! Yo que ya lo esperaba para cantarte, hermana, para pulsar las cuerdas de mi lira cristiana y elevar en estrofas tu nombre hasta las cumbres donde suben los genios y no las muchedumbres; para decirte, Alicia, que me gusta tu rima porque es suave y es clara y es fragante y opima! Yo que ya lo esperaba como a una "cosa" mía, como a un hijo divino de mi santa poesía, ¡y lo esperaba ansioso, con un amor que eleva, porque sabía del genio creador de "Savia nueva"! La juventud — "divino tesoro" — te ilumina con los nimbos eternos de su hoguera divina; hace que en una forma maravillosa, ideal, le cantes a los besos en "El Himno Inmortal"! En "Fuego" bien lo dices que "floresces en llamas, en cariño, en anhelos". ¡Dichosa tú que amas con ese amor perfecto, que es placer, que es salud, ¡un amor verdadero como el de "Juventud"! Tu corazón es ánfora de ese amor sin medida porque hay sangre en tus venas... ¡y eres llama en la Vida!

Jubiloso, encantado, bajo un lírico brío, yo bendigo tu libro ¡cómo si fuera mío!

"Polen": amor, fragancia, primavera, armonía, musical expresión, ¡todo por la Divina Fuente de tu poesía y el arpa de mil cuerdas de tu rara emoción!

Gerardo BUSCIOLANO LAZO

cho de que en esta hay mucho que hacer y muchas contradicciones que vencer. De una parte la necesidad de dar unidad a todo el complejo nacional y asegurar la unión en sí misma, de otra la fugacidad del ideal. Al mismo tiempo, el deseo de contemplar la inmensidad del plan y aclararlo con la luz del pensamiento, descubriendo claramente el objeto y justificándolo, con ello la construcción de un pensamiento amplio y una explicación

renunciación y en el empuje de la

En el círculo intelectual de Chile, es Abarzua ante todo, el hombre de la acción. Este carácter impreso en toda su obra hace de él, el mayor propagandista y da a su expresión científica un contenido fuerte, una acentuación enérgica de los contrastes, un movimiento dramático: su pensamiento filosófico se dirige principalmente a los problemas éticos y sociales y hace

En las selvas africanas

La caza de los grandes monos

Los simios que mayor tamaño alcanzan son el gorila y el orangután, siguiéndoles después el chimpancé y ciertos cínocefalos. Es curioso hacer notar que la palabra gorila es una de las pocas, quizá la única, que el idioma cartaginés ha legado a las lenguas modernas, etimología que se explica recordando que el célebre navegante Hannon indicó cinco o seis siglos antes de nuestra Era la existencia de esos monstruosos animales que vivió en el litoral del Gabin, y le dieron el nombre, tomando la raíz de la voz indígena con que los negros designaban al animal.

Este nombre que pasó durante siglos como el nombre de un ser fabuloso, lo adoptaron los naturalistas cuando los exploradores europeos trajeron pieles y trofeos de estos animales en 1847.

De esa fecha data la historia cinegética de este gigantesco antropoide, y los cazadores se han dado tanta prisa y mafia en su deporte, que de seguir así la raza no tardará en extinguirse.

En la parte occidental de las grandes selvas ecuatoriales de Africa, la civilización y los progresos de colonización han firmado su sentencia de muerte.

Durante bastante tiempo se creyó que los gorilas sólo vivían en las selvas del Africa Occidental, pero, en 1912 los misioneros descubrieron que esos grandes monos habitan también en el centro del Continente y llegan hasta la frontera del Congo Belga, en el macizo montañoso de la región del lago Kiva.

Entonces, los cazadores se pusieron en campaña y empezó la matanza. El año pasado, un príncipe sueco, mató el sólo dieciséis. Los leones, tigres, rinocerontes, búfalos y elefantes han matado a muchos cazadores, pero apenas se conocen casos de blancos que hayan perdido la vida entre los brazos de un gorila. Este animal no ataca jamás al hombre como no se vea herido y acorralado.

Raúl du Chaillu, el primer blanco que se encontró frente a un gorila, cuenta lo siguiente:

"... De repente, de la espesura salió un gorila de colosal tamaño. Se puso en dos pies ante nosotros a cosa de unos diez metros. ¡Jamás olvidaré aquella aparición! Tenía cerca de dos metros de estatura, pecho enorme, grandes brazos de fuertes y abultados músculos, ojos grises que brillaban ferozmente y una expresión diabólica.

No demostró temor alguno a nuestra vista. De pie, ante nosotros, se golpeaba el pecho con sus manazas de coloso, produciendo un ruido como el de un bombo y al mismo tiempo de su garganta hinchada salían ruidos ravorosos.

Mientras nosotros permanecíamos inmóviles, petrificados, la expresión de sus ojos se hacía más feroz y los pelos que coronaban su frente se agitaban con ruidoso movimiento. La boca abierta dejaba ver sus terribles colmillos. Yo creía tener delante uno de esos seres diabólicos que vemos en las pesadillas, mitad hombre, mitad bestia, como esos que los primitivos pintores hacían para reproducir los engendros infernales.

Avanzó algunos pasos, se detuvo para lanzar un rugido amena-

zador, volvió a andar y se paró a seis metros de nosotros. Enfurecido volvió a acercárenos; después paramos, y cayó al suelo produciendo un gemido casi humano. Su cuerpo se agitó en convulsio-

GRAN "SEÑOR"

(Del libro "Opalos", próximo a aparecer).

Ayer te ví... Pasabas a mi lado como uno que jamás me vió en su vida, y echando atrás el busto manflorado te diste aires de gente distinguida.

Yo me quedé mirándote, asombrado, —no de la triste ofensa recibida— sino de aquél ayer, de tu pasado, que desmentía el presente de tu vida..

Y, a saber la verdad, seguí tu paso; y así te ví, en paseos y salones, convertido en ridículo payaso...

¡Y entonces comprendí qué afán humilla!, viendo cómo tus necias pretensiones te ungían "Señor" a fuerza de rodilla!

Isidro ALVAREZ.

DE LOS ESCARMENTADOS...

Estaba el tío Braulio trabajando en sus tierras cuando un vecino llegó velozmente a avisarle que su granja estaba ardiendo.

No le causó gran impresión la noticia, y sin grandes prisas marchó al lugar del siniestro.

La razón de su tranquilidad era que el tío Braulio tenía la granja asegurada en una importante cantidad. El asunto resultaba en definitiva muy ventajoso para él, pues la granja ni le era ya útil y más bien le estorbaba por el mucho lugar que ocupaba.

Avisada la Compañía de Seguros, se presentaron inmediatamente sus inspectores para examinar las circunstancias del siniestro. Se comprobó que se trataba de un accidente casual. Faltaban, sin embargo, los medios de apreciación del daño, y el tío Braulio pudo, por tanto, lamentarse a su placer de las grandes pérdidas que le ocasionaba el incendio y reclamar el máximo de indemnización. En vista de sus exigencias, la Compañía, amparándose en una de las cláusulas del contrato, reedificó la granja y se la entregó a su dueño.

No hay que decir el desengaño que sufrió con esto el tío Braulio; pero tuvo que resignarse y aceptar la granja.

Poco tiempo después recibió la visita de un agente de seguros, que expuso las ventajas de este género de operaciones. El labrador le escuchó sin decir una palabra, y cuando terminó el agente le dijo:

—¿Asegurarme yo? ¡Jamás! Ya estoy escarmentado en eso de los seguros.

El agente insistió:

—Entonces no se asegure usted. Pero, ¿por qué no asegura al menos a su señora?

—¿A mi mujer?... — exclamó indignado el tío Braulio—. ¿Para qué si se muere en vez de dinero me den otra mujer? ¡Qué!

nes hasta que quedó inmóvil. Me acerqué al cadáver para examinarle y medirle. Tenía 1.92 metros de alto."

Comparando esta cacería en 1859 con la de Akeley en 1922, vemos que sólo se diferencia en pequeños detalles secundarios.

El sabio explorador Akeley llegó a los desfiladeros del monte Miqueno, donde el año anterior el príncipe Guillermo de Suecia había matado dieciséis gorilas. El día de la cacería había llovido torrencialmente y en la tierra húmeda vieron claramente las huellas de unos pies humanos enormes, que solamente un gorila podía dejar impresas.

Cuenta cómo un buen guía le condujo al lugar donde sabía habitaban esos grandes simios y poco más o menos repite lo que ya hemos relatado de la anterior caza. Rugidos enormes que cada vez se van acentuando más a medida que se acortan las distancias, golpes de pecho brutales y por fin la presencia del gorila que enfurecido avanza hacia el grupo que le espera. Un disparo certero hace rodar la monstruosa bestia al fondo del barranco. La bala le había atravesado la aorta, la columna vertebral y el omóplato. El antropoide pesaba doscientos kilos.

Estos animales no ofrecen grandes peligros para el cazador armado de buen rifle, pero, es un enemigo formidable en ciertas ocasiones como lo demuestran las dos anécdotas siguientes:

Al saberse en un poblado que una banda de gorilas amenazaba destruir un plantío, el jefe de él y cuarenta guerreros salieron para darle caza.

Cuatro de ellos llevaban fusiles antiguos de cargar por la boca, y el resto iban armados de lanzas y sable. Al topar con la banda y a una distancia de treinta metros los escopeteros hicieron una descarga tumbando a dos grandes machos. El resto huyó.

Ya los negros cantaban victoria cuando los gorilas recobran el conocimiento. Se levantan lanzando fuertes rugidos y se arrojan sobre el grupo de indígenas. Cuando los supervivientes regresaron al lugar al día siguiente encontraron los cadáveres de sus compañeros horrosamente destrozados. Los cráneos aparecían hechos como machacados con grandes mazas.

En la segunda anécdota entran un blanco y un europeo alemán, encargados por un jardín zoológico de los Estados Unidos de capturar un gorila vivo.

El alemán tuvo la suerte de ver caer en una fuerte red, hábilmente colocada, a un gran macho y ya no le quedaba por hacer sino transportarlo a la costa.

Asistido por una treintena de negros para meterlo en una jaula empezó la maniobra, pero el animal, en un acceso de furia, hizo trizas la red, se lanzó sobre el blanco y echándole una mano sobre la cabeza, de un fuerte apretón le aplastó el cráneo. Este drama reciente ocurrió el 2 de febrero de 1922.

El orangután es algo menor que el gorila, pero se le pueda comparar a éste y es más peligroso que él.

Vive en los árboles, y apenas desciende al suelo. Habita en los grandes bosques de Somatra y Java.

Escena: sala lujosísima. Muebles suntuosos. Alfombras de Damasco.

Personajes: Silvio, señor feudal de cuarenta primaveras; Alicia, su esposa joven elegante, extravagante y soñadora; Mario, galán con ínfulas de héroe y pretensiones de cazador.

La acción se desarrolla en una casa de campo y en una noche sugestivamente oscura.

SILVIO. (Desde la puerta). — Con permiso... (Entra con una carta en la mano). Vengo a decir, señora mía, que acabo de recibir una comunicación urgente del banquero Filemón, por cuyo motivo tendré que dejaros unas horas...

ALICIA. (Que permanece sentada con un libro sobre la falda). — Siempre encontráis alguna disculpa para alejaros de vuestra esposa... (Aparentando irritación). Bien podría esperar hasta mañana ese señor banquero!...

SILVIO. (Con gravedad mal disimulada). — Imposible, señora... Se trata del honor de un caballero y sería una deslealtad eludir el clamor legítimo que lanza a uno de sus más consecuentes amigos...

ALICIA. — Todos los llamados de ese señor son urgentes y a deshora!

SILVIO. — Ved de que se trata... No quiero que penséis otra cosa... (Le da la carta que Alicia lee desganada).

ALICIA. (Dejándola sobre la mesita con un mohín de indiferencia). — El pretexto de siempre... (Silencio; interesante). Sabéis que me dáis que desconfiar, señor marido? Pero tened en cuenta que no en balde se juega con el corazón fiel de una señora como yo!...

SILVIO. — No os inquietéis... Seré un marido fiel hasta el último instante de mi vida... Más sería capaz de cualquier tontería o de volverme un tigre rabioso si mi honor fuere ultrajado por un malandrín sin conciencia!...

ALICIA. (Incomodada). — Hacedme el bien de aclarar ese concepto... (Fingiendo indignación). No permitiré jamás que me dejéis intrigada!

SILVIO. — Quiero decir que si encuentro un malandrín ansioso de gozarse en mi persona, lo hundo en la tierra para siempre o lo envío a un hospital.

ALICIA. (Levantándose). — Qué queréis expresar...? Desconfiáis acaso de mi fidelidad...? (Compungida). ¡Oh, que hombre mal agradecido sois!... (Lloriquea).

SILVIO. — Calmaos, señora mía... No empecemos la comedia jocosa de todas las noches.

ALICIA. — Vos sois el primero en aparecer en escena para decir necedades ¡Parece que vuestro corazón ya no alimenta aquel amor intenso y noble que me demostrabais antes de casaros!... ¡Ay, qué infeliz soy!...

SILVIO. (Paseándose. Dudoso).

"EL TIGRE"

Por T. M. González Barbé

Mi amor hacia vos no ha variado un ápice: aún permanece fogoso y sincero...; pero del vuestro no puedo dar fé...

ALICIA. (Palideciendo de ira). — Callad, por favor... Sois un ingrato!... Jamás soñé que vuestros sentimientos fueran tan mezquinos! (Reaccionando). Pero, ¿para qué pensar en tales nimiedades...? Yo sé que ya no me amáis...; que no tenéis para mí aquella solicitud y cariño de otrora!...

(Enérgica). Más no os sorprendáis algún día si no correspondo a vuestro amor.

SILVIO. (Como para retirarse). Está bien, señora... Tenéis razón... Soy un ingrato al reprocharos cosas que no debiera ni insinuar... (Pausa breve). Señora, os pido perdón por las frases que os

verdad! ¡Cómo me extasia al relatarle sus aventuras y su vida entre las selvas y sus andanzas entre criminales sin corazón! (Se aproxima a la mesita, se sienta, apoya los codos sobre la misma y queda pensativa, soñando quizá con aventuras inconcebibles... Silencio prolongado. Un momento después un hombre joven asoma la cabeza por la ventana, y, viendo a Alicia, salta y corre hacia ella que, sorprendida, lanza un grito de temor y satisfacción a la vez).

MARIO. — Por fin he llegado... amada mía... dulce esperanza de mis sueños!...

ALICIA. (Que se ha levantado bruscamente). — Ya no os esperaba...

MARIO. (Tomándole las manos. Con trémula voz). — Por vos, se-

ALICIA. (Llena de gozo incontenible). — ¿Será tan noble y puro vuestro amor que todo eso haríais por mí...?

MARIO. — Y mucho más si me lo exigiréis... He domado tigres con estas manos; les he abierto la boca para que mordieran y han quedado asustado y han retrocedido luego ante la potencia dominadora de mi mirada!... (La mira fijamente).

ALICIA. — ¡Ay, no me miréis así!...

MARIO. (Exaltándose). — Mi amor es único, hermosa mía!...

(Silencio. Lentamente aparece un tigre y detiénese en el umbral). — Yo os quiero más que todos los hombres juntos... más que vuestro marido!... (El tigre mueve la cabeza, da una patadita en el suelo y muestra los dientes). ¡Y por sentir vuestros suspiros y oír vuestras palabras, no reparo en obstáculos!... Hace un momento no más, mientras esperaba anhelosos allá en el bosque y soñaba con el amor sin límites que me habéis regalado, presentáronse ante mí tres feroces criminales, exigiéndome la bolsa o la vida... (El tigre se va impacientando). Más reaccioné al punto y merced a mi valor y destreza, fugaron sin dejar rastros. (Nueva patadita del tigre).

ALICIA. (Sin poder contenerse). ¡Oh, qué valiente!... ¡qué corazón!... (El tigre muestra los dientes y ganas tiene de dar un brinco, pero se limita a afilarse las uñas).

MARIO. (Sin detener el vuelo de su imaginación). — Mas eso no fué nada... Al cruzar un camino que va no sé dónde y cuando más tranquilo y feliz caminaba, un lobo hambriento se cruza en mi trayecto, da un salto enorme, pone sus patas sobre mi pecho e intenta un mordisco terrible!... (El tigre se aproxima con cautela). Pero yo, acostumbrado a dominar fieras, di le un puñetazo en la cabeza y en un santiamén rodó por tierra... (Sacramental). ¡Ay de las fieras que a mis manos vengan! (El tigre se incorpora afirmándose en las patas traseras). Ahora, ilusión de mis amores, hacedme la merced de obsequiarme con un ósculo amoroso!... (Alicia, semi desvanecida, va a ceder, pero al volver la cabeza vé al tigre junto a Mario y queda aterrada. Mario, desconfiando, grita). (Qué hay? (El tigre, con delicadeza extraña, apoya una mano sobre sus hombros y lanza un gruñido amenazador. Mario siéntese cadáver, pero el instinto de conservación hácele reaccionar al punto: sin pensar más, loco de espanto, da un salto tremendo y desaparece por la ventana con la velocidad de un gamo. Alicia, sin defensa ya, retrocede sin tino).

SILVIO. (Quitándose el cuero de tigre). — Y bien, señora mía! La lección está explicada: vuestro galán aparentaba ser un héroe, vos una señora fiel y yo un tigre impo-

ME BESASTE EN LA FRENTE...

Me besaste en la frente; blanco beso de hermano,
Jazmín desfalleciente sobre un viejo marfil;
Copo de nieve astral perfumado de arcano;
Ala de misticismo, fatigada y sutil.

Beso leve impregnado de humedades de cielo;
Flor de pureza suma que ha enojado el rocío;
Beso santo que apaga la llama de ese anhelo,
Que sacude y calcina nuestro barro sombrío...

Me besaste en la frente, religioso y callado:
Tenías en los ojos tanta dulzura amado,
Fueron puros, tan puros tus labios al besar...

Que mi alma de rodillas bendijo temblorosa
La armonía suprema, la gracia milagrosa
De ese beso de estrellas, que alumbró sin quemar!...

Sara IGLESIAS

hicieron irritar y os pido permiso para retirarme.

ALICIA. — Sí... sí... Retiraos... Estamos en paz... (Silvio hace una reverencia y sale de prisa. Alicia, en cuanto aquél desaparece, corre hasta el espejo, se mira coqueta, se empolva prolijamente, se alisa el cabello y monologa alegremente). ¡Oh, no puedo exigir más felicidad!... Salen mis cosas como las pido! ¡Qué a tiempo ha venido esa carta! (Mira la hora). ¡Las diez! Cómo estará de inquieto mi pobre Mario! Me parece verle aún recostado junto a un árbol, pensativo, triste, lleno de zozobras... A ver... (Va a la ventana). No... No... no está...; es decir... no lo veo... Está tan oscuro... Cuánto trabajo le costará llegar hasta aquí... (Se vuelve con un fulgor inexplicable en la mirada). Cómo me encanta un hombre valiente, de porte gallardo, un caballero capaz de desafiar a un ejército por la conquista de una mujer!... (Más gozosa aún). ¡Oh, qué dichosa soy al pensar que ha cazado tigres y leones vivos, que ha andado sobre elefantes y luchado como un héroe con panteras de

fiara, soy capaz de permanecer todas las horas de un día petrificado en un punto fijo... ¡y por veros no siento temor de arriesgar la vida!...

ALICIA. (Mirando a todos lados). — ¡Ay si os llegara a encontrar mi marido!... ¡Ayer mató a un gavilán que volaba a diez metros de altura... y a un picaflor lo deshizo!

MARIO. — No tengáis temor por mí... Las balas no me asustan... Al contrario, me entusiasman... He vivido en guerras estupendas donde las balas y ametralladoras formaban un concierto mortífero, capaz de enloquecer a todos, menos a mí! Muchas veces me han apuntado al pecho y yo he permanecido impasible como una estatua!...

ALICIA. (Orgullosa). — Sobrado valor tenéis... pero es bueno no confiaros demasiado!...

MARIO. — Siempre he tenido un valor y audacia a toda prueba, audacia y valor que se han agrandado enormemente desde que os conocí y amé!... Hoy, si al mismo infierno me enviarais a luchar con el diablo, iría gustoso y lo vencería!



El corazón de don Jonás

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Los pensionistas del "Hotel de las Catorce Provincias" estaban de gran alboroto por que había llegado desde San Luis, y se hospedaba allí, un doctor de gran fama llamado don Jonás Lamas.

Venia gravemente enfermo de un mal que en su provincia no sabían el nombre ni "nacionalidad", por esto recurría su familia a los médicos de la capital federal, en procura de alivio para la dolencia que tenía postrado en cama al paciente.

Lo acompañaba su esposa, la Antonia, su hija Tomasita, su hermano Laureano, y su secretario Fidel Cornejo.

Los humildes huéspedes de aquel hotel se admiraban de como una celebridad puntana se hospedaba en aquel hotelucho, pero a la familia de Lamas le parecía muy bien, bastaba saber quién se lo había recomendado! Nada menos que la hermana soltera de Cornejo, misma Presentación!

Don Fidel era un hombre viejo y muy arraigado a las costumbres de su tierra. La familia de Lamas lo apreciaba muchísimo, depositando en él una confianza ciega. Nada hacían sin consultarle; para todo requerían su opinión, era su consejero, además de secretario, y fiel amigo.

Apenas se instalaron en su departamento fueron llamados los mejores médicos de Buenos Aires para atender al distinguido enfermo, pero, ninguno dió la menor esperanza de poderlo salvar. Era cardíaco y sabido es ya que contra este mal la ciencia se estrella.

Don Jonás estuvo más de un mes entre la vida y la muerte. Ya no se sabía qué medida adoptar para amortiguar la dolencia al delicado enfermo.

En sus momentos de calma, cuando conseguían adormecer los dolores con uno de esos venenos que ingiere todo enfermo, ávido de atajar la muerte, solía decir Lamas a su esposa:

—Yo me voy, ya la tierra me llama, es inútil que quieran engañarme con palabras dulzonas, se las agradezco, pero no las tomo en cuenta! El morir no es una desgracia, pues para eso hemos nacido, de manera que debes quedar tranquila.

Sólo te pido que cuidés mucho de la Tomasita.

Luego, hacía venir a Cornejo junto a su lecho, y a solas con él, y en voz baja decía:

—A vos, Fidel, te ruego que no hagás venir a mi velorio a personas que lloren ante mi cadáver, eso se deja para los allegados... sólo para los que me quieran bien... ¡para ellas!... ¿comprendís?

—¡Pero, doctor!...

—¡Nada!... como lo estás oyendo, no vayas a hacer una de las tuyas ¡mirá que sos medio payucano entoavía!... Esas mujeres que se contratan son farsantes que, según las chirolas que les aflojas,

es el grosor de las lágrimas que vierten.

Yo no quiero gente de esa laya ¿me entendís? y de aquellas otras, yo no tengo ande estos pagos, de aquellas que no cobran por lagrimir, y que quieren de verdad... ¿Has comprendido, Fidel?

—Sí, mi amigo...

—Bueno, de manera que no quiero una sola llorona en mi velorio, ¡una sola!... porque lo ha-

mortuoria a dar el pésame a doña Antonia. Penetré en el aposento, allí estaba todo a oscuras, me acerqué a la viuda, y cual no sería mi sorpresa, al oír la decir:

—Pero ¡qué me cuenta de esta desgracia cabayero, qué cosa por Dios! si parece mentira que en la ciudad de Güeños Aires no se encuentre lo que se precisa en estos casos, cuando en San Luis las hay a escobazos! Yo flo en Fidel que hallará algunas aunque le diré, aquí en confianza, yo creo que nunca tuvo el finao ninguna "bolandera" portefaña.

¿Qué buscará esta buena gente que no lo encuentra en la capital, y lo hay con tanta abundancia en mi tierra? pensé, e iba a preguntárselo cuando ella prosiguió:

—Sí, cabayero, como lo oye, el pobre Fidel anda dende hoy cam-

AGUAFUERTES DEL ZOOLOGICO NENIA

... "Era la hora de los maitines, en el viejo templo de padres agustinos..." Cuando en la noche oscura parecen acercarse como vagos fantasmas las negras siluetas de los árboles y arbustos, alterando el silencio por misteriosas palmadas de mano que producen las anchas hojas de latania al estremecerse por la brisa nocturna, pienso en esos versos al oír lejano, largo y desgarrador como un lamento, el ululato insistente de los lobos.

Empiezan los tristes maitines: un lamento prolongado, la siniestra antifona; después el salmo a dos voces, más terribles en sus acentos primitivos que las desesperaciones Davidicas, las congojas de Jeremías. Un largo silencio: después como de un levita perdido en las penumbras del templo, surge de otro lado con acento tristísimo, la vibrante deprecación del isocrónico quejido del "canis latrans", el zorro del Far West.

Largos son los maitines. Durante horas y horas los pobres cautivos repiten en las lóbregas noches los atávicos lamentos emitidos por su padre famélico, allá en la Siberia helada y blanca, y allá en la antigua pradera de los Irricois; lamentos que aquí, a la orilla del agua, entre el follaje de sauces repletos de savia, tienen quizás todo el acento apasionado de nostálgicos recuerdos de sus ingratas, pero queridas tierras; así como a los hebreos arrancados de las calcinadas arenas de Palestina, la dolorosa nenia, aprendida en los años juveniles, asomaba a los labios con pasión intensa, cuando, cautivos, lloraban bajo los sauces de los frescos ríos de Babilonia: "Super flumina Babylonis gementes el flentes".

Clemente ONELLI.

cen por los nales que recibirán, y no por aflicción. Prométeme que harás lo que te pido, mirá que yo no quiero lágrimas pagas, sino de ley.

—Sí, doctor; le juro que su última voluntad será cumplida al pie de la letra.

—Gracias...

Murió Lamas, y siendo yo uno de los pensionistas del hotel, estaba enterado de lo que allí sucedía, llegando a saber, casi de memoria, la última voluntad de don Jonás de tanto oírse la repetir con sorna a don Fidel.

—¡Vea, pues, a este hombre, no! moribundo y razonando! oh, si es un sabio! no se olvida de un sólo detalle ¡hasta de las lloronas! personas así no debían de morir, sino quedar para semilla.

Cree un deber entrar a la pieza

peándolas, pero como aquí no conoce sus güellas no da con ninguna.

—Señora, ignoro a lo que usted se refiere, pero cuente con migo, si en algo puedo servirle.

—¡Caray, amigo! Cuántas deficiencias tienen los portefios en caso de defunción; esto es un escándalo! La empresa de pompas fúnebres debía de tener unas para estos casos de gente forastera, pero no se encuentra ninguna en el pago, y eso que he andao por todas las casas de más categoría, pero qué ¡ni el rastro se les halla!

Se levanta del asiento, y acercándose al féretro dice:

—¡Quién había e' decir, amigazo, que un Lamas no tuviera lo que precisa al ratito no más de haberse cortao!

Fotograbados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

Era tal la aflicción de aquella gente que me contagiaron y sinceramente me ofrecí a allanarles las dificultades.

—Bueno, don, ya que se ofrece yo le acepto su manito en éste asunto, porque yo por estas tierras no se andar sin baqueano.

—A sus órdenes, señor, ¿qué es lo que desea?

—Este... a mi nada, es al de junto, como usted puede comprender.

—Pero ¿qué le hace falta al muerto?...

—¡Las lloronas, pué, hombre!... ¡las lloronas!

—¡Qué! ¿Y no quedamos en que el doctor Lamas no deseaba una sola en su velorio?

—¡Claro, pué! y esto mesmito es lo que he comentao con usted en varias ocasiones!...

—¿.....?

—Sí; cuasi moribundo, repetía: ¡qué no venga una sola! ¡Era tremendo! Ya, casi sin alma, y no se olvidaba de su rango; sabido es que por su categoría, no podía desear una sola, de no muchas, y ande hallarlas, mi amigo ¡ande!... y menos gratis como él pedía. A un vivo no se le atracan las mujeres si no es chaludo ¡cuantei más a un finao!...

—Dígame, y ¿en San Luis encontraría usted quién le llorara gratuitamente?

—¡Velay la pregunta de este portefaño, pué!... Ayá las tendría a patadas! ¿sabe? no ve que él tenía muchas mujeres "bolanderas", a cual más donosa. ¡Cha, si tiene más hijos del aire, que azahares tiene un naranjo!

—¡No diga!...

—Cómo lo está oyendo ¡Si era peor que tordo pa nido ajeno!... ¡Era un gran hombre don Jonás!

Pa todos tenía corazón, enjamás se precisó pedirle, pa que él die- ra. Y ¡ahí está claro! de tanto dar se quedó sin nadita, de esto ha muerto, y no es embuste, que ansina lo afirmó el facultativo. Pobrecito ¡qué corazón tenía Jonás!...

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Contra las picaduras de mosquitos.—Se creía que no existía un me-

Se creía que no existía un medio práctico de calmar el escozor que produce la picadura de ciertos mosquitos que en el campo atacan nuestra epidermis con verdadero furor. Uno de nuestros lectores nos revela un remedio de farmacia casera que parece ser sumamente eficaz. Consiste en frotar enérgicamente la parte dolorida con unas hojas de llantén, planta muy codiciada por los canarios.

De todos modos, poco cuesta hacer la experiencia, pues el llantén abunda en los campos, precisamente entre las plantas en que se guarecen los insectos.

Aquí bien puede decirse que está el remedio al lado de la enfermedad.

Conservación de las patatas para simiente.—La conservación de la simiente de patatas presenta no escasas dificultades. Para vencerlas se ha aconsejado colocar los tubérculos que han de servir a tal destino dentro de cajitas enrejadas, provistas a la vez de unos apoyos que sirven de pie para sustentarlas.

Con esta disposición es fácil apilar dichas cajitas, constituyendo montones de ellas que permitan la circulación del aire y la luz suficientes para que germinen los tubérculos y echen brotes robustos.

La conservación de las patatas para simiente en esta forma presenta la ventaja de facilitar la eliminación de los tubérculos que echan gérmenes débiles o sujetos al defecto del mal crecimiento.

Telas incombustibles.—Esta receta es nueva; no hay que emplear ninguno de los ingredientes ordinarios. Se satura mucho cierta cantidad de superfosfato de cal con amoníaco, se filtra y se le quita el color con negro animal, ó sea carbón de huesos. Luego se concentra y se mezcla con un 5 por 100 de sílice gelatinosa, después se evapora, y por último, se deja secar y se pulveriza.

Para usar la preparación se mezclan 30 partes de polvo obtenido como queda dicho, con 35 partes de goma y otras tantas de almidón, en cantidad de agua suficiente para que tenga buena consistencia, y se aplica a los tejidos.

Para exterminar las moscas.—El doctor francés Bordas, recomienda la fórmula siguiente para la destrucción de las moscas: mézclense 500 gramos de sulfato de cobre, 500 de sulfato de hierro, 2 kilos de cloruro de cinc y 30 gramos de ácido fénico, adicionando la mezcla con 30 litros de agua. El líquido obtenido se reparte por mitad en los fregadores y escusados. Según parece las moscas perecen por millares.

Para barnizar cuadros, acuarelas, cartones papeles, etc., es muy útil el barniz de almáciga, que se prepara en frío al baño-maria. Se

compone de dos partes de almáciga por tres de esencia de trementina.

Para guardar objetos de acero sin que se oxiden. Tuéstese piedra pómez, redúzcase a polvo y mézclase con aceite de linaza hasta formar una pasta bastante clara para poder extenderla con un pincel. Se dan dos manos de esta pasta a un papel fuerte, se deja secar, y envolviendo en este papel los objetos de acero, se evitará su oxidación. Puede emplearse el mismo procedimiento para el hierro y la hoja de lata.

Insecticida económico.—Sabido es que las emulsiones de petróleo son muy eficaces para la destrucción de los parásitos de las plantas.

El periódico "Nouveautés viticoles" da una nueva fórmula para preparar un insecticida de petróleo que consisten en utilizar la saponía de las castañas de Indias que generalmente se desperdicia.

Se machaca bien en un mortero un kilo de castañas mondadas se añaden 5 ó 6 litros de petróleo y se añade a la crema obtenida agua suficiente para obtener el insecticida de fuerza conveniente (un centenar de litros por lo general).

La emulsión se conserva muy bien. Los glóbulos suben a la superficie después de un largo reposo, pero basta mover el líquido para devolverle la homogeneidad.

El mejor régimen contra la obesidad es el siguiente: Comidas.—Caldo de vaca, cordero o gallina, sin grasa. Pescado de cualquier clase. Caza, gallina, vaca magra, cordero magro; huevos. Espárragos coliflor, cebollas, apio, berros, espinacas, repollo, tomates, rábanos, lechuga, legumbres, nabos. Pan duro, pan de gluten y tostadas sin manteca. Uvas, naranjas, cerezas y otras bayas, y frutos ácidos.

Bebidas.—Agua pura, agua con litina, té o café sin azúcar ni leche.

Lo que no se debe tomar.—Grasas, sopas espesas, dulces y especias, harina de maíz o de avena, macarrones, patatas blancas y dulces, arroz, acelgas, zanahorias, chivrias, puddings, pasteles, tartas, alimentos amiláceos de todas clases, leche, demasiado agua, bebidas alcohólicas y licores fermentados.

Las flores se conservan muy bien cortándolas con un cuchillo bien afilado y no con tijeras ni rompiéndolas. Se ponen en seguida en agua clara que se cambiará cada día, y al tiempo de mudarla se corta a cada flor un trocito de pedúnculo.

Los espejos de mano por la facilidad con que se llevan de un sitio a otro se les suele dejar en lugares donde les hieren directamente los rayos del sol.

Esto es perjudicial porque la luz viva los deteriora rápidamente y adquieren una especie de velo o neblina que impide verse bien en ellos.

El agua de cal limpia muy bien las vasijas contra cuya suciedad son impotentes el jabón y el agua clara, y da resultados admirables en la limpieza de lecheras y biberones.

El olor de la pintura fresca se quita de las habitaciones poniendo en ellas un barreño lleno de agua con unas cuantas cebollas.

Para encontrar una fuga de gas cuando no puede a simple vista localizarse, no hay más que dar a la cafetería, en la parte sospechosa, una mano de agua de jabón muy espesa. En el punto donde esté la fuga se formará inmediatamente una gruesa burbuja.

Se obtiene un excelente abono para las flores, cultivadas en tines o en jardín, mezclando en una botella las sustancias que a continuación se expresan 5 partes de salitre, 10 de sal de cocina, 5 de sal de Glauber, 1 de magnesia y 2 de fosfato de sosa. Para dar este abono a las plantas, se disuelve una cucharadita de la mezcla en un litro de agua caliente, y se riega a diario con este líquido.

DESDE LEJOS

¡Pucha! ¡qué tiempos lindos
los tiempos viejos!
Talvé porque se han ido,
por eso mismo,
los hayamos más lindos
los del aquél tiempo!

Las cosinas, grandotas, con piso e' tierra,
daban el medio mismo, pa los fogones,
ande los trafogueros,
restayando y ardiendo se hasían tisonos.

Cuando el segundo canto
daban los gayos,
ya estábamos tuitos en la cosina,
con el amargo.

Sentáos en cabezas de vacas,
o en bancos de seibo;
o en siyas muy bajas y anchas
de saúse y totora, o de cuero,
se hasía la "rueda".

En tanto, la caldera le hablab' al juego...

Las cosinas de ajuera eran tuitas negras.
Había en antes tres negros que me gustaban:
Aquél negro briyante de las cosinas,
y el del pelo y los ojos de las paisanas.

¡Ahura!... ¡Chá que dá rabia!
Las cosinas son salas;
con pisos de beldosas,
y hasta blanquiadas!

En un rincón, lustrosa y acomodada,
¡cosina e' fierro!
Y ni pisca di humo suelta en la piesa!
¡Vá tuito por un caño p'arriba 'el techo!

Ansina, ni se puede desir como antes,
a una mosa qu'el humo l'hasi'haser guiños:
¡"No se dijiste, prenda!
¡qu'el humo siempre busca los ojos lindos!"

¡Tuito se v'a la pucha!
¡hasta los ranchos mismos!
¡No al fiudo andamos tristes
tuitos los viejos!

Guillermo CUADRI.

"La Cautiva de Shanghai". — China está de absoluta actualidad. La guerra civil que hace un tiempo la corroe en su vitalidad interna es un vivero de emociones trágicas emanadas de esa lucha fratricida que está concluyendo con la mayoría de la vida de sus hijos.

Por eso que una película basada en tan cruenta lucha ha de despertar una curiosidad sin distinción entre el público porteño como lo despertó entre el europeo y el norteamericano.

"La cautiva de Shanghai" es el film alemán que trata de la cuestión china con el desarrollo de un tema que sucede en Shanghai la ciudad donde se han reconcentrado, con más ahínco, las dolorosas batallas entre los ejércitos comunistas y nacionalistas.

Es una película que ha dado que hablar a la crítica del viejo mundo por la forma exótica con que está tratado.

En esta notable producción el gran actor alemán Bernard Coetzke, el creador de "La muerte cansada" anima la figura trágica, de simbólica fogosidad del general Hay Dhung.

"Pocas veces—dice un crítico— hemos visto una labor de mayor significación dramática, de más fuerte expresividad y dinamismo"

El galán Jack Trevor, artista simpático y de buena figura, completa el cuadro, junto con Carme Boni, de primeros intérpretes, secundado por otros elementos de valor que hacen buen trabajo episódico.

"La cautiva de Shanghai" será estrenada en el corriente mes por la Cimen, Juan Prebst, empresa que desde hace años se dedica a la presentación de films extraordinarios.

"Rué de la Paix". — El film realizado por el célebre "metteur en scene" francés Henri Diamont-Berger, llevando el sello de Producción Natán, que significa en Europa algo de artística distinción, será estrenado a fines del corriente mes, o a principios del próximo, por la selección Colpe Film la alquiladora que presentó, el año pasado, la triunfal producción "La cruzada negra".

"La Rué de la Paix" está basada en una popular novela de Abel Hermont y Toledo la que trata de un aspecto típico del París elegante.

Es el mundo de la moda femenina que dicta al mundo sus leyes, la calle laboriosa y única atracción de la riqueza donde da idea de lo que puede el dinero en sus diversos aspectos de bambolla social.

En medio de ese ambiente curioso se ha intercalado una intriga emotiva entre los personajes de ese gran mundo cosmopolita notablemente interpretados por los astros

Notas cinematográficas

de la constelación francesa León Mathot y Armand Bernard.

Diamante-Berger ha querido presentar, y lo ha conseguido, una producción eminentemente parisien y de seductora y fina elegancia.

"Rendición". — Del importante periódico cinematográfico "The Angeles Times" que ve la luz en la capital del film, transcribimos lo siguiente relativo a la extraor-

y la representación de las fases menos agradables del argumento es buena y delicada. La película tiene un interés excepcional por la dirección y el tratamiento. El sentimiento de la escena culminante donde el pueblo mata a pedradas al padre que ha salido en defensa de su hija,—el mismo pueblo sobre el que había reinado como rabino,—es lo suficiente penetrante como para evocar lágrimas. La acción se desarrolla en un pueblo del

Cervantes

¡Aún perdura tu nombre y su grandeza
con el estro grandioso de tu canto,
que sublime y potente, con su encanto
ha legado corona a tu cabeza!

Cuando fuiste cautivo, tu entereza
resistió virilmente y sin quebranto;
¡Cuál guerrero ardoroso, allá en Lepanto
una mano perdiste con braveza!

¡La gloria de Alcalá es tu excelsa cuna,
do surgieron triunfantes una a una,
tus obras sorprendentes, colosales!

La España y la Argentina que te nombran,
han visto con placer que al mundo asombran:
¡"Don Quijote" y "Persiles" inmortales!

José M. OYUELA

dinaria producción "Rendición" que figura entre las producciones que la Universal presentará este año.

"El numeroso público que desde hace tiempo deseaba ver a Mary Philbin en un papel que representara tanto interés como el que tenía en "Los Amores de un Príncipe" se alegrará al leer que hallará una compensación completa a su espera en la película "Rendición" que será presentada en breve por la Universal. El argumento trata de una muchacha judía de un pueblo de la frontera austriaca ruso cuya buena voluntad de sacrificarse por su pueblo forma el elemento de un argumento dramático que es tan poderoso como emocionante. "Rendición" fué dirigida por Edward Sloman y es una de las mejores películas del programa Universal de éste año. El reparto interesa porque introduce al nuevo actor ruso Ivan Mosjoukine en película americana. "Rendición" tiene el encanto de la simplicidad pintoresca. Las costumbres judías están perfectamente reproducidas

territorio discutidos por los austriacos y rusos durante la guerra. Paralelo al argumento corre un tema de amor, mejorado enormemente por excelente situaciones dramáticas y por el cariño existente entre el padre y la hija. El papel caracterizado por Mary Philbin, es completamente distinto a todos los que ha tenido hasta ahora. Decir que es el tipo ideal de una joven judía sería una exageración, pero se adapta tan completamente a su papel, que tocará directamente a los corazones de los que la vean. Mosjoukine tiene mucha finura en el trabajo y una personalidad dominante. Su papel sobresalta de muchas maneras y no hay duda de la fuerza dramática de muchas escenas en que participa.

Para su tipo habrá siempre sitio en las películas, porque es fuera de lo corriente. Un episodio que merece un elogio especial es el en que el rabino procura esconder a su hija del príncipe y de sus soldados, ocultándola detrás de las puertas que encierran el Santo Sacramento.

Otro descubrimiento cinematográfico. — Harry Pollard tuvo muchas dificultades al comenzar a filmar "La Cabaña del tío Tom" pero ninguna tan grande como conseguir la artista que debía interpretar el rol de TOPSY la negrita ladrona y mentirosa en la interesante producción.

Después de ardua labor Harry Pollard descubrió a Mona Ray, una simpática muchachita que revela condiciones poco comunes. Tanto éxito ha obtenido la Ray en ésta película que la Universal ha resuelto contratarla para hacer comedias de tres actos habiendo conseguido ya una serie de argumentos para ella.

El rol de Topsy es el primero que Mona Ray interpreta y lo hace con una naturalidad que ya quisieran para sí alguna grandes estrellas. Es una muchacha bonita, muy atrayente y de grandes ojos negros que se destacan más con la pintura negra que ha tenido que usar para hacer su rol de Topsy.

"La nave inferno". — Es un vigoroso trasunto de la vida de los aventureros del mar, hace medio siglo. Ofrece cuadros de extraordinario colorido, por la variedad de tipos que presentan y por la realidad con que está pintado el ambiente. Hay escenas que se desarrollan en el puerto de San Francisco, que son impresionantes por la intensidad de su pintura. El tierno romance de dos jóvenes en medio de las brutalidades del ambiente, la terrible figura del capitán de "La Nave Inferno", una bestia humana, episodios de la rebelión de marineros y el sesgo novelesco que por momentos cobra la aventura de los protagonistas, completan este film, que constituye una de las más emocionantes realizaciones del cinematógrafo.

Desempeñan los principales papeles los conocidos artistas: Hobarb Bosworth, Jacqueline Logan, Richards Arlen, Walter James, Fred Kohler y otros.

George Siegmann. — Este actor, uno de los villanos más odiados de la pantalla desempeña un rol importante en la película extraordinaria "La Cabaña del Tío Tom" que la Universal presentará en breve. Simón Legree el siniestro comprador de esclavos será interpretado por Siegmann.

George Siegmann que resulta tan odioso en la pantalla es en su vida íntima un hombre encantador, educado y cariñoso padre de familia. Nació en Nueva York y se educó allí mismo. Sus padres querían hacer de él un abogado, pero fracasó en sus estudios y se dedicó al teatro donde consiguió triunfar durante 10 años. Luego quiso probar su fortuna en el cine y tan bien le ha ido que hace 6 años trabaja con la Universal.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U.T. 0428, B. Orden.

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	3.70
Tapas sueltas " " chico	" " " 8 —	3.00
" " " grande	" " " 9. —	2.50
" " " chico	" " " 6. —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 1 — ¿EN QUE QUEDAMOS?



N.º 2 — CHARADA

Dos-un una-dos-tercera
que dos-un muchacha canta
la oíría, porque me encanta,
mil veces..., sin tres-primera.
¡Es un arpa su garganta!

N.º 3 — COMPRIMIDO

PON San Martín
Belgrano
D Sarmiento

N.º 4 — ¿MEJORA JUAN EN EL CAMPO?



N.º 5 — INSOLENCIA

D D D D
C O

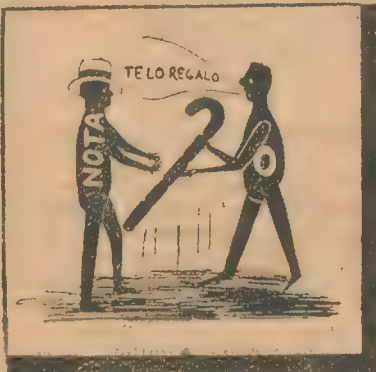
N.º 6 — CHARADA

Mi primera, inmensidad;
Segunda una letra es,
y en la cuarta, tras la tres,
a planta de utilidad.
En mi todo un nombre ves
que no es el de Trinidad.

N.º 7 — LIQUIDACION

5
NOMBRE
B BAILE E
ferina
de catarro
de tísico
nerviosa
de fumador

N.º 8 — EL VERDUGO



N.º 9 — DE VILLANOS

Venus Amaba

N.º 10 — CHARADA

Mi primera es una letra,
y repetida da un nombre.
Si a ésta le unes la segunda,
el cráneo cubre al hombre,
la primera, con la quinta
en conexión encontrarás,
y repetida la cuatro,
al niño oírás llamar.
La tercera con la quinta
es un residuo, en verdad,
que te deja varios líquidos
cuando en reposo se están.
Primera, segunda primera,
un rey fué que allá, en la
(Grecia,
dió su nombre a toda ella.

N.º 11 — EN MUCHAS JUNTAS

NO VUELTA
MÚSICA
TA
DO

N.º 12 — CHARADA

—Al ir a segunda tercia
entregué un tercia prima con
ropa segunda quinta a un
mozo para que lo llevara a
casa de mi madre, y ahora
me dice que se le ha caído
en la cuarta quinta. ¿Qué te
parece que haga?
—Pues dar aviso en la to-
do.

N.º 13 — AGRAVANTE

P
NOTA

NOTA

N.º 14 — DE ESTA TE HAS ESCAPADO...

INCONVENIENTE

ODIMGO

Hacha Zarpa
Nota

SOLUCIONES DEL NUMERO
ANTERIOR

- N.º 43—Camaleón.
" 44—Entreverados.
" 45—Condesa.
" 46—Pardos.
" 47—Deporte.
" 48—Perder el tiempo.
" 49—Desiguales.
" 50—Eleuterio, Desiderio, Eme-
terio y Mario, son cuatro
nombres que acaban en
rio.
" 51—Catamarca.
" 52—Un antejo concluido.
" 53—Ni antes ni después.
" 54—Cuentera.
" 55—He sido fichado.
" 56—Geranio.
" 57—Brígida.
" 58—Romero.

PENSAMIENTOS

—El hombre es el producto de su educación. **ELVECIO.**

La más irresistible de todas las fuerzas, es la que se ob-
tiene de la confianza que se sabe inspirar. — **D' AZEG-
LIO.**

El poder mismo no tiene la mitad de la fuerza que po-
see la dulzura. — **LEIGH HUNT.**

El más astuto vence siempre al más fuerte. — **FEDRO.**

La modestia afectada es aun más insoportable que la
vanidad. — **BIGNICOURT.**

Cuando uno no halle la tranquilidad en sí mismo, es
inútil que la busque en otra parte. — **MADAME GUI-
BERT.**

Casi siempre podemos dispensarnos de refutar lo que
no se ha probado. — **DUSSAULT.**

"Anatole France en la Argentina", por Juan Jacobo Brousson.

El texto de su primer libro ha introducido a Mr. Brousson, ex secretario de Anatole France, a publicar una segunda parte. Como de los chismes o anécdotas que cuenta no puede aducir otra prueba que su propia veracidad, no se vé por qué no podrá publicar un tercero y hasta un cuarto volumen con el mismo asunto.

Este de ahora comprende principalmente la relación del viaje que Anatole France hizo a Buenos Aires para dar unas conferencias; de los incidentes que precedieron a su partida suscitados por la vieja dama que durante muchos años había sido su amante; del amor que el ilustre sexagenario sintió y vió correspondido, aunque no se aclaró si consumió, con una actriz de su misma edad; de los chistes que hizo acerca de la Argentina, y sobre un juez, aparentemente invertido, que le dió hospitalidad en Buenos Aires.

A esto se añade el relato de su libertinaje verbal, de sus egoísmos de viejo, al que todo el mundo culto lisonjeaba, y de la dureza de corazón de que dió pruebas, dejando abandonado a orillas del Plata al propio Mr. Brousson, que como secretario le había acompañado, y reprobaba severa, aunque tácitamente, la conducta del eminente anciano.

El caso es que "Anatole France en la Argentina" constituye la actualidad literaria y el mayor éxito de venta en este año. El recuerdo de Anatole France está vivo todavía. La gente nueva tiene prisa para desembarazarse de este muerto, cuya celebridad quisiera heredar, aunque fuera repartida, y para ello la reputa de injusta, como si arrebatándosela él quedara vacante y a merced de los aspirantes menos respetuosos de su memoria. Pero ni cubriéndola de chismes se logra hacerla odiosa. Si alguien resulta empujado por ellos, es quien los cuenta.

"Los jardines del iluso", por Pedro S. Cherrutti.

Es Pedro Cherrutti un temperamento poético por excelencia. Su exquisito gusto en elegir temas, su gran observación hasta en los más mínimos detalles, son los factores que le permiten ofrecer composiciones preñadas de belleza.

En la hora presente, en que se escribe tanto... con el fin de distraer a los aficionados a la lectura, (este es el propósito de todos los escritores, aunque no todos pueden realizar sus propósitos) en la hora presente en que convendría iniciar una campaña de saneamiento espiritual para bien de todos, llama poderosamente la atención, la aparición del libro noble, que sin idea de impresionar por medios inverosímiles, (la moda del momento) se lanza por estas calles de Dios con el propósito de aconsejar desinteresadamente. Y uno de estos libros es el de Cherrutti "Los jardines del iluso".

El autor de "Los jardines del iluso", versifica con bastante naturalidad, salva hábilmente las dificultades de técnica y huye de las complicaciones que en la mayoría de las veces restan fuerza a la composición.

PAPEL Y TINTA

A medida que se va leyendo el libro de Cherrutti, adviértese en su autor un afán de comunicar al lector sus impresiones de la mejor forma posible, cosa que logra sin dificultad, puesto que su sensible espíritu es un molde de los que no abundan, vale decir, de los buenos. En "La hija del labriego" una de las mejores composiciones del volumen, muestra en pocos y justos versos a la niña de campo, trabajadora, sin ambiciones, contenta con su suerte y enamorada del hogar de sus padres.

"Humo y Humareda", (Apólogos e Historias), por Domingo Sasso. — Buenos Aires 1928.

Sus fábulas reúnen todas las condiciones clásicas del género—dice su prologuista, señor José J. Berutti—: fidelidad en la observación de caracteres y de ambiente, estilo sencillo y fácil, y un diálogo adecuado, todo ello aparte del positivo valor ético de cada composición.

tarse las tituladas "La Ascensión", "Los dos hermanos", "Abel y Caín", "La absolución", "El secreto de la felicidad", "El padre Justo Vera", etc. entre otros. Y como ingeniosas, y de alto valor literario, las intituladas "La cascara de banana", "El chanchito", "Una ocurrencia de Juanito" y "El sabio y sus anteojos".

Para que se cerciore el lector, de que el señor Domingo Sasso, cuando quiere, es también un buen poeta, y clásico, ha compuesto algunas de sus fábulas en bien medidos versos. Así, por ejemplo, el "Apólogo del arrepentimiento", dos excelentes sonetos, se destacan por su forma impecable y su fondo satírico-cómico.

Dada la importancia de los temas que toca, relacionándolos con las cosas de la vida, como por su exposición ordenada y clara, sus propósitos plausibles y elevados, el señor Sasso ha realizado con "Humo y Humareda" una obra de positivo mérito ético-literario.

"La historia argentina en cuadros para los niños", por Carlos Imhoff y Ricardo Levene. — Librería J. Lajouane y Cia. 1928.

Con este sencillo título, pero elocuentes en sus resultados pedagógicos, acaba de ponerse de venta las veintuna ediciones de la importante obra, cuyo epígrafe encabeza estas líneas. Sus autores, señores Imhoff y Levene, han conseguido con este método orientar hacia la enseñanza puramente objetiva, creando en la inteligencia de los educando la sucesión ordenada de los acontecimientos que constituyen la vida de la Nación mediante el relato breve de sus hechos culminantes, acompañando en cada caso, con grabados, retratos, mapas e ilustraciones oportunas. De esta manera, el alumno se familiariza inmediatamente con los episodios más salientes de nuestra historia patria, al par que alcanza a despertar su atención, hallando así un atractivo permanente, desde el descubrimiento de América hasta nuestros días.

El libro que comentamos, viene precedido de una substanciosa introducción del Dr. Joaquín V. González, donde ensalza el plan, que es sencillo y claro; el estilo llano; el elemento anecdótico bien elegido, etc.

Como se ve, trátase de una meritoria obra única en su género, y de positiva importancia para alumnos y maestros.

José Mauricio PEIXOTO

"Meterete".

Con este sugestivo título, acaba de aparecer en esta capital una revista ilustrada, que se publicará quincenalmente, dedicada a los niños.

En sus primeras páginas trae un original saludo a sus colegas, reproduciendo en un grabado un grupo de personajes, y llevando cada cual un nombre de la publicación a que pertenecen.

Dada la presentación y carácter de "Meterete", es de esperar alcance una pronta difusión.

Retribuimos nuestros saludos al nuevo colega, deseándole próspera existencia.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7207 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacrita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 33, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6357, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Sulpacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Tenemos la convicción de que este primer libro del novel poeta ha de tener un digno sucesor.

"Entrañas", poesías de Jaime Valero.

Hay en este volumen un poeta de verdad que siente hondamente y busca en la fuente del amor donde apagar su sed.

Por la argumentación y la fuerza avasalladora, se ve que el señor Valeros, es joven, y su alma,—mariposilla inquieta—se detiene en múltiples cosas, poniendo la nota pasional en sus estrofas, y en muchas la filosófica, que es, en esta última parte donde está más feliz.

Maneja con soltura el verso, y estos no reúnen asperezas, volcando una exquisita sonoridad, que los hace estimables. Varía de continuo en sus temas, y se explica la desigualdad de sus estados de alma, que se inquieta siempre bien ante los besos de la amada o ante el árbol y el ave.

En síntesis es un libro bello.

Efectivamente. Desde las primeras páginas, se advierte que el autor de "Humo y Humareda", señor Domingo Sasso, es un fino y ágil escritor, dueño de un poder de síntesis admirable; pues, a pesar de los serios inconvenientes que presentan estas clases de composiciones, el autor ha sabido vencerlos en la mayoría de los casos. Aún cuando no todas sus ficciones participen del apólogo, no carecen por ello de cierta intención satírica unas, y caricaturesca otras; y todas, análoga unidad de concepto: enseñar, ridiculizando, o bien: herir, sonriendo.

A diferencia de los otros fabulistas, como Iriarte y Samaniego, para no citar a los que le precedieron, el señor Domingo Sasso ha escrito sus apólogos e historietas, en prosa, en lugar de vertirlas en verso. Pero, gracias a su relevante condición de literato para mantener el interés del lector y la riqueza de imaginación que hace gala en éste o aquel diálogo, hacen que el objeto de su autor se vea airoosamente cumplido.

Por tales conceptos, merecen el

"AMO A UNA ACTRIZ", EN LA COMEDIA

Cuando no se puede o no se quiere rivalizar con Ibsen, Shakespeare, Benavente, etc., es posible hacer teatro sino de enjundia y de muchos kilates, agradable, bonito e ingenioso. Es lo que, probablemente, pensó el autor húngaro Lazlo Fodor, autor de la pieza recientemente estrenada en la Comedia por las compañías unidas De Rosas y Franco, y traducida con el título del epígrafe.

Con un asunto nada nuevo, pero desarrollado en forma personalísima, Fodor nos da una comedia llena de ingenio, con un primer acto que es casi un diálogo, o mejor, un monólogo, que condensa en forma vertiginosa, natural y graciosísima la pasión tumultuosa que ha despertado en un oscuro ingeniero la actriz Eva Taques, mujer joven que no ha tenido tiempo de consagrarse a otra cosa que al teatro, prescindiendo de los goces de la vida en otros aspectos. Ese galán, sin títulos de ninguna especie para acercarse a la estrella, procede con tanta confianza en su amor, que asombra a la actriz por su audacia temeraria y la viva simpatía que irradian sus gestos de apasionado sincero. Precisamente, esa simpatía atempera sus arrebatos, la vehemencia de sus movimientos y el predominio de sus actitudes, de todo punto inverosímiles si no acompañara al enamorado la fuerza turbulenta de su juventud enloquecida de amor.

El sujeto, desde la primera escena, conquista al público, que secretamente desea su triunfo y le presta toda su adhesión cuando le ve luchar con un viejo banquero pretendiente de la actriz, a quien ha conturbado un poco con la promesa de hacerla su esposa. Cuando todo parece favorable para el banquero, el romántico galán se presenta inopinadamente en la estación ferroviaria, minutos antes de partir el tren que conducirá a aquellos a Italia, y triunfa en la lid sentimental haciéndola perder el expreso.

De Rosas hizo una creación de Jorge, comunicando al personaje la gracia y el empaque del enamorado vehemente, y jugando el papel con bríos. Evita Franco matizó con inteligencia su tipo, reafirmando sus aptitudes. Carlota Rosas, Pilar Gómez, Bellucci, Diego Martínez y José Franco se desempeñaron lucidamente.

DEBUTA PARRA

No se han borrado aun los ecos del acto electoral, cuando el público se alista a celebrar el debut del más grande de nuestros cómicos: Parravicini, quien se presenta en su familiar escenario del Argentino estrenando su nueva pieza "Una hija", de la que tanto bueno se habla en los círculos teatrales.

DOS REVISTAS DANZANTES

Se ha inaugurado la temporada del Maipo con dos revistas que, sin lograrlo, pretenden dar una nota de ambiente local, fuera de la orientación que generalmente se viene dando a esta clase de espectáculos. "Misia Presidencia" y "Bertoldo, Bertoldino y el otro", son dos revistas danzantes, en las

TEATROS

que se han injertado algunos números alusivos al actual momento político, pero sin que esto les dé carácter ni constituya cosa de mayor bulto en el desarrollo lánguido de las piezas.

Lo mejor de ellas son los bailarines, los tangos de la Malzani, las caricaturas de Iribarren, algunas toilettes femeninas de las apoteosis y tal cual otra cosilla que lo mismo o mejor que en una revista cabría en un programa de variedades.

El chiste político, las tiradas de versos festivos, los cuadros rápidos de caricatura, los diálogos o monólogos chispeantes, no aparecen en ninguna de las revistas, que han sido cortadas por la misma tijera con criterio equivocado, porque hubiese sido de más eficacia hacerlas de índole diferente para mayor amenidad.

Aparte de los artistas citados se destacaron por su labor personal los bailarines Henderson y Rashley, Carmen Olmedo que es más promesa que realidad, Perla Greco graciosa y linda, Ernestina Davis que vale mucho más que la importancia que se le ha dado, Gallieri que declama bien, Giménez y algunos otros.

DEBUTO INTERESANTE

Para pasado mañana está anunciada la presentación de la compañía del Nacional, una de las más interesantes del género chico nacional. Se estrenará una pieza de Carlos R. de Paoli, titulada "Nunca es tarde cuando la dicha es buena", completándose, probablemente el cartel con la reposición de dos piezas del repertorio de la compañía. Otra novedad la constituirá el estreno de "Romance federal", evocación histórica en cuatro actos, de José A. Saldías.

SE ESTRENO EN EL SMART EL TÍTULO DE UNA PIEZA

En el teatro Smart ha sido estrenado el título de la pieza de Carlos R. De Paoli "Cinco por ocho cuarenta, te espero en la lechería". Y declinamos que ha sido estrenado el título solamente, porque el resto de la pieza ya vio la luz hace años en el escenario del Nacional, actuando en esa Vittone. La ausencia de los números de música de que en aquel entonces estaba mechada la pieza, el cambio de alguna escena y las pequeñas modificaciones en el diálogo, no obstan para que la pieza cuyo título ha sido estrenado en el Smart sea "La lechería", que aplaudimos en aquella sazón. Menos mal que De Paoli se ha copiado a sí mismo, delito leve que no puede acarrear otra pena que la de la publicidad que se le ha dado. La obra no deja, por eso, de ser la misma y de merecer el aplauso con que el público la recibió.

Ruggero en el papel de protagonista, así como Amelia Senisterra, Bono, Cordido y Pastore hicieron gala de sus excelentes aptitudes para el género que cultivan, dándole a la pieza un aire de novedad que casi justifica su presentación como estreno.

UNA BUENA PIEZA EN EL COMICO

No nos referimos, ciertamente, a Arata, ni a ninguno de sus compañeros. La pieza es pieza de verdad y buena sin hipérbole. Se trata de "Yo soy un tipo de línea", sainete hilarante de Goicoechea y Cordone. Con una trama sencilla y hasta inocente si se quiere los jocosos colaboradores han escrito una obrita llena de situaciones graciosas y nutrida de diálogos en los que chispea el ingenio como un castillo de fuegos artificiales. La manera peculiar de Goicoechea y Cordone ha sido mantenida en esta nueva producción, especialmente los retruécanos y juegos de palabras que, aunque muchos crean otra cosa, no están al alcance de todos en la forma y medida que permitan ser dichos en escena sin que salgan de su sitio habitual los asientos de la platea.

Una eficaz labor de Arata y el concurso entusiasta de Mercedes Delgado, Berta Gangloff, Leonor Rinaldi, Rosángana, Arias y Gangloff dieron una brillante interpretación a la pieza, que fué recibida con mucho aplauso.

MUÑO Y LA MUSICA

Si los cálculos no fallaron, a estas horas el cartel de Muño debe registrar una novedad: "Conservatorio Beethoven", pieza de Enrique Crosa, que debió haberse estrenado mucho antes, pero que no lo permitió el sólido éxito del sainete de Vacarezza "El cabo Rívero".

LA OLONA

Continúa actuando en el Marconi con menos éxito del que legítimamente merece, la compañía que encabeza la inteligente actriz española Concha Olona. A la reprise de "El hijo de Polichinela", la celebrada pieza de Benavente que nos hizo conocer la Membrives ha seguido el estreno de "Y después...", de Felipe Sassone, novedad absoluta para nuestro público. Oportunamente comentaremos.

"LA LOLA", EN EL MAYO

La última pieza estrenada en Madrid por los fecundos autores Muñoz Seca y Pérez Fernández, titulada "La Lola", no es de lo mejor que hayan producido los famosos "astracanistas". Escritores festivos más que nada, han intentado otra vez ponerse serios y plantear un conflicto dramático que no sale del planteo, pues la solución es un recurso más de los autores, más atentos, a pesar suyo, a destacar la fuerza cómica de un personaje que cría toros inverosímilmente mansos, que la parte substancial de la pieza.

Muy eficaz estuvo el actor Sanjuán en su rol de ganadero, secundándole con buena voluntad sus compañeros de escena. La pieza agradó, sin entusiasmar.

"LOS CUATRO JINETES"

Una de las novelas más populares de Blasco Ibáñez, "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", ha sido

teatralizada por don Lu's Linares Becerra, cuya versión nos hizo conocer la compañía Díaz-Perdiguero en el Avenida. A juzgar por la noche del estreno, la realización escénica no logró convencer, ya que presenta el asunto grandes dificultades para teatralizarlo.

La compañía dió la impresión de no estar del todo preparada para ofrecerla al público, revelando los intérpretes vacilaciones que posiblemente habrán desaparecido en las repeticiones.

"EL BARCO CIEGO"

Una afortunada presentación ha tenido en nuestra plaza la nueva empresa cinematográfica Kermann Film, que esta haciendo circular por los salones de categorías su primera película extraordinaria "El barco ciego", intenso drama de mar de originalísimo asunto, basado en la famosa novela del mismo título de Jean Barreyre. El público ha comprobado que la nueva empresa ha respondido con creces a los anuncios de la producción, una de las más notables de los últimos tiempos, y llamada a provocar grandes éxitos en todos

GRAND SPLENDID

A la serie de bellas películas que ha comenzado a pasar este Grand Splendid, hay que agregar la nueva super californiana Paramount, "Cahang", que se trata a conocer el ítem y que ha despertado interés.

El domingo 8 se iniciarán las tradicionales reuniones sociales de las veladas dominicales, tema que este año marcará un acontecimiento de orden mundano, a juzgar por las ramitas que se disponen a concurrir.

CAPITOL

Interesantes de todo punto son las funciones que se efectúan en este punto saion, acrecentado por un público selecto que asiste a las veladas y matinees.

Las exhibiciones de "Los amores de Carmen", por Dolores del Río, determinaron buenos sucesos. Próximamente nuevas producciones notables se estrenarán en este cine.

GLORIA

Esta espléndida sala consagrada al espectáculo cinematográfico, es una de las más frecuentadas por el público atento al teatro del silencio. Para la semana que se inicia ha preparado la empresa atraentes películas que se destacan por la excelencia de sus argumentos y la labor de los artistas que en ellas participan.

PARCK

Con verdadero éxito realiza sus funciones la más bella y prestigiosa sala de Palermo. Un público de excepción se da cita en las veladas de este cine, en cuyos programas desfilan las producciones que más gustan en los salones centrales.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — BERNARD — Traje de tarde para joven, confeccionado con crespón Georgette rosa vivo, cortado con entredós de encaje rosa y plata. Cintura y biesses plata.

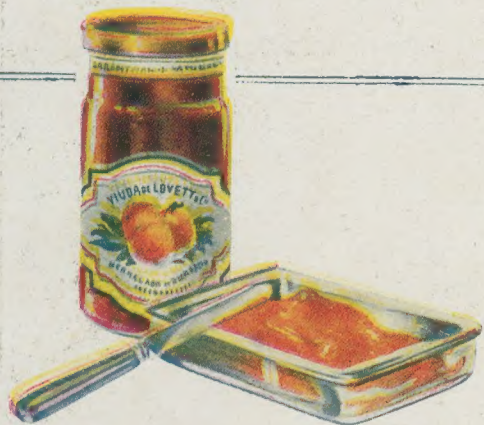
2. — PHILIPPE y GASTON. — El cuerpo y el tablero de este traje de crespón Georgette, tono rosa de China, están bordados con estras. Falda hecha de cuatro volantes concheados cayendo por delante.

3. — DRECOLL. — Traje de muselina de seda malva con aplicaciones de seda violeta recortadas para formar pétalos, y bordados con estras.

4. — BERNARD. — Traje de crespón Georgette blanco adornado con grupos de volantitos ligeramente ondeados.



Sírvalas en la mesa en vez de pan



MERMELADA DE DURAZNO

Marca **"GIRASOL"**

Elaborado por **BAGLEY**

Garantizamos su esmerada elaboración con fruta pura y azúcar de primera calidad.

Para tentar el apetito y saborear la delicia de los alimentos en toda su bondad, sirva en la mesa galletitas *Sandwich Bagley*.

Ellas son en todo sentido muy superiores al pan. Mucho más agradables, nutritivas y digestivas. Con queso, anchoa, pastas, mermelada o dulce, estas riquísimas galletitas quebradizas resultan una merienda deliciosa en cualquier momento.

Las galletitas *Sandwich Bagley* son únicas en su clase y hacen honor a su famosa marca.



GALLETITAS BAGLEY SANDWICH